



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ACATLÁN

**ESTRUCTURA E INFLUENCIA DEL OPUS DEL EN LA SOCIEDAD
POLÍTICA MEXICANA**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

PRESENTA:

MARQUEZ ZERMEÑO, FRANCISCO

ASESOR: SEARA VÁZQUEZ, MODESTO

Ciudad Universitaria, Distrito Federal,

1984



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS DE POLÍTICAS

PROFESIONAL DE ACATLAN

EL PROBLEMA NACIONAL EN MARX

ENSAYO CRÍTICO

T E S I S

PARA OBTENER EL GRADO DE

GERARDO ALFARRE MARTINEZ

PRESENTE EN TITULO DE:

LICENCIADO EN SOCIOLOGIA

M-0037545

MEXICO, D. F.

AGOSTO DE 1982

Indice

5	Prefacio
7	I. La doctrina del Progreso
18	II. La concepción materialista de la historia
33	III. La teoría de la revolución proletaria
47	IV. La cuestión nacional I
66	V. La cuestión nacional II
78	VI. La cuestión nacional hoy
94	VII. La cuestión nacional hoy(continuación)
127	Balance crítico
133	Notas
155	Bibliografía

M-003754S

Como sucede con la mayoría de los pensadores complicados, no hay un Marx. Las diversas presentaciones de su obra que podemos construir a partir de sus libros, folletos, artículos y cartas escritos en diferentes épocas de su propio desarrollo, dependen de nuestro punto de interés, y no podemos tomar ninguna de ellas como El Verdadero Marx...Ciertamente no hay un solo Marx; cada estudioso debe aprender su propio Marx.

CHARLES WRIGHT MILLS

Prefacio

El objetivo que persigo al realizar este trabajo es someter a crítica, en el sentido de su pertinencia actual, el discurso marxista sobre la cuestión nacional. Esto implica, como su nombre lo da a entender, el estudio global de la problemática desde el marxismo - fundador (Marx y Engels) hasta nuestros días, ya que el estado actual de la discusión hunde sus raíces en las posturas de estos ante el fenómeno y gira básicamente en torno de las incorrecciones - generales de las mismas. Por ello es que dedico un espacio proporcionalmente amplio al tratamiento de los factores teórico-políticos condicionantes de tales posturas, esto es, la teoría del progreso social y las expectativas de triunfo revolucionario del proletariado de Europa occidental. La confluencia de estos factores - en los casos concretos trato de mostrarla con la exposición de las posiciones fundamentales de Marx y Engels frente a un determinado número de naciones de Europa y del contexto extraeuropeo.

Ahora bien, en todos los casos propicios, es decir, allí donde me parece que el discurso marxista presenta ciertas debilidades, doy rienda suelta a mis argumentos críticos, suscitando dudas y planteando problemas. Podrá decirse entonces que mi ensayo es más bien "negativo" que "positivo" y, efectivamente, lo es. De lo contrario no merecería el subtítulo de "crítico" (aunque, como dice Bunge, la crítica no siempre sustituye a la creación).

La interrogante básica que subtiende los distintos puntos de este

trabajo es: ¿Cuales han sido las implicaciones fundamentales que -- sobre el marxismo posterior, entendido como teoría y como movimiento político, han tenido las posiciones concretas de Marx(y Engels) sobre la cuestión nacional, y de que manera lo han afectado?

Quiero señalar aquí una limitante de importancia a la que me ví -- enfrentado al realizar este ensayo. Se trata del problema bibliográfico. Desgraciadamente el material en español sobre la temática del marxismo y la cuestión nacional es escasa, y la existente en -- otros idiomas me fue prácticamente indisponible. Por ello, y a pesar de la aparente soltura intelectual y confianza que sugieran -- mis argumentos sobre este punto específico, deben ser tomados como meras tentativas, pues no pretendo haber planteado con toda corrección y fundamento los problemas suscitados.

Finalmente, quiero señalar que en este trabajo he incorporado algunas sugerencias de ciertas personas que, aunque no menciono sus nombres, sabrán reconocerlas cuando lo lean. Por supuesto que la -- manera en que aquí aparecen plasmadas quizá no tenga nada que ver con el verdadero sentir suyo. Sea.

El judío alemán Karl Marx (1818-1883) ha pintado, con colores tomados de las visiones apocalípticas de una tradición religiosa repudiada, un tremendo cuadro de la secesión de un proletariado y la lucha de clases siguiente...su fórmula se adapta al tradicional patrón apocalíptico zoroástrico y judío y cristiano al descubrir, más allá de un remate violento, la visión de un final benigno...ha adoptado a la diosa "Necesidad Histórica" como deidad en lugar de Yahvé, y al proletariado interno del mundo occidental como su pueblo escogido, en lugar de los judíos; y su reino mesiánico es concebido como una dictadura del proletariado; pero los rasgos salientes del apocalipsis judío sobresalen a través de este raído disfraz.

ARNOLD TOYNBEE

I. La doctrina del Progreso

1. La tradición judeo-cristiana

La doctrina del progreso material de la humanidad por efecto del incremento del saber se remonta a la antigüedad. Desde el comienzo de la era cristiana se la identificó con la Redención(1). El progreso fue visto así como un proceso preparatorio del milenio.

En la tradición judeo-cristiana la humanidad es el sujeto de todo progreso y la historia es presentada como una historia de salvación en la que la humanidad del presente es suplantada por la humanidad del futuro, ya redimida y marchando hacia el reino celestial. Progreso y humanidad se funden así en una perspectiva teleológica. El pensamiento ulterior sobre el progreso conservó el elemento teleologista y la identidad de aquel con la historia humana pero desplazó de él la creencia religiosa en la salvación(2).

A partir del Renacimiento asistimos a una paulatina secularización de esta doctrina. Los dogmas religiosos que hasta entonces imperaban como verdades indiscutibles en todos los ámbitos del saber comenzaron a ser puestos en duda por la observación y el experimento científicos. La teología y la especulación filosófica cedieron terreno a la ciencia. Esta tendencia estaba ya implícita en la idea teológica del progreso en la medida en que el avance material de la humanidad, aunque en función del futuro milenio, no podía ser obviado(3). La crítica de la religión condujo a replantear el asunto, colocando a la propia humanidad en el lugar del antiguo redentor. La historia de este periodo constituyó una ácida batalla

de la razón contra el oscurantismo feudal.

El siglo XVIII marcó una etapa decisiva en el proceso de secularización de la doctrina del progreso. Los éxitos de las ciencias naturales dieron lugar a la creencia en la salvación del hombre por obra de su propio esfuerzo. A estas alturas el progreso no fue ya considerado en función del milenio pero se lo estimó como algo autónomo e impersonal que podía usar indistintamente a los hombres para abrirse paso. Erich Kahler distingue tres etapas evolutivas generales en este proceso. En la primera los hombres adquieren empíricamente la conciencia de que el conocimiento y su aplicación los hace progresar. En la segunda aprenden estos a inferir del progreso pasado el progreso futuro. Y, finalmente, empiezan a concebir la idea de una futura sociedad humana perfecta como resultado de una revolución social(4).

Era la Revolución Francesa la que estaba en puerta cuando comenzó a surgir esta última idea en la cabeza de los grandes pensadores del siglo ilustrado. En efecto, como señala Horowitz:

La naturaleza revolucionaria del pensamiento francés del siglo XVIII, fue exacto reflejo de la revolución social que se estaba gestando. La Ilustración se convirtió en la justificación ideológica de la revolución. Pero fue también un instrumento para fomentar la causa de la revolución...La cambiante condición social de la burguesía urbana y su creciente riqueza y poder sugerían interminables progresos sociales. Eso alentaba la idea del progreso como tema de mayor importancia en la literatura filosófica. En efecto, una inamovible Fe en el progreso era lo único que las opuestas escuelas del pensamiento de la Ilustración poseían en común(5).

Los representantes de tales escuelas fueron perfectamente conscientes de que el avance del conocimiento hace progresar a los hombres, por lo cual exigieron en todo momento la difusión y la puesta en práctica del saber adquirido. Tal fue la empresa de los enci

clopedistas(6). Para éstos la filosofía dejó de ser una cuestión meramente especulativa y se convirtió en una poderosa arma de crítica del orden político y social vigente, cuya irracionalidad denunciaron, proclamando a la vez su transformación. La Revolución Francesa vino a coronar este gran movimiento del saber y la Razón. Significó el triunfo histórico de la burguesía, cuya secular trayectoria de ascenso económico, político y social fue acompañada de un notable desarrollo intelectual que acabó imponiendo la idea de que el progreso de la humanidad se efectúa en virtud del cultivo del intelecto. De este modo la identidad entre progreso social y revolución, así como la idea de la salvación propia del hombre, sustituto de la doctrina judeo-cristiana de la redención, constituyen dos componentes indisolubles del pensamiento de la ilustración.

2. Hegel y la filosofía de la Historia Universal

Como pensador Hegel se halla en estrecha relación con la atmósfera intelectual de la Ilustración. El carácter enciclopédico de su obra es un reflejo de esa tendencia universalista que prevaleció en la intelectualidad de la época. Esa propensión omniabarcadora fue una inclinación irresistible del pensamiento de esos tiempos, de la cual Marx se haría eco más tarde.

Ahora bien, esa propensión se manifiesta en Hegel de manera peculiar en su filosofía de la historia universal. En su opinión esta "es el progreso en la conciencia de la libertad—un progreso que debemos reconocer en su necesidad"(7). El espíritu, "o el hombre como tal", es libre "en sí", pero no llega a tomar conciencia de su libertad sino gradualmente, recorriendo un camino que comprende varias fases históricas: el mundo oriental, el mundo greco-romano y el mundo germánico. En el primero sólo se reconoce la libertad a

uro, el déspota. En el segundo la conciencia de esta sólo la adquieren algunos, los ciudadanos. Y en el tercero se llega, a través del cristianismo, a la conciencia de que la libertad constituye la más propia naturaleza del hombre. Aquí el espíritu ha realizado satisfactoriamente su concepto.

En el despliegue total del espíritu universal los espíritus de los diversos pueblos cumplen una única misión sucediéndose unos a otros(8). Las diversas esferas de actividad de los pueblos están, por así decirlo, impregnadas del espíritu universal; éste se halla escindido en ellas y configura la atmósfera cultural en la que se forman los individuos, tengan o no conciencia de ello. El espíritu es así el factor de unificación de las distintas partes integrantes de la totalidad social; es esta misma totalidad. Ninguna de esas partes resulta comprensible sin referirla al todo. De igual modo, la historia de cada pueblo se comprende sólo en función del devenir histórico del espíritu universal. Lo que un pueblo es en concreto es la síntesis de sus múltiples determinaciones, digo, de sus diversas esferas de actividad unificadas por él; el espíritu de los pueblos es su unidad(9).

Por otra parte, Hegel era de la idea de que el espíritu universal utiliza a los individuos como medio para la realización de su fin, aún cuando estos no lo sepan: "el fin universal, dice, reside en los fines particulares y se cumple mediante ellos"(10). Sólo tras un prolongado proceso llegan los hombres a saber y querer lo universal. El Estado, en cuanto material de la realización del fin universal del espíritu, es el lugar en donde pueden estos acceder a ello y alcanzar así su libertad. "En el Estado la libertad se ha ce objetiva y se realiza positivamente"(11). Por ello resulta ser el Estado el verdadero objeto de interés en la consideración de la historia; las transformaciones de esta "ocurren esencialmente en el Estado"(12), y sólo en él existen, "con la conciencia de las le

yes, hechos claros y, con estos, una conciencia de los hechos, que da al hombre la capacidad y la necesidad de conservarlos"(13).

De acuerdo con lo anterior Hegel distingue entre nación y Estado.' Para él son naciones todos aquellos pueblos no organizados políticamente de un modo estable y definido. Como tales las naciones están fuera de los límites de la historia universal, pudiendo "hacerse aptas" para ella a condición de adquirir el carácter de Estado. Es más:

En la existencia de un pueblo -opina Hegel-, el fin esencial es ser un Estado y mantenerse como tal; un pueblo sin formación política (una nación como tal) no tiene propiamente historia; sin historia existían los pueblos antes de la formación del Estado, y otros también existen ahora como naciones salvajes. Lo que sucede a un pueblo y tiene lugar dentro de él, - tiene su significado esencial en la relación con el Estado(14)

Los Estados son, en cambio, todos aquellos pueblos en los que el espíritu ha realizado algún progreso y, por tanto, han ejercido influencia en la historia universal.

Los "mundos" ya mencionados indican el sentido en que se ha realizado el despliegue del espíritu universal a través de los sistemas estatales en ellos comprendidos.

La historia universal -dice Hegel-, va de Oriente a Occidente. Europa es absolutamente el término de la historia universal. Asia es el principio. Para la historia universal existe un Oriente por excelencia, aunque el Oriente es por sí mismo algo relativo; pues si bien la tierra es una esfera, la historia no describe un círculo alrededor de ella, sino que más bien tiene un orto, un oriente determinado que es Asia. En Asia nace el sol exterior, el sol físico y se pone en Occidente; pero en cambio aquí es dónde se levanta el sol interior de la conciencia, que expande por doquiera un brillo más intenso(15).

Como vemos, para Hegel la historia es un constante fluir de vaís

a país y de continente a continente, como señala D'Hondt(16). A primera vista esto la hace incomprensible. Sin embargo, en ella subyace una lógica determinada cuyo descubrimiento compete a la razón. Como toda realidad, la historia universal es el resultado de contradicciones que se desarrollan rigiéndose por leyes. Por lo cual para ser comprendida en su devenir y cargarse de sentido precisa del elemento racional que aporta la filosofía, cuyo cometido es el descubrimiento de dichas leyes.

En resumen, la historia universal es para Hegel la realización progresiva del concepto de Libertad. Es un proyecto racional que la humanidad se encarga de llevar a cabo. Sólo de este modo resulta comprensible. Es esta, como él mismo reconoce, una concepción apriorística que dispone la historia de tal modo que encaje en el esquema preconcebido. La historia concreta es así la alienación en el tiempo del mundo racional. La razón está, pues, en la historia y se realiza en ella.

Pese a su carácter metafísico, la filosofía de la historia de Hegel constituyó, como señala Rosdolsky(17), el primer intento por comprender la historia de la humanidad en su conjunto como un proceso evolutivo sujeto a leyes. De ahí su carácter seductor. La razón es capaz de comprender el pasado, el presente y adelantar el futuro; tal es la lección de la filosofía hegeliana de la historia universal.

3. La deuda marxista

A través de Hegel Marx recibió la influencia de la doctrina ilustrada del progreso, y aunque en un determinado momento se operó una sustancial diferenciación entre ambos en el plano filosófico, comparten sin embargo la idea de la historicidad de los pueblos según su grado de progreso social. Eminentemente, Marx no pudo acep-

tar de ningún modo la idea judeo-cristiana de la impersonalidad - del progreso histórico según la cual este acaece por sobre las cabezas de los hombres, moldeándolos a su gusto. Tal creencia no era para él más que una mistificación en la que la historia viene a ser una sustancia que se enfrenta a los hombres, sus creadores. Este rechazo fue claro en la actitud de Marx hacia la filosofía hegeliana de la historia:

...no es, digamos, la "Historia" quien utiliza al hombre como medio para laborar por sus fines --como si se tratara de una persona aparte--, pues la Historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos(18).

Este rechazo tajante de toda hipostatización en el terreno de la historia contrasta, sin embargo, con aquellas conocidas expresiones de Marx en las que este habla de leyes histórico-naturales - que se imponen contra la voluntad de los hombres. Con todo, la idea está clara: si en la filosofía de Kant hay una meta de perfección humana que adviene por obra de un "plan oculto de la naturaleza"; si en Hegel es la "astucia de la razón" la que emplea al hombre en su desarrollo histórico y lo hace progresar, en Marx la historia no es sino el hombre mismo persiguiendo conscientemente sus fines.

Ahora bien, al igual que para Hegel para Marx el progreso es dialéctico; hay avances pero también retrocesos. Sin embargo, de la unidad de ambos brota la posibilidad de la futura solución definitiva de su antagonismo. Mientras tanto, la decadencia implicada en el progreso es el costo necesario de la marcha de la humanidad hacia el "reino de la libertad". El proyecto comunista de Marx implica una crítica de la filosofía hegeliana de la historia que pone las contradicciones sociales en el plano de la razón, situándolas en el terreno de la práxis.

El análisis de los modos de producción históricamente determinados ha de brindar en cada caso la clave para la superación de las contradicciones sociales. En este punto se advierte una profunda influencia hegeliana en Marx. Para éste, como para Hegel, la historia universal es un proceso sujeto a leyes que la especulación filosófica, o la investigación científica, deben revelar. Y no sólo esto. Para ambos: 1) El desenvolvimiento de la historia se da por etapas (en Hegel: "mundo oriental", etc.; en Marx: "modo de producción asiático", etc.); 2) Para comprender el movimiento de la historia se necesita anticipar el desenlace de sus contradicciones (en Hegel el Estado prusiano; en Marx el comunismo; finalismo inherente a la dialéctica); 3) Cada una de esas etapas ("mundos" en Hegel; "modos de producción" en Marx) constituye una totalidad orgánica que informa las partes que la componen(19). Para Hegel es el espíritu la fuente de la unidad de las diferentes esferas de actividad de los pueblos y se sitúa por encima de estas. Marx, en cambio, reconoce en el modo de producción el principio articulador del todo social, pero no a la manera hegeliana; es decir, no hace de este una hipostatización, algo "anterior e independiente de las 'relaciones sociales'", según la expresión de Coletti(20), sino más bien ve en él una estructura de actividades que constituyen la raíz misma del organismo social.

Desde su posición materialista para Marx ya no se trataba de interpretar la historia sino de transformarla; no de buscar en la razón la solución de los antagonismos sociales sino en la sociedad misma. En este punto Marx sentía pisar terreno firme. En su carta a Engels del 7 de Diciembre de 1867, al referirse a las "conclusiones tendenciosas" que el autor de El Capital, es decir, él mismo, saca de esta obra decía:

Quando demuestra que la sociedad actual, considerada desde

el punto de vista económico, lleva en sí los gérmenes de una forma social nueva superior, no hace más que presentar en el plano social el mismo proceso que Darwin ha establecido en las ciencias de la naturaleza. La doctrina liberal del "progreso"...implica esa idea, pero el mérito del autor está en presentar un progreso oculto incluso allí donde las relaciones económicas modernas van acompañadas de terribles consecuencias inmediatas(21).

Toda la labor científica de Marx puede ser considerada legítimamente como un gigantesco esfuerzo intelectual para descubrir los factores progresivos y revolucionarios de la sociedad burguesa. - Marx no sólo se reconocía deudor de la doctrina liberal del progreso sino también encontraba en ella una expresión -ciertamente "burguesa"- de un proceso histórico-natural.

Con la conciencia de que el cambio social se halla determinado - por la marcha del desarrollo histórico y que, por tanto, el capitalismo está destinado por necesidad histórica a ser sustituido por el comunismo, Marx se abocó al estudio científico de su funcionamiento con la finalidad de brindar un fundamento teórico al movimiento comunista. De este modo para él el objetivo histórico de este dejaba de ser un deseo únicamente para convertirse en una meta consciente(22). Así, la doctrina del progreso adquiere en Marx un - carácter sustancialmente distinto: teóricamente expresada no es si no una abstracción del "movimiento real", y políticamente encuentra su fundamento teórico en esta.

Mediante un paralelo entre Redención y Progreso no es difícil dar una interpretación soteriológica al comunismo de Marx del tipo: "Hubo un jardín del Edén; hay un estado de pecado; habrá el regreso al Reino de Dios"(23). Es cierto que en una forma ya muy cambia da, y como en muchos otros aspectos de su pensamiento, Marx es tri butario de la cultura racionalista del siglo XVIII que secularizó totalmente la doctrina religiosa del progreso. Sin embargo, no pa-

recen ser muy afortunadas que digamos las tentativas de reducir la obra teórica de Marx al nivel de una nueva Escritura. Con todo, ca be decir que a este tipo de interpretaciones han conducido intencionados análisis de su deuda con la tradición racionalista ilustrada(24).

Con Marx y Hegel se consuma la concepción teleologista de la historia.

En una época que destruía a sus adversarios mediante métodos no menos eficientes porque fuesen decorosos y lentos, que forzó a Carlyle y Schopenhauer a buscar una evasión en civilizaciones remotas o en un pasado idealizado, y que llevó a su acérrimo enemigo Nietzsche a la histeria y la locura, Marx fue el único que se mantuvo centrado en sí mismo y formidable. Como un antiguo profeta que lleva a cabo una tarea que le ha impuesto el cielo, con una tranquilidad interior basada en una clara y segura fe en la sociedad armoniosa del futuro, dio testimonio de los signos de decadencia y ruina que veía por doquier. Le parecía que el viejo orden se desmoronaba patentemente ante sus ojos e hizo más que ningún otro hombre para acelerar el proceso, procurando acortar la agonía que precede al fin.

ISAIAH BERLIN

II. La concepción materialista de la historia

1. Historia y progreso

Según el prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política, en la historia de la formación económica de la sociedad - pueden distinguirse varias fases de progreso determinadas por el - grado de adelanto que en ellas hayan alcanzado las fuerzas productivas(25). Sin ver una sucesión histórica necesaria entre ellas en forma unilíneal(26), Marx consideraba la sociedad burguesa como el nivel más alto de progreso alcanzado hasta el momento. Ninguna época histórica anterior estuvo en disposición de progresar materialmente en forma tan vertiginosa como la era burguesa. En el Manifiesto Comunista Marx exaltó el papel revolucionario de la burguesía en cuanto promotora del progreso social. El gigantesco desarrollo de fuerzas productivas a que esta clase dió lugar en su ascenso histórico superaba, según él, todo lo que a este respecto había logrado la humanidad en todas las fases históricas anteriores tomadas en su conjunto.

El período burgués de la historia -dice Marx- está llamado a sentar las bases de un nuevo mundo: a desarrollar, por un lado, el intercambio universal, basado en la dependencia mutua del género humano, y los medios para realizar ese intercambio; y, de otro lado, desarrollar las fuerzas productivas y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza. La industria y el comercio burgueses van creando esas condiciones materiales de un nuevo -

mundo del mismo modo como las revoluciones geológicas crearon la superficie de la tierra. Y sólo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometién-dolas al control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces el progreso humano habrá dejado de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado(subrayados míos, G.A.)(27).

La época burguesa de la historia es así el adelanto de la nueva sociedad. Tal era la convicción de Marx y esto lo llevó incluso a considerar que ante "la perspectiva de una nueva sociedad, de una nueva formación social económica", "el capitalismo no es más que la transición"(subrayado mío, G.A.)(28). Pareciera que la concepción de la era burguesa como período históricamente definido del desarrollo de la sociedad humana pierde con esto su eficacia analítica, pues la idea de delimitación histórica se tornaría problemática. Marx en La ideología alemana rechazó esa interpretación de la historia según la cual la historia anterior tiene como finalidad la historia posterior(29). Sin embargo, el comunismo es, en su interpretación de la historia, la finalidad consciente y necesaria del desarrollo histórico de la humanidad, lo cual sugiere la idea de que ante esta meta puede ser considerada toda la historia anterior como la preparación del futuro orden social; si no, ¿qué significa aquí "transición"? Eminentemente el enlace entre el pasado precapitalista y el comunismo futuro. Con todo, el análisis que Marx llevó a cabo en El Capital sobre el modo capitalista de producción desalienta esta duda.'

El carácter cíclico de la concepción de la historia en Marx es manifiesto. Las distintas épocas de progreso recorridas por la humanidad a partir de la comunidad primitiva no son sino fases preparatorias de una forma superior de esta(30). Tales épocas, por otro lado, no aparecen de improviso ni se hallan delimitadas con clari-

dad(31). Sólo llegan a constituirse en formas dominantes de la producción social tras un prolongado proceso de evolución, cual fue - el caso del capitalismo(32), y en distintos puntos entran en contacto con modos de producción ya superados. El proceso capitalista de producción, por ejemplo, absorbe materias primas procedentes de modos de producción precapitalistas de diverso tipo, a los que - tiende a imprimir su carácter, es decir, a convertirlos en modos - de producción mercantil capitalista(33). En este sentido el capitalismo realiza una labor histórica altamente progresiva. Al penetrar la economía mercantil en sociedades en que esta no se ha desarrollado se opera en ellas una rápida desintegración.

Con el desarrollo de la división del trabajo y del intercambio a nivel planetario, como suponía Marx que ambos procesos se habían - consolidado, se crearon las bases materiales para una genuina historia universal. En este sentido Marx pudo afirmar que "la historia universal no siempre existió; la historia como historia universal es un resultado"(34). Con la creación del mercado mundial y como característica vital de la producción capitalista la burguesía "anda" en todas partes, según el Manifiesto Comunista, creando en todas ellas, inclusive en las más atrasadas, los gérmenes de la actual sociedad.

El desarrollo de la producción capitalista -dice Marx- crea un nivel medio de sociedad burguesa, y por tanto un nivel medio de temperamento entre los pueblos más variados. Es tan - realmente cosmopolita como la cristiandad(35).

Con el internacionalismo de la economía capitalista se han creado las condiciones para la formación de una cultura auténticamente internacionalista como jamás existió.

Por otro lado, esa búsqueda incessante de los "progresos ocultos" de la sociedad burguesa de los que Marx hablaba se revela de mil -

maneras en su análisis del industrialismo capitalista. Él consideraba que la moderna industria da lugar a constantes progresos en los procesos de producción, por lo que resulta profundamente revolucionaria en comparación con otros regímenes de producción, cuya base técnica es conservadora. Esos progresos, además, fomentan las contradicciones de su carácter capitalista y, con ello, "los elementos creadores de la nueva sociedad y los factores revolucionarios de la sociedad antigua"(36). Asimismo, el carácter competitivo de la economía burguesa hace que la gestión económica de los capitalistas, el acicate de la ganancia, convierta a estos en agentes inconcientes de la nueva sociedad.

Como un fanático de la valorización del valor -opina Marx-, el verdadero capitalista obliga implacablemente a la humanidad a producir por producir y, por tanto, a desarrollar las fuerzas sociales productivas y a crear las condiciones materiales de producción que son la única base real para una forma superior de sociedad cuyo principio fundamental es el desarrollo pleno y libre de todos los individuos(37).

Para Marx es el capitalismo un sistema de producción plagado de contradicciones y amenazado en forma permanente por las crisis económicas. De la propia anarquía de la producción burguesa arrancan las posibilidades de un progreso racional. Empero, actualmente el progreso condiciona la miseria(38). Este doble aspecto que Marx observó en las relaciones sociales burguesas corresponden, según su opinión, a la misma naturaleza de estas; no son una mera forma de exposición teórica, sino una característica de la propia realidad del capitalismo(39).

En resumen, el "período burgués" de la historia representaba para Marx la fase más elevada de progreso de la humanidad y, en la periodización que de la historia universal realizó, la última etapa antagónica de progreso social. Con el comunismo se cierra el ciclo

histórico. Es irresistible no concluir, de acuerdo con esto, en la idea de que al llegar aquí se acabarán las metas y los ciclos del desarrollo humano. ¿Qué habrá entonces? Marx podría decir resuelta- mente que tratar de responder a esto sería especular estérilmente pues la humanidad sólo se plantea los problemas para los que existen ya los elementos de su solución y, sin embargo, la razón estaría de su lado(40).

2. Hombre y naturaleza

El materialismo de Marx nos presenta una imagen de la histórica - unidad del hombre y la naturaleza, revelada empíricamente por la - industria. Este proceso de "intercambio orgánico de materias" en- - tre ambos él lo concibe como una humanización de la naturaleza y - una manifestación del carácter natural del hombre. Pero tal rela- - ción es también vista por Marx como una lucha permanente del hom- - bre contra la naturaleza.

En su intento de mejorar sus condiciones materiales de vida los - hombres se hallan condicionados tanto por su propia naturaleza co- - mo por el medio físico. La riqueza de medios de vida y de medios - de producción constituye la base físico-natural condicionante de - su grado de evolución histórica. En épocas remotas los hombres de- - pendían en gran medida de la generosidad de la naturaleza para la - satisfacción de sus necesidades vitales; su acción transformadora - de la misma era altamente limitada. Sólo al lograr un determinado - nivel de desarrollo las capacidades productivas de estos pudieron - ejercer influencia sobre las fuerzas naturales y sacar provecho de - ellas. En tales condiciones no se trataba ya de recoger los frutos - brindados gratuitamente por la naturaleza sino de obligarla a ser- - vir al hombre.

Una naturaleza demasiado pródiga --dice Marx--, "lleva al hombre de la mano como a niño en andaderas". No le obliga, por imposición natural, a desenvolver sus facultades... La necesidad de dominar socialmente una fuerza natural, de administrar la, de apropiársela o someterla mediante obras creadas por la mano del hombre y en gran escala, desempeña un papel decisivo en la historia de la industria(41).

Cuando las condiciones naturales no les son favorables los hombres sienten estimulada su creatividad y buscan la manera de satisfacer sus necesidades. En los comienzos de la historia humana los medios brindados por la naturaleza gratuitamente se hallaban en equilibrio con el nivel de las necesidades sociales. Pero a medida que las dimensiones de la sociedad se fueron ensanchando no era ya posible seguirse ateniendo a las bondades de aquella. Fue preciso entonces -- que los hombres desarrollaran sus fuerzas productivas en escala creciente a fin de dar satisfacción a las cada vez más dilatadas necesidades de la sociedad. El régimen capitalista de producción "presupone el dominio del hombre sobre la naturaleza". Con los antiguos medios de producción, que empleaban como fuerza motriz el viento o las corrientes fluviales, los productores veíanse en dependencia de estas fuerzas naturales. Con el empleo de la máquina de vapor, en cambio, no sólo obtuvieron mayor rendimiento sino también movilidad; la moderna industria pudo establecerse en las ciudades, cerca de los centros de realización de sus productos, y no necesariamente en el campo como antes.

Con todo, y como es la norma en las sociedades clasistas, todo progreso trae aparejado su aspecto negativo. La lucha histórica de los hombres por dominar las fuerzas de la naturaleza en la producción -- de sus medios de vida presupone, en tales sociedades, el dominio previo de unos hombres por otros, el dominio de los productores directos por sus explotadores. En la sociedad comunista, en cambio, el pleno dominio de la naturaleza por los hombres --creía Marx--, dejará

de llevar aparejada tal dominación; será el reino de la libre y -
conciente asociación de los productores, propietarios comunes de -
los medios de producción. Sobre la base de las conquistas actuales
del hombre sobre la naturaleza habrá de erigirse la nueva sociedad,
en la cual la producción será la unidad conciente y racional de am
bos.

3. El comunismo: libertad y necesidad

Marx caracterizaba la nueva sociedad comunista como el "reino de
la libertad", queriendo decir con ello que en esta los hombres é
ejercerán pleno control sobre su proceso material de vida y esta-
rán en condiciones de desarrollar irrestrictamente sus facultades(42).¹ Pero la consecución de esto presupone un elevado nivel de
productividad que permita la abundancia de medios de vida y la re-
ducción de la jornada de trabajo. La satisfacción de estas premias
está a su vez condicionada por el desarrollo de las fuerzas -
productivas.

La idea de la "libre actividad espiritual y social de los indivi-
duos" asegurada por el nuevo orden social es básica en la concep-
ción del comunismo en Marx, ya que constituye para él la solución
a la enajenación del trabajo en la sociedad burguesa, contra la -
cual está centrada toda su crítica de esta.

En sus Manuscritos económico-filosóficos Marx señala tres caracte-
rísticas de esa enajenación. 1) El trabajo es concebido como una -
actividad ajena a la naturaleza del productor. 2) El trabajo es -
visto como una imposición, como trabajo para otro. 3) El trabajo -
aparece como simple medio para la satisfacción de necesidades ex-
ternas al proceso de trabajo(43). En otros términos:

El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida;

para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que adjudica a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí no es la seda que teje ni el oro que extrae de la mina, ni el palacio que edifica. Lo que produce para sí mismo es el salario; y la seda, el oro y el palacio se reducen para él a una determinada cantidad de medios de vida, si acaso a una chaqueta de algodón, unas monedas de cobre y un cuarto en un sótano. Y para el obrero que teje, hila, tala, tornea, construye, cava, machaca piedras, carga, etc., - por espacio de doce horas al día, ¿son estas doce horas de tejer, hilar, taladrar, tornear, construir, cavar y machacar - piedras la manifestación de su vida, su vida misma? Al contrario. Para él la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama. Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc., sino solamente como medio para ganar el dinero que le permite sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en la cama(44).

En La ideología alemana Marx habla de dos formas concretas de superar esta enajenación del trabajo: 1) Una revolución social a cargo del proletariado, la masa empobrecida de la sociedad cuya existencia miserable contrasta con el mundo de riqueza y cultura en manos de la burguesía, y de cuyo enfrentamiento victorioso con esta habrá de resultar la abolición de la propiedad privada, de la división capitalista del trabajo y de la explotación del hombre por el hombre; 2) El desarrollo espectacular de fuerzas productivas a fin de que lo anterior sea materialmente posible(45).

Ahora bien, independientemente del régimen social el trabajo constituye, según Marx, una "necesidad natural" imposible por tanto de eludir. En este sentido podría ser considerado como una carga pues incluso en la nueva sociedad el tiempo de trabajo será el polo opuesto y complementario del disfrute y la creatividad; sólo sobre la base de aquel podrán estos desarrollarse plenamente(46). Pese a ello, las condiciones generales del trabajo varían de una época a otra y, en este sentido la sociedad burguesa aventaja a otras so-

ciedades por cuanto ha creado los medios para la definitiva emancipación de los productores de los aspectos enajenantes de este, es decir, ha provocado "el desarrollo inexorable de las fuerzas productivas del trabajo social, que es lo único que puede constituir la base material para una sociedad humana libre"(47). Sólo un alto grado de productividad del trabajo, alcanzado ya por los progresos de la era burguesa, hará posible dilatar la esfera del tiempo libre a costa del tiempo necesario para la producción social y lograr así que "corran a chorro los manantiales de la riqueza colectiva"(48) a fin de alcanzar una efectiva libertad e igualdad comunistas.

Aunque para Marx la división del trabajo en general es una de las causas fundamentales de la alienación y deshumanización de los productores(49), consumándose ~~ambas~~ en la sociedad capitalista, no proclamaba, empero, su eliminación total en el comunismo. Más bien creía que a este respecto la misión de la clase obrera consiste en abolir "la antigua división del trabajo"(50) que separa a los productores directos de los medios de producción encadenándolos al desempeño de una función parcial o a un cambio constante de actividades - que no corresponden a sus inclinaciones. En el comunismo la división del trabajo, basada en un grado de productividad elevado dejaría de constituir una potencia independiente a los productores y éstos podrían voluntaria y libremente cambiar de actividad(51).

4. El capitalismo librecambista

La formación intelectual de Marx tuvo lugar en una época en que el capitalismo se hallaba en expansión y el sistema de libre cambio era la forma predominante de las relaciones económicas entre los individuos de las sociedades burguesas desarrolladas. Este hecho condicionó, como ha señalado correctamente Wright Mills(52), su inter-

pretación de la historia y sus expectativas sobre el desarrollo futuro del capitalismo.

En un discurso pronunciado en 1848 en la Asociación Democrática - de Bruselas Marx daba su aprobación al sistema librecambista, ya - que, opinaba, "este régimen desintegra las antiguas nacionalidades y lleva a sus últimas consecuencias el antagonismo entre la burguesía y el proletariado", y aunque sus efectos sobre los salarios y el nivel de vida de la clase obrera fueran deplorables constituía para él un sistema progresista, ya que "acelera la revolución social"(53). Es por esto que Marx se mostró contrario al proteccionismo de Friedrich List, quien con sus prédicas en favor de los aranceles no hacía más que proclamar el atraso económico de Alemania frente a otras naciones europeas.

Al redactar el Manifiesto Comunista Marx partía del supuesto de - que el sistema de libre cambio se hallaba extendido por toda Europa al igual que el dominio de la burguesía(54). El libre cambio - era para Marx la forma más avanzada del capitalismo e Inglaterra - su expresión concreta clásica(55). El Capital, que tiene como referente empírico el capitalismo inglés, está basado en la premisa de la libre concurrencia de capitales y fuerza de trabajo(56). En esta obra se habla de la centralización del capital, es decir, la - formación de capitales gigantescos concentrados en pocas manos mediante la expropiación de capitales individuales, cuyo máximo límite sería alcanzado en cada rama de producción así como los capitales invertidos en ellas "se aglutinasen en manos de un sólo capitalista"(57). A esto Engels agregaba en la cuarta edición alemana (1890) de esta obra que "los novísimos trust ingleses y norteamericanos aspiran ya a esto, puesto que tienden a unificar, por lo menos, todas las grandes empresas de una rama industrial, en una - gran sociedad anónima con monopolio efectivo"(58). Asimismo, la importancia creciente del crédito como palanca de esa centralización

fue observada por Marx. Todo esto puede ser considerado como una forma embrionaria del capitalismo monopolista, lo cual, no obstante, no contraviene el presupuesto de la libre competencia del cual Marx partía en su estudio del régimen del capital, pues, en su opinión, a medida que este progresaba desarrollábase también aquella. El monopolio no era para Marx sino una de las caras de las relaciones económicas burguesas que siempre son ambivalentes y contradictorias. Además, él lo veía como un anuncio de la disolución del dominio del capital "y del modo de producción en él fundado"(59).

Algunos rasgos económicos fundamentales del capitalismo librecambista, tal como fue captado por Marx(y Engels) en sus obras son:

- a) La existencia de capitales individuales y dispersos que tienden a ser centralizados en pocas manos(60);
- b) La existencia de un gran contingente obrero desocupado y potencialmente disponible que presiona sobre el nivel general de los salarios(superpoblación relativa)(61);
- c) Economía al interior de cada empresa y despilfarro a nivel social; en otros términos, anarquía de la producción(62);
- d) Crisis económicas de sobreproducción registradas en ciclos de - aproximadamente diez años de duración(63);
- e) Desarrollo espectacular de fuerzas productivas y aplicación de la ciencia y la tecnología a los procesos productivos; asimismo, socialización de la producción(64);
- f) División internacional del trabajo en la que los países atrasados sirven de fuente de materias primas y productos agrícolas y de mercado para los productos industriales de los países capitalistas avanzados(65);
- g) Explotación colonial de pueblos menos desarrollados y formación de un mercado mundial en expansión(66);
- h) Cambio incesante en la composición técnica del capital y consiguiente incremento de su composición orgánica a consecuencia - del aumento en la productividad del trabajo(67).

Por otro lado, a esta forma de capitalismo "corresponde" el llamado "Estado liberal", aunque debe admitirse que esta expresión resulta ambigua e insatisfactoria ya que, en principio, no designa una entidad política claramente definida y, en segundo término, da a entender un Estado que no interviene en la vida económica privada. En cuanto a lo primero cabe señalar que de la obra de Marx resulta difícil extraer una definición de lo que es este tipo de Estado. Desde sus primeros escritos Marx concibe al Estado moderno como una entidad abstracta o ilusoria, por oposición al carácter profano y diverso de la sociedad civil. En el Manifiesto Comunista se lo considera como un comité para arreglar los asuntos económicos comunes de la burguesía, y, en general, en él el Estado (y el conjunto de las instituciones políticas 'burguesas') es un instrumento de dominio de las clases explotadoras. Según la opinión de S. Bloom, aunque Marx consideraba las variedades estatales "de país a país y de época en época en el mismo país", para él la forma "clásica" de Estado burgués era la "república parlamentaria" del tipo existente en Inglaterra(68).

Ahora bien, en cuanto a lo segundo vemos que la ambigüedad salta a la vista si se considera que desde los inicios del capitalismo - hasta su pleno desarrollo industrial el Estado ha intervenido activamente en el proceso de acumulación de capital, ya sea decretando leyes de vagabundaje, de reducción de los salarios, de prolongación de la jornada de trabajo; ya financiando la formación de determinadas industrias o apoyando empresas coloniales, etc. Sobre todo esto hay testimonio en la obra de Marx(69), por lo que sólo cabe hablar en términos convencionales de "Estado liberal"; ya que es manifiesta su intervención en el terreno económico al crear los prerrequisitos de la economía de mercado.

Si bien Marx partía del supuesto de la capacidad de autorregulación económica del capitalismo, en la que el Estado aparece como -

"externo" al momento económico, no por ello dejó de considerar el hecho de que este además de apoyar la acumulación capitalista en tiempos "normales" juega un papel importante en tiempos de crisis, aunque este fuese de carácter jurídico-político, pues el Estado se hallaba entonces lejos de las empresas económico-sociales en que lo vemos comprometido actualmente y que contribuyen a la regulación económica del capitalismo. La estructura de este y el ordenamiento político-estatal contemporáneos han dado lugar a problemas realmente impensados por Marx, los cuales tornan necesaria la modificación de las tesis básicas de este acerca del desarrollo y las crisis económicas del capitalismo, que él consideraba el fundamento de su destrucción, exigiéndole a la par la búsqueda de nuevas perspectivas teóricas de análisis que faciliten la comprensión del nuevo ordenamiento social capitalista(70). El Estado, tal como Marx lo percibió en la sociedad burguesa del siglo XIX, era una especie de complemento del mercado. La expresión de Engels en el sentido de que el Estado se encarga de mantener las condiciones generales externas de la producción capitalista encaja perfectamente en esa percepción.

En resumen, el periodo librecambista del capitalismo era para Marx la fase más avanzada de este. Sus estudios económicos llevan el sello de este supuesto. Si bien, como señala Löwy, Marx descubrió en la realidad social del siglo XIX los rasgos esenciales del capitalismo(71), muchas de sus previsiones sobre el futuro desarrollo de este basadas en esos descubrimientos resultan hoy día incorrectas. El régimen fabril decimonónico le parecía ya agotado y algo así como la mesa servida al comunismo. Descubrió "progresos ocultos" de ese sobre la familia(72), sobre los instrumentos de producción(73), sobre la educación(74), sobre el desarrollo de la ciencia(75), sobre las capacidades productivas de los obreros(76), sobre las condiciones materiales de la producción(77), sobre la di

visión internacional del trabajo(78), sobre la agricultura(79), - sobre la jornada social de trabajo(80), sobre los medios de comunicación y transporte(81), etc. Ciertamente fue una gran previsión de Marx el haber destacado el papel relevante que jugaría el desarrollo tecnológico en el sentido de crear las precondiciones materiales para una auténtica emancipación del trabajo en la sociedad comunista. Pero tal vaticinio, formulado a finales de la década de los años cincuenta del siglo XIX, es a la par una declaración del carácter apresurado y en exceso optimista respecto de las posibilidades de realización del comunismo en esa época y en esas condiciones(82). La creencia de Marx en que el capitalismo librecambista - ya estaba maduro para dar paso a la nueva sociedad la sostuvo desde su juventud hasta su vejez. Todavía en 1881, en los borradores de su famosa carta de respuesta a Vera Zasúlich, leemos que "el régimen capitalista...considerado exclusivamente desde el punto de - su posible duración, apenas si tiene importancia en la vida de la sociedad"(83). Sin embargo, aún le quedaba a este sistema un largo trecho por recorrer, aunque, como señala amargamente Marcuse:

Hace mucho que se alcanzó el nivel de productividad que Marx consideraba necesario para la construcción de una sociedad socialista en los países capitalistas técnicamente más avanzados; y es precisamente este logro(la "sociedad de consumo") - lo que ha servido para sostener las relaciones de producción capitalista, para obtener el apoyo popular y para desacreditar la razón de ser del socialismo(84).

Empero, si bien Marx previó un tipo de sociedad capitalista de esta naturaleza, se imaginaba el comunismo en el siglo XIX como un hecho.

Una revolución es un fenómeno real y natural gobernado por leyes - físicas más que por las reglas que determinan el desarrollo de la sociedad durante los periodos normales. O, mejor dicho, en la revolución estas reglas toman un carácter más pronunciadamente físico y la fuerza material de la necesidad entra en juego con mayor violencia. Y desde el momento en que uno figura como representante de un partido, se ve arrastrado por el torbellino de la necesidad natural irresistible.

FRIEDRICH ENGELS

III. La teoría de la revolución proletaria

1. Naturaleza estructural de la revolución

La idea de que las fuerzas productivas al llegar a un determinado nivel de desarrollo entran en contradicción antagónica con las relaciones de producción, abriéndose de este modo una época de revolución social fue expuesta por Marx en La ideología alemana y, de manera más explícita, en el prólogo de su opúsculo sobre economía política de 1859, en el cual leemos lo siguiente:

En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social(85).

En este prólogo Marx planteó sintéticamente la idea de que en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción se funda la posibilidad objetiva de la transformación revolucionaria de la sociedad en cada situación histórica concreta. En él sugiere que no hay arreglo posible dentro de los límites de la sociedad en cuestión, pero concibe la naturaleza prolongada del proceso revolucionario en virtud de la eventualidad del surgimiento de nuevas fuerzas productivas que por periodos determinados alejen el desenlace definitivo del conflicto.

Tratándose del caso específico de la sociedad burguesa Marx planteó dos posibilidades concretas del proceso revolucionario. La primera, la más conocida, es la que aparece esbozada en El Capital - del siguiente modo: La expropiación entre capitalistas da lugar a la centralización del capital en pocas manos; esto conduce a la polarización de la sociedad en una reducida minoría de capitalistas, por un lado, y una gran masa de obreros asalariados, por otro lado; la producción se socializa en grado extremo y la economía capitalista adquiere un verdadero carácter universal; a la par de esto - crece el grado de miseria pero también de conciencia y organización y combatividad de la clase obrera. Como resultado de esta - transformación "el monopolio del capital se convierte en un grille te del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La - centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos" (86).

La otra posibilidad es la que Marx contempló en sus Grundrisse, en donde nos habla de un elevado nivel de automatización de la producción que requiere un saber científico generalizado y que reduce al mínimo la intervención de la fuerza humana de trabajo, colocándolos a los productores en la situación de simples vigilantes de las máquinas, esto por una parte; por otro lado, un alto grado de consumo y disfrute de los productores. En estas condiciones la producción capitalista sucumbiría por sí misma al reducir cada vez más el tiempo de trabajo ajeno sobre cuya explotación se funda e introducir en forma incesante innovaciones tecnológicas. Marx dice al respecto:

Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar de ser, su medida y por tanto el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso. El plustrabajo de

la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción inmediato se le quita la forma de necesidad apremiante y el antagonismo. Desarrollo libre de la individualidad, y por ende no reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plus-trabajo, sino en general reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos. El capital mismo es la contradicción en proceso, por el hecho de que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza...Las fuerzas productivas y las relaciones sociales -unas y otras aspectos diversos del desarrollo del individuo social- se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir fundándose en su mezquina base. De hecho, empero, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires(87).

En un caso es la pobreza insoportable que sufre la clase obrera - la que "produce" la reacción anticapitalista de esta. En el otro caso es la conciencia del disfrute de un buen nivel de vida, la necesidad de mantenerlo e incrementarlo, la que conduce al asalto final del capitalismo por parte de los obreros(88). Esta última perspectiva modifica considerablemente la anterior en lo que respecta a la pauperización creciente de la clase trabajadora en ella prevista(89). En común ambas guardan sólo lo relativo a la socialización de la producción. El pauperismo y la polarización social de los que se habla en la primera no figuran en esta última, pero en las dos se contempla la ciencia y la tecnología como la principal fuerza productiva creadora de la riqueza social. Los inventos, cada vez más perfeccionados, se suceden aprisa unos a otros y su aplicación a los procesos productivos elimina gradualmente la intervención de la fuerza humana de trabajo. El capital tiende a -

dar un "carácter científico" a la producción y a convertir el trabajo en un "mero momento de ese proceso"(90). Con ello el capital obra su propia destrucción, "su disolución como forma dominante de la producción"(91).

Al explicar científicamente tanto la explotación del obrero por el capital como la tendencia a la socialización inherente a la producción capitalista Marx sintió haber revelado las bases objetivas de la revolución proletaria.

2. El sujeto revolucionario

Desde su juventud Marx estableció una clara distinción entre revolución política y revolución social. Así, en 1844, polemizando con Arnold Ruge acerca de la insurrección de los obreros de Silesia señalaba lo siguiente:

Toda revolución es social en la medida en que destruye la - vieja sociedad. Toda revolución es política en la medida en - que destruye el antiguo poder...En general, la revolución -el derrocamiento del poder existente y la disolución de las relaciones previas- es un acto político. El socialismo no puede - realizarse sin revolución. Pero, cuando su actividad organiza - dora empieza, cuando sus objetivos se formulan, cuando su es - píritu avanza, el socialismo echa a un lado su manto políti - co(92).

(esto último hace referencia a la espontaneidad de la lucha de - los obreros contra el capital; es decir, a su carácter no reflexio - nado teóricamente).

En general al escribir esto Marx ya ha tenido su primer contacto con el movimiento obrero francés y se ha declarado comunista. Sin embargo, su concepción materialista de la historia, fundamento de su posición revolucionaria definitiva, deja ver todavía la influen

cia del materialismo tradicional.

Los materialistas franceses del siglo XVIII sustentaron una concepción mecanicista del cambio social. Las circunstancias, según ellos, determinan la situación socio-cultural de los hombres. Para operar un cambio en estos, decían, es preciso transformar a aquellas. En tal concepción "las circunstancias" aparecen hipostatizadas y los hombres como reflejos de ellas. Marx sustentó en su juventud una concepción similar pero pronto la abandonó(93). Con su teoría de la revolución proletaria Marx superó el mecanicismo de los materialistas franceses y fundamentó esa distinción juvenil entre revolución política y revolución social, base de su concepción estratégica de la lucha comunista.

Ahora bien, en 1843, reflexionando acerca de las posibilidades concretas de la revolución en Alemania, Marx nos habla por vez primera del proletariado en cuanto sujeto histórico de la revolución en los tiempos modernos. El argumento al respecto estriba en que por su situación social esta clase constituye el sector más explotado y deshumanizado de la sociedad burguesa, y que por ello encarna los intereses de la emancipación total de esta, lo cual no ha sucedido jamás con otras clases sociales, cuya emancipación parcial ha conducido a nuevas formas de explotación. El proletariado es, pues, la "clase con cadenas radicales" en la que radica la posibilidad de la auténtica "recuperación total del hombre"(94). Esta apelación al título humano, como señala Löwy, es una muestra de la profunda influencia de Feuerbach en Marx por aquella época(95).

En La ideología alemana Marx, resumiendo su concepción de la historia en ella expuesta sostiene que "en el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males, que no son ya fuerzas de pro

ducción sino más bien fuerzas de destrucción (maquinaria y dinero). En estas condiciones, continua, surge una clase en la que recaen todos los males de la sociedad, lo cual la coloca "en la más resuelta contraposición a todas las demás clases" y la hace adquirir la conciencia de que es necesaria una "revolución radical" para terminar con ese estado de cosas (96). En 1847, en Miseria de la filosofía, encontramos planteada esta misma idea en términos más precisos:

La existencia de una clase oprimida es la condición vital de toda sociedad fundada en el antagonismo de clases. La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente, la creación de una sociedad nueva. Para que la clase oprimida pueda liberarse, es preciso que las fuerzas productivas ya adquiridas y las relaciones sociales vigentes no puedan seguir existiendo unas al lado de otras. De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria. La organización de los elementos revolucionarios en clase supone la existencia de todas las fuerzas productivas que podían engendrarse en el seno de la vieja sociedad (97).

En 1843 Marx consideraba que la liberación del proletariado conduciría a la realización de la esencia humana del hombre. En años posteriores planteaba la cuestión en términos de sistemas sociales; la revolución proletaria dará lugar a la sociedad comunista. Ahora bien, la idea de la clase oprimida generada por la propia naturaleza antagonista de la sociedad y llamada a subvertirla revolucionariamente se mantiene a lo largo de la obra de Marx, pero a ella van incorporándose los descubrimientos teóricos de este.

El proletariado es la clase oprimida de la sociedad burguesa que para sobrevivir no necesita explotar trabajo ajeno y cuyo desarrollo numérico es proporcional al de sus explotadores. Esto, unido estrechamente a la perspectiva de que, según el Manifiesto Comunista y El Capital la sociedad burguesa se polarizará en burgueses y

proletarios al paso en que las demás clases irán "desapareciéndose", constituyen factores reforzantes del papel revolucionario del proletariado. Ninguna otra clase de la sociedad burguesa puede estar interesada en la transformación radical de esta y ser consecuente con tal objetivo. No obstante que Marx llegó a reconocer "el continuo incremento de las clases medias"(98), su concepción dicotómica de la estructura de clases en la sociedad burguesa fue básica en su teoría de la revolución proletaria(99). El triunfo de esta, creía Marx, será un gran paso adelante en la historia de las revoluciones sociales, ya que no constituirá un movimiento de minorías - en favor de minorías sino "un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría"(100).

3. Conciencia de clase y organización política

Marx consideraba que si bien por su naturaleza de clase el proletariado es potencialmente revolucionario precisa, no obstante, de una clara conciencia de sus intereses y de organización política. Sólo la acción política consciente y organizada otorga a una clase social este estatuto. Los obreros sólo en su condición de explotados por el capital constituyen una clase; si se organizan para la defensa de sus intereses comunes pasan a ser una clase revolucionaria en sentido estricto. Marx estaba convencido de que la explotación a que somete el capital a los obreros crea en estos impulsos revolucionarios que errancan del proceso mismo de producción enajenado, lo cual los coloca en un plano superior al de los capitalistas por cuanto estos últimos se sienten cómodos en ese estado mientras que los obreros "se hallan de entrada en una situación de rebeldía y lo sienten como un proceso de avasallamiento"(101).

La toma de conciencia por parte del proletariado, no del todo elucidada por Marx precisamente(102), implica su organización políti-

ca, lo cual está dado ya por su organización en clase, según el Manifiesto Comunista(103), en virtud de que para aquél toda lucha - que vaya dirigida contra el capital y el sistema social en él fundado con la finalidad expresa de derrocarlos constituye una lucha revolucionaria de clase, y toda lucha de clases es para Marx una - lucha política. Por ello para él "el" Partido de la clase obrera - no es sino esta misma persiguiendo conscientemente sus fines de clase, sin reparar en el carácter concreto de sus formas de organización; es decir, no atribuyó tal calificativo a ningún organismo de lucha del proletariado en particular. Ello porque Marx creía que - el inevitable incremento de la explotación de la clase obrera por el capital y el general descenso de su nivel de vida la tornaría cada vez más radicalmente anticapitalista. De ahí que no viera la necesidad de ninguna organización política profesional llamada a - inyectar conciencia de clase a unos obreros de por sí concientes y revolucionarios(104).

En sus primeros escritos políticos Marx consideró que el radicalismo de la clase obrera, su inclinación revolucionaria, estaba - asegurado por el incremento de su miseria y explotación, inevitable en la sociedad burguesa. Este parecía ser el factor estimulante decisivo. Sin embargo, tras la experiencia de las fracasadas revoluciones de 1848-1849 fue estando cada vez más convencido de que sin una seria crisis económica previa no sería posible de nuevo un proceso revolucionario como ese. La espera de esa crisis y de sus consecuencias revolucionarias fue lo que condujo a Marx a formular en 1850 su teoría de la "revolución permanente", según la cual el proletariado de cada país debería conquistar la libertad política para organizarse a escala nacional e internacional, para de este - modo emprender la lucha final contra la sociedad burguesa(105). - Con todo, las crisis económicas se produjeron en repetidas ocasiones sin poner en peligro de muerte al capitalismo, y Marx no vol-

vió a hablar más de esta teoría.

La lucha política no era para Marx sino un aspecto de la lucha de clases. La lucha revolucionaria del proletariado reviste un necesario carácter político y tiene como fin último el cambio social, no un simple cambio de poder estatal. En unas condiciones en las que la clase obrera estaba de hecho excluida de toda representación en las instituciones gubernamentales, en las que se decidía la suerte del conjunto de la sociedad, es comprensible que Marx viera en la lucha del proletariado por tener acceso a ellas (por la vía electoral), una medida perfectamente compatible con sus objetivos revolucionarios. Además, Marx tenía conciencia de que la presión "externa" de la clase obrera ha influido en el carácter de las medidas políticas de los gobiernos burgueses. Así, las reivindicaciones triunfales de los obreros ingleses fueron fruto de su lucha política fuera del parlamento (106). Más aún, Marx creía que con la incorporación de las capas no burguesas de la sociedad a la política activa y a las instituciones "oficiales" (parlamento, partidos, etc.) se asestaría un duro golpe a la democracia burguesa (107).

Marx era consciente de la diversa composición social de la clase obrera, por lo cual comprendió la necesaria existencia de múltiples inclinaciones socialistas en el seno de esta, cuyo carácter socialista no puso en duda jamás mientras no manifestaran actitudes sectarias o utópicas, las que eran para él a todas luces reaccionarias conforme avanzaba la lucha de clases (108). La fundación de la primera Internacional obedeció, según su opinión, a la necesidad de combatir tanto estas actitudes como el dominio del capital en el plano mundial, y en su seno tuvieron cabida "socialistas de los matices más variados" (109).

Marx tuvo conciencia también de que el origen social no es en sí una garantía de lealtad a la clase de procedencia. Observó que en el desarrollo de los procesos revolucionarios algunos miembros de

las clases dominantes se pasan al lado de los insurgentes, como lo hicieron algunos nobles durante la Revolución Francesa(110), o bien elementos destacados de las clases dominadas se pasan al bando contrario reforzando así su dominio, pues "una clase dominante es tanto más fuerte y más peligrosa en su dominación cuanto más capaz es de asimilarse a los hombres más importantes de las clases dominadas"(111).

En resumen, Marx sentía que la conciencia revolucionaria del proletariado y su organización política son algo así como las variables dependientes de su grado de explotación por el capital. El Partido único y "verdaderamente revolucionario" de nuestros días es cosa extraña a su pensamiento político. Él no creyó que sólo si se militaba en la Liga Comunista o en la Internacional y sólo si se profesaban las ideas del "marxismo" se podía ser auténticamente revolucionario.

4. La dictadura del proletariado

Parte orgánica de la teoría de la revolución proletaria de Marx es su teoría de la dictadura proletaria. Esta "teoría" en realidad no es sino un conjunto de referencias ocasionales que indican a grandes rasgos lo que constituye una condición necesaria(aunque no suficiente) de la transición entre la sociedad burguesa y el comunismo, pero que no fueron mayormente elaboradas por aquel, como sucedió en realidad con todo lo relacionado con las "superestructuras" jurídico-políticas.

A tal concepción llegó Marx en forma gradual. En su conocida carta a Weydemeyer del 5 de Marzo de 1852 decía a este que la existencia de clases sólo está ligada a determinadas épocas históricas y que la lucha de clases desembocará necesariamente en la dictadura del proletariado, tras lo cual sobrevendrá la desaparición total -

de las clases(112). En estos momentos Marx sólo sabe que la "condición esencial" para el triunfo de cualquier revolución proletaria en el continente europeo estriba en destruir la máquina del Estado y no únicamente hacerla pasar de unas manos a otras, pero no sabe aún que forma concreta de organización habrá de adoptar el poder - triunfante. El modelo empírico de esta se lo brindó en 1871 la Comuna de París, de la cual hizo la apología en La guerra civil en - Francia. Sin embargo, no es sino en su Crítica del Programa de Gotha(1875), en donde Marx "fundamentó" dicha teoría, pero aún en este caso no dejan de ser unas cuantas líneas que han sido y pueden seguir siendo interpretadas de mil maneras. Veamos cómo planteaba Marx la cuestión.

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista -dice- media el período de la transformación revolucionaria de la - primera en la segunda. A este período corresponde también un - período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado(113).

Según lo anterior la dictadura del proletariado constituye un Estado que corresponde al período político de transición entre la so- ciedad burguesa y la sociedad comunista; es decir, que se sitúa en tre ambas, que no es, como erróneamente se ha llegado a afirmar - en forma insistente(114), equivalente al socialismo o primera fase de la sociedad comunista(identificación ilegítima que, dicho sea de paso, ha servido para llamar "comunistas" a los regímenes dicta toriales de corte staliniano que hoy conocemos). La idea de Marx era más bien que mientras exista la necesidad de la dictadura del proletariado no podrá hablarse de sociedad comunista en sentido es- tricto, ya se trate de la primera o segunda fases de esta que él - efectivamente distinguió. En el comunismo ya no habrá, según Marx, necesidad de Estado alguno y, por consiguiente, de la dictadura -

del proletariado; si ésta existe es porque su base social es todavía la sociedad burguesa en extinción. Así como esta haya desaparecido totalmente el Estado proletario perderá su fundamento y con ello su carácter de Estado. Para ser claros a este respecto digamos lo siguiente. Para Marx el Estado es "la fuerza concentrada y organizada de la sociedad"(115) que en los sistemas clasistas no sirve por igual a esta sino fundamentalmente a una parte de ella en detrimento de otras fracciones sociales. Esto es lo que le da carácter político a dicha fuerza(116), y es este carácter, esta función opresora de clase, lo que desaparece en el comunismo. Esto es lo que Marx señalaba en el Manifiesto Comunista al decir acerca de la revolución proletaria que:

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público co perderá su carácter político(subrayado mío, G.A.)(117).

Según esto seguirá existiendo en la sociedad comunista un "poder público" pero ya no será un Estado pues este no es más que la forma clasista de la que se reviste ese poder inherente a toda sociedad. No el poder público en general sino el poder de Estado es lo que habrá de desaparecer y el lugar de las funciones e instituciones que le son propias será ocupado por otras correspondientes a la nueva sociedad; es decir, habrá funciones sociales análogas a las que ahora cumple el Estado, pero estas serán ante todo funciones técnico-administrativas.

Cierto es que en la obra de Marx no encontramos ninguna referencia explícita acerca de la futura "extinción" del Estado semejante a la que hiciera Engels en el Anti-Dühring, pero el caso es que compartía con él esta opinión. La idea de ambos es, insisto, que en toda sociedad existe un "poder público" o una "fuerza social

concentrada" que en las condiciones de una organización social consista los grupos dominantes emplean en su provecho. De este modo - las instituciones o aparatos a través de los cuales ejercen su dominio tales grupos se escinden cada vez más de la sociedad; ésta - va perdiendo históricamente control sobre aquellos. La dictadura - del proletariado devolverá a la sociedad este control y tan pronto como desaparezcan las clases sociales el poder de la sociedad perderá su carácter clasista y así las funciones sociales "análogas" a las que hemos hecho referencia estarán exentas de coerción y - tendrán un manifiesto carácter administrativo. Tal es la idea de - Engels cuando señala que "la transformación del gobierno político sobre los hombres en una administración de las cosas y en la dirección de los procesos de producción...no es sino la idea de la 'aboli- ción del Estado'"(118). Esto dió pábulo a que los discípulos de Marx y Engels convirtieran el comunismo en un "concepto distributi- vo", como señala Bell(119). Bajo el capitalismo se habría acumula- do tal nivel de riqueza social que sólo requeriría ser distribuída en forma equitativa para que la sociedad fuera realmente igualita- ria. Tal sería el cometido del comunismo. La presunta sencillez de las funciones que esto requeriría daría lugar, según Lenin(120), tanto a la intervención de los no especialistas en la administra- ción de la cosa pública como a la reducción del aparato burocráti- co-administrativo(121). Nada de esto sucedió ni en Rusia ni en nin- guna otra parte y el concepto de dictadura del proletariado se ha- lla actualmente en discusión en los propios círculos comunistas.

Nada, se ha dicho, perdura como lo temporal. Marx ignoraba ciertamente, recién entrado apenas en ella, que Inglaterra se convertiría en su residencia permanente. Durante años compartió la opinión de sus compañeros refugiados en que un nuevo estallido revolucionario se desencadenaría pronto en el continente. A la espera, como los cristianos primitivos, de la Segunda Venida, ninguno de ellos veía en su vida presente nada que fuese importante en comparación con el gran acontecimiento por llegar.

DAVID McLELLAN

IV. La cuestión nacional I

1. El caso ruso

Durante toda su vida Marx sostuvo la idea de que Rusia constituía un serio peligro para Europa occidental y, por consiguiente, para el movimiento comunista de la región. Le parecía que "el dominio - del mundo" era la verdadera estrella polar de la política exterior del zarismo.

A través de la Nueva Gaceta Renana, durante el período revolucionario de 1848-1849, promovió la idea de que el cometido revolucionario de la burguesía alemana consistía en acabar con los rezagos feudales de Alemania y desatar una guerra revolucionaria contra Rusia a fin de liberar a aquella nación de la influencia que esta - ejercía sobre ella. La condición de esto era la restauración de Polonia, la cual se convertiría ~~en~~ un dique contra la "barbarie asiática" que significaba Rusia con respecto a Europa. La trascendencia histórica del triunfo de Alemania sobre el zarismo hubiese sido gigantesca como Marx realmente alcanzaba a ver. La revolución - hubiese cundido por todas las provincias occidentales de Rusia, el Imperio austro-húngaro se hubiese resquebrajado y las naciones eslavas en él oprimidas adquirido un desarrollo independiente, Bonaparte III no hubiese triunfado en Francia y por muchas décadas el desarrollo democrático de la política interna y externa de Europa hubiese estado asegurado, sentándose así las bases de una futura - federación de Estados europeos(122).

En vísperas de la revolución se puso en auge el movimiento nacionalista de los pequeños pueblos eslavos del Imperio austríaco, el paneslavismo, que era fomentado desde Rusia. La Nueva Gaceta Renana, dirigida por Marx, abrigó en particular la causa de los checos que sufrían la opresión alemana. Constituían estos, a su juicio, - un pueblo enérgico y valiente al paso en que todas las demás naciones eslavas que reclamaban una existencia autónoma eran por naturaleza contrarrevolucionarias y su causa estaba perdida. Sin embargo, tan pronto como en el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios los checos se pasaron al lado de las clases dominantes el tono del periódico cambió radicalmente en sus juicios acerca de los checos. Ahora resultaba ser que estos por su propia naturaleza eran reaccionarios, carecían de historia propia pues habían rodado por más de quinientos años como una pelota entre Alemania, Polonia y Hungría, y de ninguna manera merecían apoyo sus tentativas - autonomistas. Al contrario, Engels en particular proclamaba contra todos los pueblos eslavos una "lucha de aniquilamiento y terrorismo sin contemplaciones, no en interés de Alemania, sino en interés de la revolución"(123). Estas ambigüedades o "descarrilamientos" - de la Nueva Gaceta Renana se debieron, como señala Rosdolsky, a - que no poseyó "en general una concepción clara y correcta de la - cuestión de las nacionalidades en Austria y de la cuestión checa - en especial", con la cual no se hubiese "extraviado en el laberinto de la insostenible teoría de los pueblos 'ahistóricos', condenados por la historia misma a un papel permanentemente contrarrevolucionario y, por ende, a la muerte nacional"(124). Pero en realidad resulta que ni en 1848 ni en prácticamente ningún momento de su vida Marx elaboró una política agraria definida. El nacionalismo campesino de los eslavos europeos suscitó tanto en él como en Engels una severa condena en la que subyace la virtual subestimación por parte de ambos del potencial revolucionario del campesinado. Ello

Ello se explica a su vez como consecuencia del carácter mismo de su teoría de la revolución proletaria que tiene como personaje central al proletariado. Ni que decir tiene en las condiciones actuales de las luchas revolucionarias predominantemente campesinas del "Tercer Mundo" la teoría de Marx (elaborada ciertamente para el contexto europeo) no sirve mucho que digamos (125).

Desde los años cincuenta, ya en su exilio londinense, Marx se ocupó de Rusia con gran interés teórico. Mediante un estudio exhaustivo de la historia diplomática de esta durante el siglo XVIII trató de demostrar que las intrigas diplomáticas del gobierno ruso tenían que ver con prácticamente todos los acontecimientos político-militares en los que desde entonces se habían visto enredadas las naciones europeas (126). Los estudios de Marx no sólo estaban destinados a descubrir los orígenes históricos de la supremacía rusa en Europa sino también del "carácter ruso de la diplomacia inglesa" contemporánea, bajo el principio de que "para comprender una época histórica concreta, hemos de traspasar sus límites y compararla con otras épocas históricas" (127). Inglaterra, en opinión de Marx, habíase convertido en una aliada natural de Rusia y su peso político y económico en el plano mundial la convertía también en una amenaza para el desarrollo de las luchas proletarias en el continente. Pero sólo venciendo el poder de los zares podría el movimiento revolucionario salir adelante. El cartismo inglés hallábase prácticamente indefenso mientras Inglaterra contara con el apoyo ruso.

Durante las revoluciones de 1848-1849 Marx previó la derrota del movimiento proletario si este no involucraba a Inglaterra. Y en virtud de que la guerra revolucionaria de Alemania contra Rusia, la cual debilitaría el poder inglés, no se dió, Marx planteó en este último año la cuestión de las posibilidades de triunfo revolucionario del proletariado en términos de una guerra mundial.

La vieja Inglaterra -decía Marx- sólo experimentará un vuelco en su situación mediante una guerra mundial, lo único que puede ofrecer al partido cartista, el partido obrero inglés -organizado, las condiciones para un levantamiento victorioso contra sus gigantescos opresores. Solamente con los cartistas a la cabeza del gobierno inglés la revolución social pasará -del reino de la utopía al de la realidad(128).

Inglaterra, en efecto, no sólo era uno de los pilares de la reacción en Europa sino también el único país del área que contaba con un proletariado desarrollado y en el que la "cuestión social", la lucha de clases, se planteaba en toda su amplitud. Empero, la oleada revolucionaria no la afectó mayormente como Marx esperaba(129), y ello puede temarse como uno de los motivos fundamentales del fracaso de esta. El repliegue del movimiento revolucionario a que -ello dió lugar hizo cambiar considerablemente las expectativas de Marx sobre el movimiento comunista europeo. Ahora, creía él, sólo un movimiento insurreccional que partiera del corazón mismo de Rusia podría crear las condiciones para el triunfo revolucionario en Europa occidental. La clave pareció darla la agitación campesina -rusa contra la servidumbre feudal a principios de la década de -1860. Marx pensó que si esta coincidía con la gran crisis económica que por entonces esperaba en Inglaterra la victoria proletaria sería un hecho(130). El régimen de servidumbre se hacía incompatible con el grado de evolución económica que Rusia había experimentado en las últimas décadas. Se imponía entonces una modernización de las esferas gubernamentales. La liberación de los siervos, decía Marx, "sencillamente persigue la perfección de la autocracia -por medio de la anulación de las barreras con que hasta tanto el -gran autócrata había tropezado en los innumerables pequeños autócratas de la nobleza rusa que se apoyaban sobre la esclavitud, como también en las comunas rurales de administración propia, cuyas bases materiales, o sea la propiedad comunal, debía ser destruída

por la llamada emancipación"(131). Esta predicción resultó efectivamente cierta, contrariamente a la opinión de Engels de que el poder del zar sería resquebrajado(132).

Con todo, tras estudiar intensivamente la situación social en Rusia Marx llegó a la conclusión de que una revolución social era en ella cada vez más inminente. Aunque tenía presente que el desarrollo económico de Rusia se había incrementado este era, a su juicio, raquítico en comparación con el nivel económico de otras naciones europeas. Un signo del escaso grado de desarrollo capitalista ruso eran las quejas constantes de los terratenientes en el sentido de que a raíz de la emancipación de los siervos tenían que explotar - sus tierras con obreros asalariados, lo cual presuponia la existencia de capitales y dinero contante y, asimismo, de fuerza de trabajo libre disponible en cantidad suficiente; pero ni lo uno ni lo otro podía ser satisfecho dada la inexistencia de un mercado interior ampliamente desarrollado, por una parte; y, por otra parte, - en virtud de que "el régimen de propiedad comunal de los pueblos - sobre la tierra hace que el bracero ruso no se halle todavía plenamente divorciado de sus medios de producción y no sea un 'jornalero libre' en el pleno sentido de la palabra"(133). En estas circunstancias Rusia seguía siendo débil frente a otras naciones europeas y cualquier presión externa o interna podría conducir a un desplome del zarismo. Marx estaba plenamente convencido de esto, - por lo cual con el advenimiento de la guerra ruso-turca de 1877 - pensó que por estar en descomposición "todos los sectores de la sociedad rusa" cualesquiera que fuesen los resultados del conflicto éste conduciría a una gran revolución en el imperio zarista, y esto equivaldría a reanimar la lucha revolucionaria en Europa occidental(134). Sin embargo, esta predicción resultó fallida.

Por otra parte, desde la década de 1870 las ideas de Marx comenzaron a ser ampliamente difundidas en Rusia por los populistas. Este

se complacía de ello al grado de exclamar que así se estaba eses-
tando un fuerte golpe a un poder que, al igual que el inglés, cons-
tituía un baluarte de la sociedad antigua. Pero los populistas ha-
cían una peculiar interpretación de la doctrina socio-histórica de
Marx. A juicio de estos el capitalismo era por naturaleza un régi-
men malo; anula la autosuficiencia y la individualidad de los pro-
ductores al despojarlos de sus medios de producción. Además, su de-
sarrollo entraña la miseria del pueblo. Así que como Marx dijera -
que para llegar al socialismo una sociedad debe haber pasado nece-
sariamente por el capitalismo y soportado todos los males que este
trae consigo los autores populistas se avocaron a la tarea de en-
contrar una vía no capitalista al socialismo para Rusia. Unos pro-
movieron la idea de un proceso de industrialización a cargo del Es-
tado, otros una vuelta a la economía comunal agraria como base del
socialismo adaptándola a las condiciones modernas. Mijaíl Mijai-
lovski fue uno de los promotores de esta última idea. A su juicio
el esquema de evolución histórica del capitalismo planteado por -
Marx era inaplicable a Rusia. Contrariamente a lo sostenido por -
los marxistas de que debe haber capitalismo en esta como lo hay en
Inglaterra, argumentaba aquel, las comunas agrícolas rusas pueden
servir de punto de partida para el socialismo(135). Marx compartía
en realidad esta idea de Mijailovski, pero lo que le indignaba era
la interpretación que este hacía de su "esquema".

A todo trance -decía Marx- quiere convertir mi esbozo histó-
rico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occiden-
tal en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria -
general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pue-
blos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que
en ellos concurran, para plasmarse por fin en aquella forma-
ción económica que, a la par que el mayor impulso de las fuer-
zas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo -
del hombre en todos y cada uno de sus aspectos(136).

La fuerza de atracción del pensamiento populista se puso de manifiesto, como señala Walicki(137), en que Marx reprodujo en sus mismos términos la cuestión de la vía rusa al socialismo. Según Marx, la comuna rural tenía varios elementos a su favor que podían hacer la servir de punto de partida para la regeneración social en Rusia. En primer lugar, aquella no existía en un país sometido a presiones coloniales. En segundo lugar, sobrevivía en la época del capitalismo, sistema éste en trance de extinción. Finalmente, la comuna existía diseminada por toda la nación y la propiedad común del suelo, al igual que la costumbre de sus miembros a ciertas formas de trabajo cooperativo(artel), combinados con cierta dosis de individualismo que les otorgaba la explotación personal de la parcela asignada daban a esta un carácter sólido y flexible a la vez. Por tanto sólo hacía falta una "revolución rusa" para operar una transformación radical en esa sociedad.

Si la revolución se efectúa en el momento oportuno -decía Marx-, si concentra todas sus fuerzas...en asegurar el libre desenvolvimiento de la comuna rural, esta se revelará pronto como un elemento regenerador de la sociedad rusa y un elemento de superioridad sobre los países subyugados por el régimen capitalista(138).

En efecto, la comuna rural podría aprovecharse de los avances materiales del capitalismo y acortar así la distancia que separaba el nivel económico de Rusia de los países adelantados de Europa. La condición de tal empresa era que la comuna no fuese, mientras tanto, destruida. Sin embargo, hacia 1894 Engels consideraba que aquello era ya prácticamente imposible porque había dependido del derrocamiento del capitalismo en Europa occidental, cosa de la que no habían perspectivas concretas por entonces y la comuna rusa desaparecía poco a poco. El capitalismo, decía, acabará conquistando plenamente el suelo de Rusia(139). Tal era la conclusión de --

quien tras la muerte de Marx asumiera el papel de guía estratégico del proletariado europeo.

2. El caso polaco

La lucha del pueblo polaco contra la dominación de la Rusia zarista ocupó la atención de Marx durante toda su vida. La liberación de Polonia constituía en su opinión una condición inexcusable del triunfo del proletariado europeo. Durante las revoluciones de 1848 consideró que si bien Rusia se hallaba lejos de una revolución democrática ésta era posible en Alemania a condición de eliminar los rezagos feudales que obstaculizaban el desarrollo económico de esta nación, y ello sólo era posible mediante una ruptura de sus vínculos con Rusia, para lo cual Polonia tenía que ser libre. Engels expresaba esta idea de la siguiente forma a través de la Nueva Gaceta Renana:

O sea que mientras ayudemos a oprimir a Polonia; mientras permanezcamos encadenados a Rusia y a la política rusa seguiremos sin poder quebrantar radicalmente entre nosotros mismos el poder patriarcal-feudal. La instauración de una Polonia democrática es la primera condición para la instauración de una Alemania democrática(140).

Esta idea de la restauración de Polonia como condición inexcusable de la victoria revolucionaria del proletariado de Europa occidental llegó a convertirse en una constante del pensamiento socialista europeo, con la salvedad excepcional de Rosa Luxemburgo, para quien Polonia debía ser totalmente absorbida por Rusia(141). De igual manera la idea de la amenaza de la "barbarie asiática" rusa para Europa, de la que esta debía preservarse, pasó a ser una proclama habitual para la política alemana, cualesquiera que fuese su signo.

Sobre la base de exhaustivos estudios sobre la historia del pueblo polaco Marx tomó partido definitivamente en favor de su lucha de liberación nacional. Para él Polonia constituía un "pueblo necesario", es decir, su existencia nacional autónoma resultaba vital para la política revolucionaria del proletariado europeo. Rusia, Prusia y Austria se repartieron Polonia por vez primera en 1772 y ese reparto las unía desde entonces en una empresa común de opresión del pueblo polaco. Pero Rusia tenía la supremacía en tal empresa y a sus designios debían subordinarse los otros dos gobiernos. Por ello la restauración de Polonia o el derrocamiento del zarismo dejarían el campo libre a la revolución europea, sin lo cual esta estaría irremediablemente perdida. Marx consideraba que de hecho tanto el carácter de clase como las posibilidades de triunfo y el "grado de intensidad y vitalidad de todas las revoluciones a partir de 1789"(141) podía ser apreciado por la actitud de estas hacia Polonia.

Desde la partición de Polonia en 1772 -a la que le siguieron otra en 1793, tras un breve periodo liberal que dió lugar a una constitución democrática altamente estimada por Marx, y en 1795, que resultó definitiva, desapareciendo así Polonia del mapa europeo- la resistencia del pueblo polaco, en particular del campesinado, no cesó pero sus repetidos intentos insurreccionales fueron sangrientamente aplastados por las tropas zaristas. Lo mismo sucedió en 1863 cuando, animados por la liberación de sus homólogos de Rusia, los campesinos polacos se insurreccionaron contra sus opresores extranjeros. Este acontecimiento fue saludado por Marx como una nueva apertura de "la era de la revolución en Europa". En esta ocasión, pensó, tocaría a Polonia el honor de la iniciativa, desplazando así el tradicional comienzo francés(142). Sin embargo, sus expectativas resultaron desconfirmadas por los hechos, pero como fruto de la rebelión polaca se despertó la conciencia interna-

cionalista de la clase obrera europea y ello dió lugar al surgimiento de la primera Internacional, de la que, como es sabido, fue Marx el principal guía ideológico y un ardiente promotor de la causa polaca.

En 1866, con motivo de los debates en el seno de la Internacional acerca del caso polaco Engels abordó esta cuestión a pedido de Marx. Se ha dicho que la división del trabajo que a lo largo del tiempo se fue operando entre ambos convirtió a aquel en el especialista en la cuestión nacional, por lo que Marx descargó muchas veces este trabajo sobre los hombros de Engels, pero el estrecho contacto que mantuvieron en el plano intelectual durante sus vidas garantizaba de algún modo su comunidad de criterios. Ahora bien, Engels, al igual que Marx, sostenía que "donde quiera que la clase obrera actúe autónomamente dentro de movimientos políticos, su política exterior se puede expresar desde el vamos con las siguientes palabras: restauración de Polonia"(143). A su juicio, aunque Austria y Prusia participaban en la opresión del pueblo polaco era Rusia el verdadero obstáculo para la liberación de aquella ya que en realidad estas se veían presas de la hegemonía rusa. Por ello la clase obrera podía muy bien considerar la restauración de Polonia como el cometido fundamental de su política exterior, y sólo si existiera un movimiento obrero independiente en Rusia que contemplara este objetivo en su programa los obreros europeos podrían dejar de interesarse en las maquinaciones diplomáticas rusas(144).

Como hemos visto, la independencia polaca fue uno de los factores clave de la conformación de las posiciones de Marx y Engels acerca de la cuestión nacional europea, y aunque Polonia siguió oprimida hasta mucho después de la muerte de ambos la consigna de su liberación figuró como una constante de sus ideas políticas. Marx decía patéticamente:

Sólo hay una alternativa para Europa. La barbarie asiática - bajo la conducción moscovita le caerá como una avalancha si - no rehabilita a Polonia, poniendo así a veinte millones de hé roes entre ella y Asia y ganando tiempo para su renacimiento nacional(145).

La idea era que la liberación de Polonia impediría la interven- ción de las tropas rusas en Europa occidental y así el proletaria- do podría vérselas a solas con sus respectivas burguesías, teniénd- o esta vez mayores posibilidades de triunfo. La liberación polaca no era proclamada por Marx y Engels en términos de principios sino en virtud de un interés estratégico. Engels decía:

Nosotros debemos colaborar con la liberación del proletaria- do de Europa occidental y tenemos que subordinar todo lo de- más a ese fin(146).

En efecto, tal fue la norma de la actitud de ambos hacia la causa polaca; no se trataba, como señala Fernbach, de "una solidaridad - puramente sentimental ni un principio general absoluto, pero tuvo un lugar importante en su concepción de la revolución proletaria - desarrollado en el contexto de relaciones específicas de la políti- ca internacional"(147). Un cambio en estas relaciones, así como - consiguientemente en las tácticas del movimiento obrero, podían ha- cer cambiar el significado general de la independencia polaca pero no su importancia esencial.

3. El caso irlandés

El dominio de Irlanda por Inglaterra data del siglo XII, pero só- lo hasta el siglo XVI adquirió esta un carácter sistemático. En - 1801 fue consumada esta empresa mediante un acta de Unión que el - gobierno inglés impuso a Irlanda. Como consecuencia de este prolon-

gado proceso de saqueo y dominación colonial se produjo en esta -- una gran devastación, tanto en el campo como en la ciudad. Las seculares guerras de liberación del pueblo irlandés y la explotación sembraron la miseria y la desolación en la isla(148).

Tras la mencionada Unión los campesinos irlandeses fueron violentamente despojados de sus tierras. La producción agrícola descendió, los precios de los bienes alimenticios se incrementaron, los salarios disminuyeron y las hambrunas se hicieron permanentes. En 1845 estalló en Irlanda una crisis agrícola sin precedentes que -- ocasionó miles de muertes por hambre y provocó el éxodo masivo de la población. Con la abolición en 1846 de las leyes que protegían la exportación irlandesa de cereales se agravó dicha situación. -- Como resultado de todo esto Marx observó un progresivo deterioro de las manufacturas irlandesas, la centralización de la propiedad territorial, la sustitución de los campos de labranza por zonas de pastoreo y la formación de una vasta población rural flotante que emigraba a las ciudades pero que no podía encontrar empleo industrial en estas y sí, en cambio, constituía una reserva citadina de fuerza de trabajo agrícola(149).

Esta "revolución agrícola" era, según Marx, un ejemplo específicamente moderno de la manera en que las fuerzas productivas presionan sobre la población(150). Además, todo este proceso constituía para él una ilustración de acumulación capitalista en un país industrial como Inglaterra a costa de un país agrícola. En El Capital este proceso fue estudiado por Marx extensamente y algunos autores consideran que tales estudios constituyen lo que podría denominarse una teoría del subdesarrollo(151). Como sea, estos estudios permitieron a Marx definir su posición ante la lucha irlandesa de liberación nacional.

El sojuzgamiento de Irlanda, decía Marx, reside la clave del poder de los hacendados ingleses, los cuales con frecuencia son los

mismos terratenientes en aquella. Con el fortalecimiento de la industria lanera inglesa estos se hallaban empeñados en desalojar a los campesinos de sus tierras para convertirlas en pastizales para el ganado lanar que aprovisionaba el mercado textil inglés. Por su parte la burguesía británica veía en el despoblamiento de Irlanda una fuente segura de ingresos, pues no sólo obtenía de esta producción agropecuarias baratos sino también fuerza de trabajo abundante y a bajo precio que presionaba sobre el nivel de los salarios de los obreros ingleses. Asimismo, la competencia que se establecía entre los obreros de ambos países daba lugar a serios antagonismos nacionales y religiosos entre ellos que las clases dominantes se apresuraban a mantener vivos con el fin de impedir su organización política y apartarlos así de la lucha por sus intereses comunes de clase(152).

Si bien Inglaterra había gobernado Irlanda mediante el régimen de terror más espantoso "y la corrupción más abyecta", Marx, como resultado de sus estudios concluyó que "el contenido económico y en consecuencia también el objetivo político del dominio inglés en Irlanda" habían cambiado en forma sustancial. Ya no se trataba de colonizar la isla con "ingleses sumisos" sino de acabar con la población nativa para sustituirla "por ovejas, cerdos y bueyes". Se trataba de un "aniquilamiento comercial y silencioso". Ante esto Marx debió adoptar una posición y, en su calidad de estratega del movimiento obrero europeo señalar a este cual debía ser su actitud hacia la causa irlandesa. Con el cambio experimentado en las relaciones económicas entre Irlanda e Inglaterra Marx consideró indispensable la liberación de aquella y recomendó para cuando esta se hubiese consumado: 1) "Gobierno autónomo e independiente de Inglaterra"; 2) "Revolución agraria"; y, 3) "Aranceles proteccionistas frente a Inglaterra"(153).

Con esta posición de 1867 Marx dejó atrás su postura anterior en

el sentido de que la liberación del pueblo irlandés sólo podría producirse como resultado de la conquista del poder por parte del proletariado británico. Ahora, en cambio, consideraba que "el golpe decisivo contra las clases dominantes (que es decisivo para el movimiento obrero de todo el mundo) sólo puede darse en Irlanda y no en Inglaterra" (154), y que, además, esto resultaba más fácil ya que el problema económico fundamental era el problema de la tierra y la lucha de clases coincidía allí con el problema nacional; la lucha contra los explotadores nacionales era a la vez una lucha contra los representantes del dominio extranjero (155).

El proletariado inglés debía entonces tomar conciencia de la importancia de la liberación de Irlanda para su propia liberación social y no dejarse arrastrar por prejuicios religiosos o nacionales de los que las clases dominantes sacaban provecho. Por el contrario, la clase obrera inglesa debía superar esas trabas ideológicas y desplegar una lucha tenaz en favor de la liberación irlandesa, de la cual dependía la suya propia, la que a su vez figuraba como condición "de la emancipación social en general", ya que la clase obrera inglesa constituía "el peso más decisivo" en virtud de su grado de desarrollo y organización, y por ser la clase trabajadora del país "que domina hasta ahora en el mercado mundial" (156).

A través de la Internacional Marx se esforzó por despertar en la clase obrera europea la conciencia de apoyar la causa irlandesa en aras de su propio interés revolucionario. Y aunque él y Engels condenaron severamente los actos terroristas de los fenianos porque no hacían más que fomentar sentimientos antiirlandeses entre la población inglesa, no dejaron de luchar por la liberación de combatientes irlandeses que caían prisioneros del gobierno inglés. En opinión de Engels la lucha electoral era preferible "y mucho más revolucionaria" que el "monótono conspirar y fabricar pequeños golpes" (157). De este modo se evitaría provocar la interven-

ción en Inglaterra de ese "gran ejército permanente" que con el "pretexto" del dominio de Irlanda el gobierno inglés mantenía en disposición de ser lanzado contra la clase obrera de su país(158).

4. El caso español

Para comprender los acontecimientos revolucionarios por los que atravesaba España en 1854 Marx realizó exhaustivos estudios sobre la historia de esta nación. Sus resultados a este respecto fueron los siguientes. El Estado español presentaba todos los signos de un cuerpo sin vida. La razón de ello había que buscarla en el proceso de decadencia que siguió al reinado de Carlos V. Desde entonces se interrumpieron las relaciones comerciales entre las distintas regiones del país y las ciudades entraron en decadencia, replegándose a una vida meramente local. Esto coincidió con el descubrimiento de América. Sólo por la superficie la monarquía española se parecía a otras monarquías europeas, no obstante haber alcanzado un alto grado de desarrollo mucho antes que estas, pero nunca tuvo un carácter centralizado. Se asemejaba más a las "formas asiáticas de gobierno". El poder centralizado de otras monarquías europeas, que era expresión del ascenso de las ciudades y de las clases medias sobre el antiguo orden feudal, en España no tuvo lugar; la nobleza se hundió, conservando "sus privilegios más nocivos", y sin que las ciudades adquirieran "importancia moderna". El pueblo español estaba históricamente acostumbrado a oponerse a la centralización del poder. La secular batalla contra el dominio árabe, en la que se reconquistaban aquí y allá pequeñas partes del territorio en las cuales el pueblo imponía sus leyes y sus costumbres, crearon en él la propensión a la vida provincial independiente. Por otra parte, Marx advirtió que, a diferencia de lo que sucedía en otros países de Europa, en los que las revoluciones se desenvolvían con

extrema rapidez, en España estas duraban años; tres era el mínimo promedio y hasta nueve años se prolongaban en ciertos casos(159).

Todo lo anterior condicionó el desarrollo de la revolución española de 1854-1856, así como las expectativas de Marx sobre la misma.

Esa fragmentación del poder característica de España la había preservado de los ataques del ejército napoleónico a principios del siglo XIX, pero a veces ello impidió la formación de un sólo centro revolucionario y de un gobierno que estuviera a la altura de las circunstancias. Marx sentía que esto era una confirmación histórica de su tesis de que el grado de desarrollo económico determina el carácter de las superestructuras jurídico-políticas de una sociedad. Por ello, débil en lo económico como era la España de principios del siglo XIX, amén de la "vanidad infantil" y del acendrado individualismo del carácter español que influían negativamente en los mandos del ejército, no pudo contar con una organización militar centralizada y sólida capaz de enfrentar coordinadamente y con éxito al enemigo. España no sólo necesitaba defenderse del enemigo extranjero sino también salir de su atraso secular. Necesitaba unidad política y el vigor comercial de antaño. En la Junta Central(gobierno provisional formado por representantes de las juntas provinciales) se reunían potencialmente los medios para acometer esta empresa, pero los titubeos y las ambiciones personales de sus jefes la llevaron al fracaso. Pero como cada situación económica crea sus propias instituciones políticas y militares, las guerrillas vinieron a constituir en tales circunstancias una expresión militar genuina de la sociedad española de entonces. Marx distinguió tres etapas en la evolución de estas. En la primera era el pueblo entero de las provincias el que se insurreccionaba. En la segunda se formaron cuervos de voluntarios para acometer alguna empresa revolucionaria tras la cual se desintegraban. En la tercera

se crearon regimientos regulares que acabaron por ser presa fácil del ejército enemigo(160).

Ahora bien, Marx creía que, como era habitual que Rusia apoyara - "los movimientos facciosos" algo tenía que ver con la insurrección de 1854 en España y efectivamente descubrió la injerencia diplomática rusa, pero advirtió que la causa principal de aquella era de índole económica, "el estado de la Hacienda" y un decreto gubernamental "que ordenaba el pago por adelantado de los impuestos de un semestre al comenzar el año"(161). El pueblo pedía un gobierno barato y Marx pensaba que la solución a este problema era relativamente fácil ya que "la reducción y la simplificación de la máquina burocrática en España presentan el mínimo de dificultades, ya que los municipios administran tradicionalmente sus asuntos; lo mismo puede decirse de la reforma arancelaria y de la administración escrupulosa de los bienes nacionales no enajenados todavía. La cuestión social, en el moderno sentido de la palabra, carece de sentido en un país que no ha puesto en explotación sus recursos y - que tiene una población tan reducida: sólo quince millones de habitantes"(162).

Como era la norma, el actual proceso revolucionario español se surgió en un estancamiento del que sólo fue sacado por un golpe de Estado en 1856 que contó con el apoyo de Napoleón III. Marx pensó que Rusia estaba interesada en la intervención de Francia en España, por lo que supuso que si el pueblo resistía férreamente el golpe militar fracasaría y ello ocasionaría la caída de Napoleón(163). Sin embargo, no hubo tal. La resistencia del pueblo fue vencida - por el ejército pretoriano y esta derrota puso de manifiesto la inmadurez de la revolución española, pero fue una experiencia positiva en el sentido de su maduración. La emancipación revolucionaria del proletariado europeo tendría, un carácter tan internacional como el dominio del capital y la esclavitud asalariada. En los consi

derandos que figuran como motivos de la creación de la Internacional se dice que como solución a este problema se necesita "del concurso teórico y práctico de los países mas avanzados"(164). Según esto España estaba lejos de poder servir a la causa de la revolución proletaria europea. Sin embargo, la madurez que Marx esperaba de esta no era precisamente en el sentido de un elevado nivel de desarrollo económico capitalista sino más bien como resultado de una serie de hechos de carácter político, como la situación revolucionaria por la que entonces atravesaba.

La próxima revolución europea -decía Marx- encontrará a España madura para colaborar con ella. Los años de 1854 a 1856 han sido fases de transición que debía atravesar para llegar a su madurez(165).

El carácter transitorio de esta revolución significa que para Marx se trataba, como señala Löwy, de una "etapa intermedia" entre revolución burguesa y revolución socialista(166). Como sea Marx la tenía por una ilustración del carácter general de las revoluciones europeas de 1848: Las clases medias se insurreccionan contra el "despotismo militar" solicitando la ayuda de los obreros. Pero así como las reivindicaciones de estos amenazan rebasar los límites tolerados por aquellas los abandonan a su suerte y se echan a los brazos del despotismo que habían querido derrocar. Los jefes de las clases medias españolas, temerosos de que el trono cayera ante el empuje de las masas, abandonaron a aquellas, las que a su vez dejaron en desamparo al pueblo insurrecto. El ejército abandonó de este modo la tradicional representatividad nacional que le era propia.

La historia es la más cruel de todas las diosas y conduce su carro triunfal sobre montañas de cadáveres, no sólo en la guerra sino también en tiempos de desarrollo "pacífico". Y nosotros, hombres y mujeres, somos desgraciadamente tan estúpidos que no sabemos armar nos del coraje necesario para lograr un verdadero progreso, a menos que nos impulsen a hacerlo sufrimientos que aparecen casi desproporcionados.

FRIEDRICH ENGELS

V. La cuestión nacional II

1. El caso chino

A partir de 1850 Marx comenzó a interesarse de manera sistemática en China. Sus primeras observaciones directas provenían del misionero alemán August von Gützlaff, de cuyo testimonio él se fió.

En un artículo periodístico de 1850 Marx recibía con optimismo la noticia de la rebelión taiping y de la penetración comercial de Occidente en China, y llegó a pensar que en caso extremo esta situación podría conducir al Imperio celeste por el sendero del socialismo.

Quando nuestros reaccionarios europeos -decía- lleguen finalmente en su inminente carrera al Asia, hasta la muralla china quién sabe si no leerán en la puerta que da acceso a la ciudadela de la archirreacción y el archiconservadurismo, la inscripción: República China. Libertad, Igualdad y Fraternidad(167).'

Más tarde Marx condenó el aspecto terrorista y estéril de las luchas taiping, cuyo carácter "socialista" no era sino producto de una precipitada y optimista interpretación de los relatos del misionero por parte suya.

Ahora bien, ya sobre la base de estudios sistemáticos sobre China Marx llegó a descubrir un hecho que le parecía paradójico; que el próximo estallido revolucionario en Europa dependiera "de lo --

que pasa ahora en el Imperio celeste". La razón de ello era que - las mercaderías inglesas dependían considerablemente para su realización del mercado chino, y que ante la expectativa de un ensanchamiento simultáneo de este para los productos manufacturados ingleses se restringieron en Inglaterra las limitaciones a la importaciones de té chino, del cual esta era su principal consumidor. Pero las importaciones inglesas no fueron compensadas por las exportaciones como se había previsto ya que en virtud de las revueltas internas por las que atravesaba China se contrajo la demanda de productos ingleses. A esto se agregaban las malas cosechas en Europa y el descenso de los ingresos que Inglaterra obtenía con motivo de la venta del opio hindú en China. Marx hacía su pronóstico (1853):

Bajo estas circunstancias, y como la mayor parte del círculo comercial regular ha sido recorrido por el comercio británico puede vaticinarse con seguridad que la revolución china disparó la chispa en la sobrecargada mina del sistema industrial actual y causó la explosión de la largamente esperada crisis general, la cual al extenderse sería seguida muy de cerca por revoluciones políticas en el continente(168).

Poco después Marx se vió obligado a rectificar su previsión. Consideró que en realidad el comercio inglés con China no había disminuido a consecuencia de las revueltas intestinas y que, por el contrario, el contrabando de opio se desarrolló en forma considerable al eliminarse las restricciones que las autoridades chinas ponían a este comercio. El problema de la crisis comercial inglesa, decía Marx, más bien radica en la sobreestimación de la capacidad de consumo del mercado chino. Era, a su juicio, "el marco económico actual de la sociedad china, cuyo eje lo constituyen la pequeña propiedad agrícola y la industria artesanal", lo que impedía la absorción de productos ingleses en gran escala. Sin embargo, la ceguera

comercial de los ingleses los hacía creer que la razón eran las -
 trabas de las autoridades chinas, en lo que veían un pretexto para
 promover la guerra contra ellas (Las Guerras del Opio); pensaban -
 que con la fuerza de las armas podrían barrer los límites impues-
 tos por la propia estructura económica de la sociedad china.

Con todo, Marx pensaba que los ingleses estaban destruyendo esa -
 estructura de igual modo que lo estaban haciendo en la India. La -
 explicación era que el modo capitalista de producción exige la con
versión de toda producción en producción capitalista, disolviéndo
 poco a poco las anteriores formas de producción. Primero generaliza
 la producción mercantil para luego convertirla en producción -
 mercantil capitalista (169):

Ahora bien, a pesar de que sostenía la idea de que el mercado mun
dial no es ilimitado y que el capital encierra sus propios límites
 Marx se preocupaba por las repercusiones de la expansión del capi-
 talismo en Asia sobre el movimiento revolucionario en Europa. Así,
 en su carta a Engels del 8 de Octubre de 1858 manifestaba a este -
 su inquietud del siguiente modo:

No podemos negar que la sociedad burguesa ha experimentado -
 por segunda vez su siglo XVI; un siglo décimosexto que, si lo
 espero, sonará el toque de difuntos de la sociedad burguesa -
 del mismo modo que el primero la dio a luz. La misión particu-
 lar de la sociedad burguesa es el establecimiento del mercado
 mundial, al menos en esbozo, y de la producción basada sobre
 un mercado mundial. Como el mundo es redondo, esto parece haber
 sido completado por la colonización de California y Aus-
 tralia y el descubrimiento de China y Japón. Lo difícil para
 nosotros es esto: en el continente, la revolución es inminen-
 te y asumirá también de inmediato un carácter socialista. ¿No
 estará destinada a ser aplastada en este pequeño rincón, te-
 niendo en cuenta que en un territorio mucho mayor el movimien-
 to de la sociedad burguesa está todavía en ascenso? (170).

Marx había llegado a la conclusión de que ninguna revolución de -

importancia podía producirse en Europa sin estar precedida de una crisis comercial y financiera, cosa que, según él, había sido así desde 1789. Por ello este ascenso del capitalismo en Asia con la apertura de los mercados de China, India y Australia alejaba las posibilidades de crisis económica y por tanto de la revolución proletaria del suelo europeo. El papel de detonador que China representó en un momento desaparecía también. Esta habíase convertido ya para Marx en un "fósil vivo" que se resistía a la penetración de la cultura occidental, y sin mayores posibilidades inmediatas de contribuir a la causa del proletariado internacional.

2. El caso hindú

En opinión de Marx la India pertenecía a ese tipo de sociedades basadas en una estructura económica tan sólida que no las afecta en nada "las tormentas amasadas en la región de las nuves políticas". Su peculiar combinación de producción agrícola y artesanal, semejante a la que existía en China, proveían a la India de esa inmutabilidad social característica de esos pueblos.

La India era un ejemplo de "despotismo oriental", de ese tipo de pueblos en los que la agricultura requiere del control estatal de los sistemas de irrigación y cuya "clave" es la ausencia de propiedad privada sobre la tierra. A diferencia de lo ocurrido en China, donde el poder político resistía la penetración extranjera, en la India los ingleses asumieron a la vez el papel de gobernantes y de terratenientes, provocando la violenta destrucción de las comunidades rurales. Sus "experimentos fallidos y realmente necios" de trasplantar los sistemas de producción agrícola que imperaban en Inglaterra dieron al traste con aquéllas. Los sistemas de irrigación fueron descuidados y ello trajo como consecuencia un terrible descenso de la producción agrícola y artesanal; la industria domé-

tica hindú fue desplazada por las manufacturas inglesas.

Con todo, pese a la crueldad del dominio inglés en la India este resultaba a la larga progresivo.

Por muy lamentable que sea desde un punto de vista humano - ver cómo se desorganizan y disuelven esas decenas de miles de organizaciones sociales laboriosas, patriarcales e inofensivas; por triste que sea verlas sumidas en un mar de dolor, - contemplar cómo cada uno de sus miembros va perdiendo a la vez sus viejas formas de civilización y sus medios tradicionales de subsistencia, no debemos olvidar al mismo tiempo que esas idílicas comunidades rurales, por inofensivas que pareciesen, constituyeron siempre una sólida base para el despotismo oriental; que restringieron el intelecto humano a los límites más estrechos, convirtiéndolo en un instrumento sumiso de la superstición, sometiéndolo a la esclavitud de reglas tradicionales y privándolo de toda grandeza y de toda iniciativa histórica. No debemos olvidar que el bárbaro egoísmo que, concentrado en un mísero pedazo de tierra, contemplaba tranquilamente la ruina de pueblos enteros, la perpetración de crueldades indecibles, el aniquilamiento de la población de grandes ciudades, sin prestar a todo esto más atención que a los fenómenos de la naturaleza, y convirtiéndose a su vez en presa fácil de cualquier conquistador que se dignase fijar en él su atención. No debemos olvidar que esa vida sin dignidad, estática y vegetativa, que esa forma pasiva de existencia, - despertaba, por otra parte y por oposición, fuerzas destructivas salvajes, ciegas y desenfrenadas que convirtieron el asesinato en un rito religioso del Indostán. No debemos olvidar que esas pequeñas comunidades estaban contaminadas por las diferencias de castas y por la esclavitud, que sometían al hombre a las circunstancias exteriores en vez de hacerlo soberano de dichas circunstancias; que convirtieron su estado social que se desarrollaba por sí sólo, en un destino natural e inmutable, creando así un culto grosero a la naturaleza, cuya degradación salta a la vista en el hecho de que el hombre, soberano de la naturaleza, cayese de rodillas adorando al mono Hanumán y a la vaca Sabbala(171).

El eurocentrismo cultural, la influencia de la filosofía hegeliana de la historia y la apología racionalista del progreso aparecen bellamente plasmadas en este párrafo de Marx. Las antiguas comuni-

dades indias, que tras ser destruídas violentamente por alguna invasión bárbara o por los efectos destructores de las fuerzas de la naturaleza se reproducían siempre en la misma escala y con las mismas características generales, no podían bajo ningún concepto entrar en el esquema evolutivo de los pueblos progresivos de Occidente; sólo con el auxilio de estos podía la India "hacerse apta" para entrar en él. Al igual que la intoxicación del pueblo chino con el opio que los ingleses le suministraban, los destrozos de estos en la India, "la única revolución social que jamás se ha visto en Asia", se justificaban históricamente por sus efectos progresivos: Sacaron a un pueblo de su idiotez y amovilidad tradicionales, sin iniciativa histórica y supersticioso hasta el grado de prosternarse ante el mono y la vaca, siendo el hombre el "soberano de la naturaleza", y lo colocaron en el sendero del progreso.

Bien es verdad -decía Marx-, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando prueba de verdadera estupidez en la forma de imponer sus intereses. Pero no se trataba de eso. De lo que se trataba es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo - del estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar - de todos los crímenes Inglaterra fue el instrumento inconciente de la historia al realizar dicha revolución(172).

Aún cuando en interés de la burguesía inglesa se estaban creando en la India las premisas materiales para su futura emancipación, - Inglaterra estaba proveyéndole de unidad política, de instrucción militar, de medios de transporte y comunicación, de la ciencia y - la técnica occidentales, etc. Por el momento, decía Marx en 1853, la liberación de la India depende de la emancipación del proletariado británico(173). Pero, mientras tanto, estíbese cumpliendo - "una ley eterna de la historia" en la India. La ley según la cual en la conquista de un pueblo por otro acaba imponiéndose la cultu-

ra superior. Los bárbaros que habían conquistado anteriormente al Indostán resultaban "hinduizados"; los británicos impusieron en él su cultura(174).! Esto era a todas luces un gran progreso tratándose de esta región del planeta que durante milenios permaneció al margen de los avances de la cultura occidental.! La instauración plena del capitalismo en la India le parecía inevitable a Marx como resultado del dominio británico; esto era lo que quería decir cuando escribía en El Capital que los pueblos más avanzados no hacen más que enseñar a los de menor desarrollo el espejo de su propio porvenir(175).! De ser así la India estaría en disposición de actuar coordinadamente con los países capitalistas avanzados en el proceso revolucionario mundial, e incluso tomar la iniciativa(pues aunque la idea básica de Marx acerca de la revolución es que esta empezaría en los países más desarrollados para hacerse luego extensiva a las colonias y pueblos atrasados no dejó de considerar que la iniciativa podría proceder de estos, aunque necesariamente serían aquellos los que se pondrían finalmente a la cabeza del movimiento).!

3. El caso latinoamericano

Las referencias directas e indirectas de Marx sobre América Latina son, ciertamente, numerosas, pero si bien en determinados casos algunos acontecimientos en esta región llamaron su atención, las más de las veces se trata de referencias ocasionales que carecen de unidad temática. Los efectos disolventes del descubrimiento de América sobre el feudalismo europeo el papel de esta en la economía mundial y la potencial riqueza económica representada por Latinoamérica para el futuro desarrollo de Estados Unidos; en una palabra, la incidencia de esta en el contexto euroamericano es el criterio que subyace en las referencias de Marx sobre la región. Pero

cabe señalar que estas no dejan de ser controvertidas en algunos casos. Así, por ejemplo, su trabajo biográfico sobre Simón Bolívar para la Nueva Enciclopedia Americana Marx hizo un manejo prejuiciado de fuentes de información a fin de restar méritos al "libertador", contra la opinión común, presentándolo en cambio como un canalla(176).

Ahora bien, para Marx el continente americano estaba destinado a quedar bajo la hegemonía yanqui. América Latina le pertenece a EE. UU. por la naturaleza de su situación geográfica. Tal criterio subyace en la condena de aquel a la tentativa de Inglaterra, Francia y España de intervenir en México conjuntamente en 1861, la cual a su juicio constituía "una de las empresas más monstruosas que hayan conocido los anales de la historia universal"(177). Cada una de estas naciones buscaba un fin particular al comprometerse en la intervención; Inglaterra convertir a México en una base de operaciones para lanzarse en apoyo de los esclavistas del sur de Norteamérica que se hallaban en guerra con el norte industrial; Francia distraer con ello la atención de su pueblo de sus problemas internos; y España soñaba con una restauración de su dominio en México(178). Pero, comparada con estas naciones, Norteamérica resultaba ser más progresista y por naturaleza correspondíale la libre explotación del continente americano en su conjunto. Esta idea fue más claramente expresada por Engels en 1848 cuando decía:

En América hemos presenciado la conquista de México, la que nos ha complacido. Constituye un progreso, también, que un país ocupado hasta el presente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba destinado a caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por la violencia al movimiento histórico. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos. Es en interés del desarrollo de toda América que los Estados Unidos, mediante la

ocupación de California, obtengan el predominio sobre el océano Pacífico(179).

Estas palabras, escritas desde una posición revolucionaria comunista, dejan ver una clara influencia hegeliana, la cual, como es sabido, fue siempre más acusada en Engels en lo relativo a su concepción de la historia universal. Para Hegel los pueblos de África y América, al igual que la India, quedaban fuera del terreno de la historia universal por cuanto no habían sido capaces de formar un sistema estatal vigoroso. Sin embargo, Hegel creía que América jugaría un papel histórico relevante en el futuro. Mientras tanto, la falta de iniciativa histórica de los pueblos americanos era proverbial. "Todo cuanto ocurre en América -dice Hegel- tiene su origen en Europa"(180). Sin embargo, apreciaba una sustancial diferencia entre el Norte y el Sur del continente..

En Norteamérica -agrega Hegel- vemos una gran prosperidad, - basada en el crecimiento de la industria y de la población, - en el orden civil y en la libertad. Toda la federación constituye un sólo Estado y tiene un centro político. En cambio, - las repúblicas sudamericanas se basan en el poder militar; su historia es una continua revolución, Estados que estaban antes federados se separan, otros que estaban desunidos se reúnen, y todos estos cambios vienen traídos por revoluciones militares(181).

América en su conjunto no tenía de momento más importancia que - por sus relaciones externas con Europa: su influencia en el escenario histórico mundial habría de revelarse posteriormente.

Por consiguiente -opina Hegel-, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur. Es un país de la nostalgia para todos los que estén hastiados del museo histórico de la vieja Europa...Lo que hasta ahora - acontece aquí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo

jo de ajena vida(182).

Como vemos, Marx(y Engels) comparte con Hegel la idea de la falta de "iniciativa histórica" de ciertos pueblos, los cuales para incorporarse a la marcha del desarrollo de la historia universal precisan del concurso de los pueblos más avanzados. Pero mientras incorporó al campo de su interés científico al pueblo hindú Marx dejó fuera de él la realidad latinoamericana. ¿A qué obedece este abandono? No existe, es verdad, una explicación definitiva de esto que constituye una zona vírgen para los estudiosos del discurso marxista. Pero, como lo hace ver el estudio pionero de José Aricó sobre Marx y América Latina(183), ese abandono se halla relacionado con determinados "obstáculos subjetivos", principalmente, entre los que figuran los residuos o influencias hegelianas en el pensamiento de Marx.'

En efecto, el hecho de que Hegel no asignara a América "ningún lugar autónomo en la historia universal del espíritu humano"(184) - constituyó un motivo, pero también lo fue la idea hegeliana de la irracionalidad de los pueblos "sin historia" evidenciada en la naturaleza inaprehensible de su interioridad; sólo que, mientras a Hegel se le hace imposible captar esta por la inexistencia en ellos de un sistema estatal estable, Marx -en el caso latinoamericano- siente "la imposibilidad de visualizar en él la presencia de una lucha de clases definitiva de su movimiento real y por tanto fundante de su sistematización lógico-histórica"(185).

Más aún, para Hegel el Estado es el "productor" de la sociedad civil. En América Latina, como él señalaba, era la esfera de lo político-militar la que tenía un peso decisivo en la sociedad. Para Marx, en cambio, lo político-estatal no es sino un "derivado" de la economía. Por tanto, el factor clave del ordenamiento social hay que buscarlo en esta. De modo que el rechazo de la concepción

hegeliana del Estado por parte de Marx condujo a este a no poder "individualizar" la esfera económica de las sociedades latinoamericanas y, en consecuencia, a no comprenderlas. Estas inauguran así "una zona de penumbras dentro de la reflexión marxiana"(186). En otros términos, por desdeñar el peso del factor político en la conformación de la sociedad civil latinoamericana Marx no pudo aprehender su naturaleza interna.'

El privilegiamiento marxista de lo "económico" revelóse a la larga como un obstáculo epistemológico(187). Es el caso, pues, que en la "inversión" de Hegel Marx parece haberse autolimitado.

¿Serán las necesidades teóricas necesidades directamente prácticas? No basta con que el pensamiento acucie hacia su realización; es necesario que la misma realidad acucie hacia el pensamiento.

KARL MARX

La historia ha tomado un rumbo distinto del que Marx había pensado. En el capitalismo, que él analizó, no progresó realmente la miseria del proletariado, ni tampoco estalló la revolución que él esperaba. Allí donde, hace cincuenta años, las soluciones comunistas — de Lenin entusiasmaron a las masas y en el Este pusieron término a la Primera Guerra Mundial, el reino de la libertad por lo menos se hace esperar. Sin embargo, la comprensión de la sociedad, sobre todo la occidental, no pasa de ser superficial sin la teoría de Marx.

MAX HORKHEIMER

VI. La cuestión nacional hoy

1. Un problema conceptual en Marx

Con lo hasta aquí expuesto debió quedar claro que Marx se interesó ampliamente por el problema nacional, aunque de un modo estratégico, más bien que teórico. Fue su interés por el triunfo revolucionario del proletariado de la Europa occidental el que animó toda su reflexión al respecto. Sin embargo, como han puesto de relieve los teóricos marxistas no existe una elaboración teórica del fenómeno nacional en Marx y todo indica que no estaba en su interés hacerla.

Ahora bien, el primer gran problema que suscita esta cuestión es el de la inexistencia de un concepto materialista histórico de la nación. Ya en su original estudio sobre el problema nacional en Marx Solomon Bloom advertía acerca de la vaguedad de la terminología de aquel a este respecto, pues "a veces 'nación' era sinónimo de 'país'; a veces de esa entidad diferente que es el 'estado'. Ocasionalmente con 'nación' designaba a la clase gobernante de un país"(188). Siendo así no se tiene claro qué es la nación, cuáles son sus componentes esenciales que permitan diferenciarla conceptualmente de otras entidades. Engels negaba a los checos el estatuto de nación, llamándolos en cambio "nacionalidad", pero su criterio era ante todo político, no científico. Él mismo se consideraba lo bastante "autoritario" para juzgar a los pequeños grupos que aspiraban a la autonomía política. Pero con ello, es claro, resolvía

problemas prácticos, no teóricos. Llamar "sin historia", "reaccionarios", "oprimidos", etc., a estos pueblos no nos hace avanzar nada en el plano de la teoría de la nación. Los checos, que rodaron de aquí para allá como una pelota durante mucho tiempo, como decía Engels, no tuvieron un territorio común fijo pero no por ello perdieron su carácter de grupo solidario ni su pasado y cultura propios. Pero, según aquel, no constituían un pueblo histórico. ¡Como si la existencia social no fuese de por sí histórica! Claro que Engels entendía de un modo muy particular la historicidad de los pueblos. Así, antes de formarse las naciones-Estado modernas ya eran naciones pueblos como el inglés, el francés, el italiano, el alemán, aunque la unidad política y económica de algunos de ellos no se hubiese consumado y sus fronteras fuesen indecisas. El criterio para juzgar como nación a estos pueblos era para Engels la posesión de un sistema estatal vigoroso. Esto, como es fácil advertir, no es sino un resultado de la influencia negativa de la filosofía hegeliana de la historia en Engels. Negativa porque, como es sabido, la historia se encargó de poner de manifiesto la historicidad de la nación checa.

Ahora bien, Engels consideraba que una población numerosa y un territorio común constituyen "las primerísimas condiciones de existencia nacional"(189). Estas condiciones podían satisfacerlas las naciones mencionadas, no así los numerosos pueblos eslavos dispersos por Europa que sumaban unos cuantos miles y contra los cuales iba dirigida la furia de Engels(190). En esto está la clave de su distinción entre nación y nacionalidad. Aquella, con una población de millones de individuos y con un territorio común tenía todo el derecho de constituirse en un Estado nacional independiente. Esta, en cambio, no merecía sino ser absorbida por cualquier Estado nacional existente; un reducido grupo no podía bajo ningún concepto reclamar para sí un territorio y un Estado propios.

La nación -dice Haupt- recubre el concepto de Estado-nación tal como se forjó durante la revolución francesa, asimilando las fronteras estatales a las fronteras "naturales, lingüísticas". Sin que la distinción entre nación y nacionalidad quede claramente establecida, Marx y Engels designan con este último término una formación que precede a la nación y que puede darle nacimiento sin que, sin embargo, haya de llegar en toda circunstancia a desarrollarse en nación y a constituirse en Estado(191).

Aunque Marx y Engels tenían presente la diferencia empírica que existe entre nación y Estado tendían a identificar ambos conceptos pues creían que el progreso histórico apuntaba en el sentido de "convertir" en Estados nacionales independientes a las naciones, o de que estas fuesen absorbidas por Estados-nación existentes. La unidad sociopolítica básica que ambos tenían en mente al hablar de los progresos de la era burguesa era el Estado-nación. Su idea era que el capitalismo se consolidaría primero en el espacio de este - para luego conquistar el ámbito internacional. De ahí que la existencia de múltiples pequeñas naciones que con sus reclamos autonomistas frenaran este desarrollo no podía por menos de ser condenada por Marx y Engels como un obstáculo al avance del capitalismo y consiguientemente de la lucha de clases. Evidentemente que tal criterio subyacente en tal condena resulta insostenible en la actualidad; negar el estatuto de nación y el derecho a su autonomía a ciertos pueblos reconocidos como tales en nombre del capitalismo y de la lucha de clases no es menos absurdo e inadecuado que la terminología empleada en esas reprobaciones, que no hacen más que reflejar la adopción acrítica por Marx y Engels del "vocabulario difuso de la época", así como "la inmadurez del contexto histórico en el tema"(192).

La influencia negativa de semejantes actitudes en el marxismo posterior se manifestó ante todo en la propuesta de criterios exclusivistas que confundían sin más la nación con el Estado burgués y -

que, por tanto, se revelaron impotentes para afrontar la multivocidad empírica del concepto de nación y, en general, para resolver los problemas teóricos que entraña la cuestión nacional.

2. La herencia negativa

Los marxistas de la segunda Internacional sintieron de inmediato el vacío teórico dejado por Marx y Engels en sus obras acerca del fenómeno nacional. Ante esto se vieron obligados a solucionar el problema de qué es la nación, cuáles son sus componentes básicos.

Kautsky consideró de entrada la nación moderna como un resultado del ascenso histórico de la burguesía y propuso como criterios clave de aquella el territorio y la lengua comunes y al mercader como el agente histórico de tal unificación(193). Por su parte, Rosa Luxemburgo basó su razonamiento en la inexistencia de la nación en cuanto entidad homogénea. Para ella desde el momento en que la sociedad se escinde en clases con intereses antagónicos no puede proclamarse ningún principio omniabarcador en el que desaparezcan tales diferencias. Sólo las clases dominantes están interesadas en ello porque así disimulan los antagonismos sociales. El principio de nación es, en la sociedad capitalista, una idea esencialmente burguesa. A lo sumo Rosa Luxemburgo aceptó concebirla como una cuestión meramente cultural, más o menos ajena a lo económico y a lo político(194). Para Bauer la nación "es el conjunto de los seres humanos vinculados por comunidad de destino en una comunidad de carácter"(195). Por "comunidad de carácter" Bauer entiende las diversas voluntades orientadas por un mismo estímulo y por "comunidad de destino" una historia común. El "carácter nacional" viene a estar constituido por "complejo de connotaciones físicas y espirituales" que distinguen a una nacionalidad de otra. Lenin, por su lado, siguiendo de cerca los razonamientos de Kautsky parece consi

derar que la nación la constituye una población con territorio e idioma común y que el desarrollo de la producción mercantil capitalista exige la conversión de aquella en Estado nacional independiente, es decir, "su separación estatal de las colectividades de otra nación"(196). Stalin a su vez concibe la nación como "una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada en la comunidad de cultura"(197). Stalin identifica la nación con el capitalismo; es un resultado del ascenso económico de la burguesía, cuyos intereses comerciales exigen la unificación territorial y lingüística de pueblos dispersos por parte del Estado. El Estado-nación es a la vez producto y condición del desarrollo capitalista. En el concepto staliniano aparecen en síntesis las definiciones al uso: El énfasis de Kautsky en el idioma común, la idea del Estado territorial de Lenin, el clasismo de Rosa Luxemburg y la concepción de la comunidad cultural de Bauer. Para Ber Borjov la nación es una sociedad "unida por la conciencia de la integración de sus miembros, la que proviene de un común pasado histórico"(198). Esa conciencia está dada a partir del modo de producción común. En este sentido el desarrollo de la economía mercantil capitalista al barrer las estrecheces feudales y dar origen al mercado interior llevó a su pleno desarrollo la nacionalidad, por lo que la nación moderna es concebida por Borjov como un resultado del establecimiento del modo capitalista de producción.

Ahora bien, ninguno de estos intentos de solución ha respondido a un auténtico interés teórico-científico; antes bien, ha sido el propósito de resolver el problema político de las nacionalidades - el que ha inspirado tales propuestas, y no tiene nada de casual el hecho de que la discusión acerca del fenómeno nacional haya adquirido un carácter más pronunciado allí donde, como en Rusia y en Aus

tria, la cuestión de las nacionalidades tuviera gran resonancia. - Pero ninguna de las propuestas conceptuales mencionadas pudo por - ello mismo trascender al marco sociohistórico de su formulación y ninguna de ellas puede ser proclamada hoy día como "la" solución - al problema. No existe, pues, una teoría marxista de la nación. El concepto staliniano que por mucho tiempo pretendió ser la solución a este problema ya se ha visto que en realidad no ha permitido com - prender correctamente el problema de la nación. No pueden proponer - se criterios exclusivistas como determinantes de esta, pues de ser así no se sabrá qué hacer con aquellos grupos que se reconocen a - sí mismos como naciones pero que no reúnen todos los componentes - indicados en el cuadro conceptual(199). La búsqueda de un concep - to universal de nación parece así infructífera. El esquematismo de corte staliniano que por mucho tiempo se ha cernido sobre la acti - vidad teórica de muchos marxistas ha afectado, como es lógico, su tratamiento del fenómeno nacional. La crítica del carácter políti - co-ideológico que ha prevalecido en este ámbito del discurso mar - xista forma parte inexcusable de una reformulación científica del problema. El viejo temor del teórico marxista de apartarse del dog - ma establecido, de la versión oficial de los conceptos, hoy día - carece totalmente de sentido, al paso en que revela el falso cien - tificismo de las antiguas concepciones.'

3. Falsos planteamientos y lecciones constructivas

De lo hasta aquí expuesto podemos desprender tres lecciones:

1). No es posible establecer un concepto rígido de nación sin co - rrer el riesgo de dejar fuera de él determinadas entidades naciona - les que no reúnen los elementos conceptualmente fijados como consti - tutivos de ella.

En la explicación de esto aprovecharé las observaciones de Weber

y Michels. Aquel llama la atención sobre las dificultades que entraña toda definición unívoca de la nación. Según él, no es la pertenencia a un Estado lo que define a una nación ya que en una misma demarcación estatal territorial pueden existir diversas naciones. Tampoco son el idioma, la religión o la sangre elementos definitivos excluyentes de la nación, por el hecho de que estos pueden formar parte variadamente de una misma entidad nacional. Incluso, señala Weber, se da el caso de que un grupo humano reclame y adquiera el estatuto de nación o que renuncie a él por razones políticas o de otra índole. Weber observa pertinentemente:

Entre la afirmación enfática, la enfática negación y, finalmente, la completa indiferencia ante la idea de "nación"... existe una serie ininterrumpida de muy distintas y variables actitudes dentro de las capas sociales, inclusive dentro de los grupos particulares, a los cuales la terminología usual atribuye la cualidad de "naciones"(200).

El reconocimiento de esta pluralidad de actitudes, que ponen de manifiesto el carácter multívoco del concepto de nación exige, señala Weber, una labor de "casuística sociológica" encaminada a exponer "todas las clases particulares de sentimientos de comunidad y solidaridad según las condiciones de su origen y según sus consecuencias para la acción comunitaria de sus miembros"(201).

Por su parte Michels considera que si bien el concepto de nación(202) comprende los siguientes factores: 1) comunidad de raza; 2) comunidad de idioma; 3) comunidad de cultura; 4) comunidad de religión; 5) comunidad de destino y fortuna; y 6) comunidad de Estado(203), éstos factores son más bien aproximativos que excluyentes pues tanto la raza como el idioma y la religión pueden ser variados en las grandes naciones. La "comunidad de destino y fortuna" puede ser un factor menos variable y la búsqueda de comunidad está

tal constituya una tendencia histórica de las naciones. Ahora bien, como señala Michel, todos estos factores se hallan subordinados a la voluntad común de constituir una nación. En ausencia de otros factores tal voluntad se convierte en el "principio básico" de esta(204).

Lo indicado en este primer punto, llevado al extremo, remite al problema de determinar si ciertos grupos humanos que reclaman una nacionalidad propia lo son o no, lo cual, como señala Löwy, corresponde decidir al propio grupo en cuestión y no a "un doctrinario experto, provisto de una lista de "criterios objetivos"(al estilo de Stalin)(205). Claro que el reconocerse como tal y actuar en consecuencia requiere de una libertad política que en prácticamente todos los casos actuales de movimientos nacionalistas al interior de Estados-nación sólo de manera muy restringida les es dado conseguir.

2). La distinción entre nación y Estado es una exigencia analítica impuesta por la propia realidad.

Aunque no se trata de un autor marxista, la siguiente mención que aquí haré al anarquista Rudolf Rocker quiero emplearla como ejemplo de las aberraciones a las que conduce el tratamiento políticamente interesado de la cuestión nacional. Este autor parte de la idea de que lo primero es el "pueblo", es decir, una comunidad humana ligada por un natural sentido de solidaridad basado en la responsabilidad del individuo hacia los demás y en la justicia. Tales fueron las comunidades medioevales europeas anteriores a la formación de los Estados nacionales. La "nación", en cambio, es el resultado de la disolución de tales vínculos -lo que dio lugar a la conversión del pueblo en "masa"-, y su sustitución por relaciones cohesivas de carácter político. La nación es así la disolución del pueblo para los fines del dominio político de pequeñas minorías sobre la

gran masa de la población de un Estado. Rócker dice:

La vieja afirmación de que el desarrollo del Estado nacional procede de la conciencia nacional creciente de los pueblos, - no es más que una fantasía que prestó buenos servicios a los representantes de la idea del Estado nacional, pero no por eso es menos falsa. La nación no es la causa, sino el efecto del Estado. Es el Estado el que crea a la nación, no la nación al Estado(206).

Según esto, la "nación" es inimaginable sin el Estado; es el resultado de él y con él se confunde. Carece de toda existencia independiente, por lo cual su esencia "nos será siempre inaccesible si intentamos separarla del Estado y atribuirle una vida propia que nunca ha tenido"(207).

Cabe destacar que todas estas ideas por muy originales que sean no dejan de constituir construcciones ex professo para combatir al Estado, destacando la influencia destructora de este sobre relaciones y formas de organización social tradicionales. Lo que sucedió en realidad es que el tipo ha estudiado la formación de los Estados nacionales europeos, empresa eminentemente política que dio por resultado la demarcación de grupos nacionales dentro de determinados Estados territoriales, sacando de allí el argumento de la creación de la nación por el Estado y la confusión de ambos(208).

Contrariamente a tales ideas y a las de todos aquellos que identifican sin más la nación con el Estado-nación moderno está la evidencia de los múltiples movimientos nacionalistas históricamente conocidos al interior de Estados nacionales. La nación no es una mera creación de la burguesía como algunos autores han sostenido. Lo "nuevo" a este respecto es el término "nación"(209). Pero entidades nacionales no plasmadas en forma de Estados independientes las han existido desde siempre aunque con variado nombre(210). La nación, o, sería mejor decir, las naciones, constituyen el sustra-

to sociológico del Estado moderno pero no surgen con este ni con su base económica, el capitalismo. Las definiciones de la nación que ponen el énfasis en el poder político común, el Estado territorial, no hacen sino referirse a la nación-Estado moderna, es decir, a una forma histórica de existencia de la nación. Sin embargo, esta existe también bajo otras formas de organización política. La nación Estado es la forma política actual de la nación, y lo es de manera preponderante, no absoluta. El Estado-nación en su forma "clásica" europea es un producto histórico del desarrollo del capitalismo y del decline del sistema feudal. El Estado-nación independiente se ha constituido así en la forma irresistible de organización de las sociedades modernas(211). Como señala patéticamente Stoessinger, "el Estado nación ha devenido ubicuo siendo la autoridad secular más grande"(212). Según la opinión de Hecker, "el Estado Nacional es la expresión histórica de la formación de las Naciones y del reconocimiento de su individualidad en el seno de la comunidad internacional"(213). Está claro, pues, que nación y Estado no son en rigor lo mismo y que su confusión conceptual no puede ser por menos que perniciosa.

Aunque los Estados nacionales son hoy día la forma preponderante de existencia de la nación no puede pasarse por alto el hecho de que al interior de ellos existen grupos nacionales que reclaman su autonomía. Weber estaba en lo cierto cuando señalaba que la nación es "una comunidad de sentimientos que, no pudiendo hallar su expresión adecuada sino en su propio estado, tiende normalmente a crearlo"(214). Según esto la nación precede al Estado y tiende a crearlo. Además, la apelación, como en Michels, a la voluntad de constituir una nación independiente, una nación-Estado, nos remite de inmediato a la dimensión política de la cuestión, ya que la afirmación de la propia nación ante las demás constituye a la larga un acto de fuerza. Una nación oprimida por otra dentro de un Estado -

nacional puede constituirse en una fuerza política y/o militar para luchar por su independencia. Resulta esclarecedora a este respecto la secular lucha nacionalista de los vascos en España(215).

Está claro entonces que la nación no es sin más equivalente al Estado o, en otros términos, que esta no es lo mismo que la población del Estado territorial(216).

La teoría marxista, con su tendencial confusión entre nación y Estado burgués debe resolver el problema de que, en el supuesto por ella sostenido acerca de la futura extinción del Estado, si este desaparece ¿qué será de la nación?(217). Los autores marxistas han soslayado en realidad esta cuestión que tal vez parezca trivial - afrontarla pero que, ateniéndonos a la lógica de su discurso, es legítimamente derivable de este.

3). La dimensión histórico-cultural se perfila de entre los múltiples factores de la nación como el aspecto básico de su caracterización conceptual.

Esto significa que los particulares elementos culturales e históricos comunes definen, en el plano más abstracto y general, a la nación, o que por esta línea debe buscarse su definición, lo cual no quiere decir que se dejen de lado otros factores -étnicos, geográficos, lingüísticos, etc.- que han influido en la conformación de las naciones.'

Los austromarxistas, en particular Bruno Bauer, abordaron en esta dirección el asunto, pero la crítica "materialista" de Lenin y Stalin sepultó prácticamente hasta nuestros días esta línea de investigación. El error de Bauer estriba en último caso en la oscuridad de su concepto de carácter o comunidad cultural. El componente histórico-cultural de la nación se destaca como el factor clave cuando de hecho vemos que no todas las naciones coinciden empíricamente con las fronteras étnicas o estatales. La nación no es sin más la población de un Estado. Tampoco, como Weber señalaba, una

efectiva comunidad sanguínea es requisito inexcusable de la nación. Y Engels, por su parte, tenía en claro que las fronteras del Estado nacional no coinciden con las de la lengua o, en otros términos, - que naciones con distintas lenguas pueden convivir bajo una misma envoltura estatal.

El aspecto cultural es, con todo, el menos estudiado por los marxistas. Han sido autores no marxistas los que han seguido esta línea de investigación sobre el fenómeno nacional, pues aquellos, por temor a caer en un presunto espiritualismo amaterialista se han apartado de ella(218). El estudio de este aspecto del fenómeno nacional constituye para el marxismo una empresa abierta. Hoy día - quien no tenga compromiso de fidelidad hacia ningún santuario político que en el plano de la teoría enturbie su reflexión, no tiene por qué empeñarse en mantener conceptos inservibles ni reparar en abrirse a todas aquellas perspectivas teóricas que lo hagan avanzar en la comprensión del tema.

Todo lo dicho hasta aquí, ¿se trata de una discusión bizantina? No. Es un ejemplo de los problemas conceptuales a los que se enfrenta toda investigación sociológica. A este tipo de discusiones conducen las vaguedades, ambigüedades o insuficiencias teóricas de la obra de Marx, y no se las puede obviar con el fin ideológico de salvaguardar la imagen de este.

4. Nacional versus Internacional

Marx estaba convencido del carácter internacional de la revolución proletaria. La transición al socialismo, según él, se daría en el plano universal. Ciertamente es que aunque no descuidó el aspecto nacional de la estrategia revolucionaria comunista y previó incluso tres posibilidades adecuadas a las realidades sociopolíticas de Alemania, Francia e Inglaterra(219), el mayor énfasis relativo lo puso siem-

pre en la dimensión internacional de la estrategia y de la organización política del proletariado. La relación de unas naciones("reaccionarias") con respecto a otras("revolucionarias") en el marco de una cierta situación revolucionaria internacional y de abierta hostilidad entre unos gobiernos y otros, configuró la actitud de Marx ante el fenómeno nacional. Fue la necesidad de esclarecer el papel de ciertos gobiernos con respecto al desarrollo de las luchas nacionales del proletariado de los países capitalistas avanzados - o, en otros términos, la cuestión de la política externa del movimiento comunista lo que preocupó preponderantemente a Marx. La cuestión nacional como el problema de elaborar una estrategia y una táctica adecuadas a cada contexto nacional no fue para él el aspecto fundamental del asunto, ya que en su concepción subyacía la idea de que la conciencia revolucionaria comunista del proletariado de los países capitalistas avanzados no sólo se haría más sólida conforme su explotación por el capital se incrementara, así como también la convicción de que a nivel nacional la estrategia del proletariado era por lo mismo adecuada y eficaz, por lo que sólo era necesario salvaguardarse de las amenazas externas. Según Marx el proletariado de Europa occidental era por naturaleza revolucionario comunista y su triunfo significaría el triunfo simultáneo de los obreros de los países menos avanzados. Si éstos no contaban con una adecuada estrategia revolucionaria no importaba, pues sería el proletariado de las naciones capitalistas avanzadas el que los liberaría.

Esa externidad del problema se mantuvo de hecho hasta la tercera Internacional. Sobre la base de las expectativas de un inminente derrumbe del capitalismo en el plano mundial y para efectuar en la misma escala la revolución proletaria fue creada la Comintern(220), cuyas directrices fueron paulatinamente identificándose con los intereses de la diplomacia soviética(221). La tradición de subordinación a este por parte del movimiento comunista internacional sub-

sistió a la desaparición de aquella, se mantuvo en el periodo de la Kominforma(222), y continúa en la actualidad en menor escala por parte de ciertos partidos comunistas occidentales, no obstante la actitud de rechazo que a este respecto han manifestado en los últimos años algunos de estos, en particular los promotores del llamado eurocomunismo(223).

El alejamiento de las posibilidades de una revolución proletaria mundial y de la desaparición previsible a corto plazo del capitalismo en los países avanzados conduce inevitablemente a la crítica de la necesidad de subordinar a cualquier organización o estrategia revolucionarias internacionales únicas las luchas nacionales de los comunistas. Además, aparte del erróneo fundamento teórico de la dirección que ha reclamado para sí el Estado soviético sobre el movimiento comunista internacional, está claro hoy día que el "internacionalismo proletario" proclamado por aquel no ha sido sino una forma encubierta de manifestarse el nacionalismo soviético a nivel mundial, la defensa del "socialismo en un sólo país". No puede entonces atenderse de manera adecuada a los intereses nacionales de los movimientos comunistas ni ser consecuente con el cometido democrático de este mientras se sirva a intereses extranjeros y se aprueben los actos antidemocráticos de otras naciones, aunque estos sean en nombre del "socialismo".

El sentido del internacionalismo proletario ha cambiado en lo sustancial. Contrariamente a la expectativa de Marx de que con la internacionalización de la economía capitalista la conciencia revolucionaria y la cooperación entre el proletariado adquirirían un carácter igualmente internacionalista esto no ha sucedido. Los movimientos políticos de los trabajadores revisten cada vez más un marcado carácter nacionalista. Y la necesidad misma de elaborar una estrategia de lucha específicamente nacional se hace sentir con mayor fuerza en la actualidad en que han desaparecido las "estrategias" y

los "partidos" supranacionales. Sólo en sectores ortodoxos del movimiento comunista internacional se insiste en la idea de mantener los viejos modelos de organización y de lucha. Esto se explica en cierta forma por el temor ingenuo de apartarse de "la línea" trazada por los maestros, a lo que conduciría inevitablemente el adoptar una actitud crítica ante los supuestos oficiales acerca del internacionalismo proletario(224), y reflexionar objetivamente ante los cambios en el contexto político internacional.

Internacionalista es aquel que incondicionalmente, sin vacilación, sin reserva, está dispuesto a defender a la URSS; porque es la URSS quien está en la base del movimiento revolucionario mundial; y porque proteger la marcha progresiva del movimiento revolucionario no es posible sin defender a la URSS. Aquel que piense defender el movimiento revolucionario a pesar y en contra de la URSS - va en contra de la revolución y entra necesariamente en el campo de los enemigos de la revolución.

IOSIF STALIN

VII. La cuestión nacional hoy (continuación)

1. La teoría de la nación

1.1. Nación

"Los conceptos sociológicos, como los de otras disciplinas --dice Bendix--, deberían gozar de aplicabilidad universal"(225). "Deberían", ciertamente, aunque la realidad es que existe a este respecto una insoportable diversidad de criterios. Tal exigencia se pone no obstante de manifiesto en lo que hace a la teoría de la nación. Muchos estudiosos de este fenómeno sociológico rindiéndose ante la evidencia de la complicación de definir qué es la nación dan por elaborar definiciones ad hoc a la luz de las cuales realizar sus investigaciones. Pero este procedimiento no resuelve en realidad el problema, ya que suele encajonar el objeto estudiado dentro de límites arbitrarios. De modo que la misma investigación realizada a la luz de otra definición del fenómeno nacional tiene que llegar necesariamente a resultados no sólo distintos sino, peor aún, contradictorios, prolongándose de esta forma la discusión al respecto.

Las definiciones de la nación que nos son habituales se las debemos a los juristas. Pero este tipo de definiciones no soportan la prueba de la realidad compleja y multiforme del fenómeno nación. Desde el punto de vista jurídico un individuo puede cambiar de nación (léase: nacionalidad) tantas veces como le sea legalmente posible, lo que es ya una muestra del carácter meramente --

formal de tales definiciones.

En términos sociológicos es poco lo que en realidad se ha avanzado en el estudio del fenómeno nacional. Priva una gran confusión terminológica y de ideas al respecto, y esto se hace particularmente notorio en el terreno de la teoría marxista. Suele identificarse la nación con el Estado-nación y el estudio del nacionalismo con el esclarecimiento conceptual de la nación. Estas confusas identificaciones son ilegítimas, como trataré de mostrar, convencido de que el planteamiento correcto del problema nacional debe empezar por la precisión de los conceptos a emplear. Se comprende que no trato de decir la última palabra sobre el asunto, ni que lo efectivamente dicho esté exento de confusiones y contradicciones, sino a lo sumo señalar la dirección en la que a mí me parece que debe proceder una investigación seria de la cuestión nacional.

Formulaciones incorrectas del problema. Una falsa identificación entre nación y Estado debida a la influencia de la postura política del autor en el análisis social nos la ejemplifica Samir Amin en su libro Clases y naciones en el materialismo histórico(226), en el cual nos habla de que, no obstante de tener en común la comunidad lingüística, la étnia y la nación son distintas porque en aquella falta la "centralización estatal" del tributo que esta sí posee, por lo que su estudio no es posible separadamente del estudio del Estado. En virtud de esa centralización que permite al Estado extraer tributo a la sociedad resulta que la nación sólo existe históricamente en la antigüedad china y egipcia y en el capitalismo, pero no en la época feudal:

El concepto de nación -dice Amin- aparece pues claramente en las sociedades acabadas, bien sean tributarias (China, Egipto), bien capitalistas (naciones europeas de capitalismo central). En cambio, en los modos de producción inacabados, periféricos, la realidad social étnica es demasiado difusa

para merecer ser calificada de nacional. Así ocurre en la Europa feudal, porque el modo feudal no es sino un modo tributario inacabado. Así ocurre en las periferias capitalistas contemporáneas(227).

O sea que si hay Estado tributario, "acabado", hay nación; si no lo hay la nación brilla por su ausencia. Disponiendo de un modo semejante las cosas es fácil explicarse todo lo que uno quiera. Pero tal 'definición' de la nación peca de unilateral e incorrecta a todas luces, aunque al autor le es de gran utilidad para lamentarse de que al existir "intercambio desigual" no existan naciones en el mundo subdesarrollado.

Otro ejemplo del confucionismo aquí señalado nos lo da Edelberto Torres-Rivas, el que nos habla de la "nación burguesa" o "moderna" para referirse al Estado-nación. La nación moderna es para él un resultado de la economía mercantil:

El concepto moderno de nación es del de una comunidad política, cuya unidad se encuentra en la existencia dinámica de un mercado interior(228).

Insisto, el autor confunde aquí el concepto de Estado nacional con el de nación pues, sea esta "antigua" o "moderna" su definición no va por ahí. Su idea de la nación moderna es ante todo política por cuanto está entendida desde el ángulo de las clases sociales y "de su relación de cooperación y conflicto":

La nación moderna es un agrupamiento colectivo cuya especificidad está dada, en primer lugar por la naturaleza de la cohesión social interna, de un vigor sin paralelo en la historia, y que no es producto de la fuerza sino de una forma de poder integrador de clase(229).

Esta definición resulta oscura, aunque su carácter menos académico y más polémico sirve al autor para entrar a discutir ciertos problemas políticos derivados de la conformación de los Estados nacionales en América Latina, del papel de las clases tra-

bajadoras en el desarrollo de estos y de sus expectativas revolucionarias "socialistas" a nivel "nacional".

Aunque Torres-Rivas reconoce la existencia de la nación anterior a la formación de los Estados-nación modernos centra su atención más bien en estudiar este que a la nación como tal. En su postura se revela, por otro lado, esa hiperpolitización peculiar del "científico" social latinoamericano para el que los problemas teóricos se reducen a problemas políticos o son vistos a la luz de sus intereses militantes.

Formulaciones correctas del problema. Benjamín Akzin(230) se propone estudiar las relaciones entre el Estado y la nación y para ello parte de la correcta diferenciación de ambos. Y aunque la definición etnicista de la nación que propone pueda entrañar problemas teóricos particulares lo que aquí me interesa es señalar su punto de partida correcto.

Akzin define la nación como un "grupo étnico", entendiéndolo por ello que el grupo en cuestión posee determinadas características, "cualesquiera que estas sean", por las cuales se diferencia de otros grupos y es considerado un "pueblo aparte"(231). Étnico no es aquí igual a racial; no al menos exclusivamente, sino sinónimo de "pueblo", "nación" o hasta "país". El empleo del término étnico se debe, según Akzin, a que está menos cargado de connotaciones políticas que el de nación.

Aunque las características constitutivas de la etnicidad del grupo varíen de tiempo en tiempo, de caso en caso y de una escuela de pensamiento a otra suelen mencionarse con más frecuencia, agrega Akzin, la lengua, la tradición de mores y la cultura comunes. Y en menor grado la ascendencia y la religión comunes. Para él el grupo étnico adquiere realmente el carácter de nación cuando reviste importancia política.

Por su parte, Nicos Poulantzas, aunque no entra a discutir cuáles son los elementos constitutivos de la nación, señala que la "nación moderna" "es el resultado de una relación de fuerzas entre las clases sociales modernas"(232), y en cuya formación entran el territorio, la historia y la lengua, elementos estos que estudia - por separado, pero siempre desde el punto de vista de la "nación moderna" en su relación con el Estado capitalista; es decir, según la manera específica en que esos factores se articulan en el Estado nacional.

Poulantzas hace bien en señalar que la nación es anterior a la aparición del capitalismo y del Estado-nación, que en la constitución de este jugó un papel relevante la economía capitalista y - que la nación moderna no es un mere resultado de ella como suelen considerar los estudios marxistas ortodoxos.

La validez general del libro de Anthony D. Smith, Las teorías del nacionalismo(233) estriba, a mi juicio, en que parte de la distinción entre nación, Estado-nación, nacionalismo e incluso el autor introduce un nuevo concepto: nación-Estado. Estos términos son para él tanto analítica como empíricamente diferenciables y su estudio de tales fenómenos está realizado en arreglo a esta premisa.

Smith, partiendo de la observación de los elementos comunes del ideal nacionalista de la nación, es decir, de las imágenes que de ella se hacen los nacionalistas propone una definición de la misma como sigue:

La nación es un grupo grande, verticalmente integrado y territorialmente móvil que ostenta derechos de ciudadanía comunes y un sentimiento colectivo junto con una(o más) característica(s) que diferencian a sus miembros de los de grupos semejantes con los que mantienen relaciones de alianza o conflicto(234).

Pero esta definición, si bien es concisa, le parece al propio autor insuficiente y por ello se prepara con esta otra:

La nación es un grupo considerable de seres humanos, que posee una integración vertical de la población en torno a un sistema común de trabajo, un territorio más que local con una movilidad horizontal dentro del mismo, pertenencia directa al grupo con iguales derechos de ciudadanía, al menos un signo de relativa disimilitud reconocida por el cual sus miembros pueden distinguirse de los de otro grupo semejante y relaciones de alianza, competencia o conflicto con otros grupos semejantes, así como un elevado nivel de sentimiento de grupo(235).

Ahora bien, para Smith el paso de la nación al Estado-nación, que él entiende como "una 'nación' con soberanía territorial de facto(236), se da a través del "Estado científico", cuya consecución es el objetivo fundamental del nacionalismo de las naciones. El Estado científico es un tipo ideal de Estado que se caracteriza por el impulso a "homogeneizar a la población situada dentro de sus confines con fines administrativos, utilizando las técnicas y los métodos más avanzados en aras de la 'eficiencia'"(237). El Estado interviene para dar a la población un nivel de vida más elevado, educación, unidad, sentimiento de orgullo y bienestar propios y para administrar racional y calculadamente la cosa pública. Este es por lo menos el supuesto justificador de sus acciones. El resultado es la formación del Estado nacional.

++

Sostengo la idea de que la nación debe ser definida en todo caso por factores histórico-culturales y que de este modo puede llegarse a una definición "universal" de la misma que facilite la comunicación entre los estudiosos del fenómeno. Si la diversidad de factores étnicos, geográficos, lingüísticos, etc., han influido en mayor o menor medida en la conformación de las naciones ello debe ser revelado por la investigación concreta a partir del tipo de definición antes propuesta.

Definir a la nación en los términos que considero que debe hacer

se -el único realmente capaz de dar cuenta de la multivocidad empírica de la misma- no significa caer en posiciones "metafísicas" como sostendrían algunos autores marxistas. Sostener algo semejante significa pasar por alto el hecho de que Marx, por ejemplo, -consideraba sus premisas materialista-históricas como abstracciones tan generales como lo sería una tal definición de la nación, pero que "la observación empírica tiene que poner necesariamente de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de falsificación", la manera concreta de su articulación. De igual modo, la definición "universal" de la nación deberá ser especificada en cada caso concreto. Pero esto sólo podrá hacerse -partiendo de la comprensión de lo que hay de esencial en ella. De lo contrario ningún análisis concreto podrá ser realmente fructífero. Así, por ejemplo, Poulantzas nos dice que va a estudiar la nación "moderna" que es, sostiene, diferente de la nación pre-moderna. Pero esto supone saber qué es la nación, digámoslo así -por analogía, "antigua", de la cual se diferencia la nación moderna. Sin embargo, no nos dice nada acerca de ella. Así, este tipo de "contribuciones" dan por entendido cosas que en realidad son -las que deberían esclarecer(238).

Como Weber señalaba, la realidad social se nos presenta "caótica" y ante esto no queda más remedio que elaborar tipologías ideales de los fenómenos a estudiar, si es que se pretende saber algo de ellos. Claro que aquí entra en juego el problema de las perspectivas teóricas. El marxista no acepta en modo alguno la definición típico-ideal porque para él lo histórico-social no es caótico sino está más bien regido por "leyes", y porque su definición debe llevar el sello de sus matrices fundamentales: la formación económico-social, la lucha de clases y la relación dialéctica de ambos. Sin la impronta de estos factores ninguna definición puede ser ni

M-0037545

ra él científica. Pero desde un ángulo no marxista, o al menos - de un marxismo no dogmático o vulgar, donde el concepto de ciencia no sea tan totalitario, se puede uno despreocupar de la búsqueda de forzosas implicaciones políticas de los conceptos y aceptar - con toda confianza la analítica típico-ideal en lo que concierne al estudio de la nación. Es la idea que yo sustentó.

La problemática teórica de la nación parece pues moverse entre - dos flancos: O se la define en términos universales y se aceptan los casos concretos con todas las implicaciones teóricas y reservas que ello entraña; o, por el contrario, se acude a los datos - empíricos y se los estudia con independencia de cualquier definición, aceptando que la casuística que esto último supone seguirá dejando en el aire la cuestión conceptual.

Si digo que la nación es un grupo humano con un origen histórico y una cultura propios que constituyen el fundamento objetivo del - impulso de sus miembros a mantenerse como grupo diferenciado y a profesarle su lealtad, resultará esta idea francamente insoportable para aquellos que, por ejemplo, acostumbrados a identificar - la nación con el Estado-nación, vean atribuir el carácter de nación a grupos humanos culturalmente diferenciados que conocemos - como comunidades étnicas marginales. Sin embargo, lo son.

Carlton Hayes(239) sostiene que lo fundamental en la definición de la nación es el lenguaje y los factores histórico-culturales, entre los que él destaca el pasado religioso, territorial, político, guerrero, económico y cultural de un pueblo. Estos factores son variables en cada caso concreto. En esta idea estoy de acuerdo, es decir, que lo histórico-cultural es el elemento clave de - la nación. Pero en lo que hace al lenguaje habría que adoptar - cierta reserva, pues aunque es cierto que si un lenguaje común -

facilita la convivencia organizada de grupos humanos diversos y su identificación con una misma entidad a la cual profesar su lealtad, la lengua no es un elemento inexcusable en todos los casos de determinación de la nacionalidad. Esta cuestión ya ha sido discutida ampliamente en la literatura al respecto, por lo que no cabe detenerse aquí en detalles. Sólo quiero destacar, finalmente, que ya que he hablado de "nacionalidad" es preciso tener en cuenta - que aún cuando suele emplearse este término en el sentido de pertenencia a un Estado-nación, así al menos lo implica el sentido - jurídico del término, en rigor la nacionalidad se define como el estatuto de pertenencia a la nación.

1.2. Estado-nación

¿Es la nación la que determina históricamente la formación del Estado nacional o, por el contrario, este a la nación?

La existencia de la nación es anterior a la constitución del Estado-nación, el cual no aparece en el escenario histórico sino en una fecha relativamente reciente. El Estado nacional ha surgido - de la unificación territorial de "la" nación. De hecho, en ningún caso históricamente significativo de formación de un Estado nacional las fronteras de este coincidieron con una única nación: siempre, en el momento de su constitución, estuvieron presente varias naciones. En algunos casos una nación ha llegado a predominar o a asimilar a las demás. En otros casos las diferencias nacionales - se han mantenido firmes. Nos encontramos así frente a un Estado - multinacional. En aquel caso nación y Estado confunden sus límites y da la impresión de que la nación es la suma total de la población del Estado. Las naciones que conviven en un mismo Estado

nacional pueden llegar a constituir un problema político de varia importancia para este al reclamar cierta consideración especial para sí. O pueden no tener mayor significación en virtud de su creciente aceptación de la cultura nacional dominante en dicho Estado.

He dicho en la página 87 de este trabajo que el Estado nacional es la forma histórica actual de la nación, pero en rigor esta opinión es incorrecta. Al ser anterior la nación al Estado moderno parece lógico pensar que la formación del Estado-nación no es sino un resultado de la gestión política de la nación para constituirse en Estado. Pero la verdad es que la constitución del Estado nacional ha sido siempre un proceso "desde arriba"; las naciones a lo sumo se han limitado a forzar al Estado ya existente a reconocerles su autonomía política; no crean su propio Estado, primero, y le dan carácter de Estado-nación, después. Consiguientemente, el Estado nacional es la forma histórica moderna del Estado. Esto no significa que el Estado crea a la nación; ésta, como he señalado, ha existido desde mucho antes de la constitución del Estado nacional. Pero el proceso de unificación político-territorial de las naciones que dió origen a este fue y sigue siendo obra del Estado. Si se llega a él como resultado de un movimiento nacionalista, por el contrario, si son determinadas élites políticas (cuyos miembros pueden pertenecer a una nación dominante) las que "desde arriba" dan lugar a ese proceso es cosa que no altera en nada el papel decisivo del Estado en el sentido de la formación del Estado nacional, ya que la delimitación territorial, política y jurídica que ello implica es obra del Estado.

Naciones y Estados han existido siempre. Pero esa peculiar conjunción de ambos que ha dado lugar al Estado nacional es un producto de la historia moderna y tiene mucho que ver, por supuesto,

con el desarrollo de la economía burguesa.

El proceso de formación del Estado nacional moderno comienza cuando el poder político-militar disperso en los feudos es paulatinamente centralizado en manos del soberano, a quien fueron quedando desde entonces subordinados los antiguos poderes autónomos de los señores feudales. Esto dio lugar a la aparición del ejército y la burocracia permanentes. Max Weber estudió este proceso como una analogía con el proceso de concentración del poder económico en manos de la burguesía que resultó de la expropiación de los productores directos de sus medios de producción (la llamada "acumulación originaria" de Marx). El Estado absolutista aparece en este momento.

Si cabe hablar de una relación causal creo que es más correcto hablar de que la formación del Estado nacional, que tiene su origen en el Estado absolutista, respondió más bien a la centralización del poder político-militar que a la constitución de un mercado interior unificado(240), lo que es más evidente en el momento de su consolidación tras las revoluciones burguesas. Las tesis de Poulantzas que sostienen que el Estado absolutista no es sino un Estado capitalista de transición, cuyas funciones son las de crear condiciones adecuadas al desarrollo del capitalismo(241) son erróneas, según Perry Anderson(242), pues si bien la formación del Estado absolutista corre paralela a la acumulación originaria del capital ambos procesos tienen su lógica propia y no son reducibles el uno al otro. Quienes como Poulantzas ven en el Estado absolutista un Estado de suyo capitalista, basan su errónea afirmación en que, prosigue Anderson, aquel introdujo algunos elementos en apariencia capitalistas (la burocracia y el ejército permanentes, un sistema impositivo nacional, un derecho codificado y los esbozos de un mercado unificado). Pero más que de un Estado -

al servicio del capital o dominado por los intereses de la burguesía, el absolutismo constituye "un aparato reorganizado y potenciado de dominación feudal"(243).

Discutir acerca del carácter de clase del Estado absolutista resulta para mis propósitos una tarea marginal en la que no entraré, pues no afecta en nada la idea que vengo exponiendo: Que, cualesquiera que sea dicho carácter, lo invariable es que la formación del Estado nacional está presidida por la formación del Estado absolutista. En esto concuerdan los autores aquí confrontados, pero, dada la magnitud de su importancia para la teoría política, vale la pena mencionar dicha divergencia.

Conviene, pues, que nación y Estado-nación son cosas distintas, que el capitalismo desempeñó un papel relevante en la formación de este y que el Estado nacional constituye la forma preponderante del Estado en la actualidad quiero, para terminar, citar a Poulantzas para advertir la forma correcta en que este plantea la relación entre el Estado capitalista y la nación:

Incluso si la nación no coincide exactamente con el Estado, el Estado capitalista presenta la particularidad de ser un Estado nacional: la modalidad nacional se hace pertinente por primera vez en cuanto a la materialidad del Estado. Este Estado presenta la tendencialidad histórica a abarcar una misma y única nación en el sentido moderno del término, y obra activamente por el establecimiento de la unidad nacional: las naciones modernas presentan a su vez la tendencialidad histórica a formar sus propios Estados. Los lugares y nudos de reproducción ampliada de las relaciones sociales, las formaciones sociales, tienden a coincidir con los límites del Estado-nación convirtiéndose en formaciones sociales nacionales. El desarrollo desigual, característico del capitalismo desde sus orígenes, tiende a tener como puntos de anclaje los Estados nacionales, de los que constituye, precisamente, el nexo... La nación moderna tiende a coincidir con el Estado en el sentido de que el Estado incorpora a la nación y la nación toma cuerpo en los aspectos del Estado: se convierte en el anclaje del

poder estatal en la sociedad; perfila sus contornos. El Estado capitalista funciona gracias a la nación(244).

El Estado capitalista homogeneiza y unifica al "pueblo-nación" -- al crear las fronteras nacionales y el territorio nacional. De este modo el Estado se conforma como Estado territorial y tiende a abarcar una única nación.

1.3. Nacionalismo

¿Cuál es el factor clave del nacionalismo: el sentimiento de pertenencia y lealtad a la nación o la afirmación de la independencia de esta?

La existencia de la nación es anterior a la conciencia que de constituir un grupo tal y luchar por perpetuarlo tienen sus miembros, es decir, el nacionalismo. El nacionalismo, en cuanto fuerza política masiva, no surge sino a partir del siglo XIX, lo que no significa que antes de esta época no se hayan registrado erupciones nacionalistas con determinadas características.

Las razones fundamentales de la relativa novedad de la conciencia nacionalista son, en opinión de Akzin, la estrecha visión de los miembros del grupo en cuestión(dada su prácticamente nula movilidad) en tiempos pasados, la cual no se remontaba más allá de los límites del mismo(245). Esto impedía que otros individuos o grupos étnicos similares fuesen concebidos como miembros de una -- misma nación. Por otro lado, a que las lealtades de los individuos tenían una base antes religiosa o dinástica que nacional(246)

Los tratadistas de la cuestión del nacionalismo como son Hayes y Kohn(247) concuerdan en afirmar que el nacionalismo es una fuerza de origen moderno. Y claro, en el sentido de lealtad al Estado na

cional como ellos lo entienden no podría tener una raíz muy lejana en el tiempo. Cabe hacer aquí una aclaración. Como Akin ha señalado, no todos los movimientos nacionalistas buscan la constitución de un Estado independiente ni profesan su lealtad al Estado-nación sino más bien a la nación. Pues es bien sabido que naciones distintas que conviven bajo una misma envoltura estatal pueden aceptar de buen grado esta pero, en cambio, exigir determinados derechos políticos, etc., frente a otras naciones, pero sin que ello represente una alternativa al Estado nacional (más bien multinacional) en cuestión. Lo que pasa es que la forma más habitual del nacionalismo, los movimientos nacionalistas que nos son más conocidos, no son los que constituyen un reto al Estado sino más bien son encauzados por este. De ahí la tendencia a identificar el nacionalismo con el Estado antes que con la nación. Sólo teniendo en cuenta esta reserva puede identificarse el nacionalismo con el Estado nacional.

El nacionalismo es un sentimiento de pertenencia y lealtad de parte de los individuos, los grupos o las clases sociales a la nación, actualmente de hecho al Estado-nación (248). Este sentimiento puede convertirse en una fuerza social tendiente a formar o a mantener un Estado nacional independiente. En ambos sentidos el nacionalismo es tanto un resultado como un factor determinante de la historia moderna. El nacionalismo de la burguesía en ascenso y el nacionalismo de los pueblos coloniales son expresiones distintas del mismo fenómeno: aunque el nacionalismo puede estar condicionado por la estructura de clases en cada Estado nacional no se reduce a una mera expresión de los intereses de una u otra clase.

El nacionalismo puede manifestarse bajo formas políticas, ideológicas, culturales, económicas, militares, etc.; es la forma "sub-

jetiva" en que se manifiesta la realidad de la nación. Evidentemente, los impulsos subjetivos se traducen en hechos concretos: nacionalizaciones, xenofobia, agresiones imperialistas, movilizaciones masivas, etc.(249). Es el sentimiento de apego a la nación, a sus símbolos, a sus representantes, a sus instituciones. Cualquier diccionario lo define en términos de pertenencia al grupo que manifiestan los miembros del mismo en virtud de su pasado común y de sus expectativas futuras e implica la acentuación de características comunes que impulsan al grupo en cuestión a proclamar su independencia frente a otros grupos. El nacionalismo no es un movimiento de por sí identificable con el ascenso de la burguesía o con los intereses actuales de esta clase, sino más bien un sentimiento compartido por distintas clases de una comunidad nacional. De ahí que reducir el nacionalismo a una simple emanación burguesa sea contrario a los hechos históricos. Que esta clase ha ya podido explotar en su provecho tal sentimiento es cosa que no debe conducir al mencionado equívoco, ya que, como hemos visto en el caso de los campesinos slavos condenados severamente por Marx y Engels por sus tentativas autonomistas, el nacionalismo puede ser una reacción defensiva de un pueblo todo ante una agresión por parte de un poder extraño. El nacionalismo es "indiferente" a las clases, aunque una u otra de ellas pueda emplearlo en su provecho. Esto está claramente desarrollado en el mencionado libro de Smith, para el que el nacionalismo es ante todo una doctrina política que expresa la intención del grupo nacional de darse un gobierno propio y mantener su independencia(250).

Aunque los movimientos nacionalistas tengan cometidos distintos siempre es su dimensión política la que destaca, pues, bien sea que los nacionalistas luchen contra la discriminación de la que -

son objeto o bien que se resisten a ser asimilados por una nación dominante que es auxiliada por el Estado(251), el recurso a la lucha política es el medio más efectivo a su alcance para lograr sus propósitos.

2. La cuestión nacional

2.1. Planteamiento

Llegado este momento, tras todo lo antes expuesto, surge la necesidad de definir qué es lo que yo entiendo por "cuestión nacional". Digamos primero que ni los fundadores del marxismo ni los marxistas posteriores(hasta donde sé) han dado una definición del tema. Se ha empleado esa expresión con tal confianza que parece evidente por sí misma. Sin embargo, basta con observar qué tan distintas han sido las actitudes que los teóricos y dirigentes políticos socialistas han adoptado frente a la cuestión nacional para advertir que no todos ellos entienden lo mismo con esa expresión. Empero, ello es un reflejo de la naturaleza misma del problema, como lo hace ver Georges Haupt:

¿Cómo dominar esa realidad móvil y diversificada que incluye el término global y general de cuestión nacional, realidad a la que los socialistas se ven confrontados tanto al interior como al exterior del movimiento obrero?(252).

Sin embargo, esta problemática no constituye a mi juicio un problema insalvable. Podemos observar que tanto para Marx y Engels como para sus continuadores la discusión sobre la cuestión nacional está relacionada estrechamente con la estrategia revolucionaria del proletariado. Es a la luz de esta que han abordado la

cuestión.' Tanto para Marx y Engels como para Lenin la cuestión nacional era inseparable de, o, mejor dicho, lo mismo que el problema del internacionalismo proletario. Trataban de responder a la interrogante implícita: ¿Cómo debe organizarse el proletariado a escala internacional para que su cooperación sea eficaz en la promoción y el encauzamiento de la revolución socialista mundial? Pero hoy día una pregunta semejante resulta vana; no se trata ya de la coordinación del movimiento socialista a nivel internacional - sino de su estrategia "nacional". Por ello podemos afirmar que la cuestión nacional debe ser entendida en la actualidad como el problema que plantea a los socialistas la necesidad de elaborar una estrategia de lucha política para la consecución de sus objetivos históricos, ajustada a las condiciones específicas del Estado nacional, lo que no significa en modo alguno ignorar el contexto político internacional.' Pero la atención de las condiciones concretas a este nivel puede resultar un arma de doble filo, como bien ha señalado Therborn:

Es claro que una fina sintonización con los problemas nacionales es un requisito esencial para dirigir con eficacia una revolución socialista... (Pero)... la independencia genera también la tendencia a integrarse en las estructuras de cada país, es decir, estimula y favorece la absorción en el marco social burgués existente. La vía nacional al socialismo es larga, y puede quedarse, y a veces de hecho se ha quedado, estancada en la etapa del capitalismo reformado(253).

Este es, ciertamente, un peligro que ha acechado siempre al movimiento socialista, y de todos es conocida su patética ejemplificación de la socialdemocracia internacional. Sin embargo, es un riesgo que necesariamente deben correr los socialistas en la búsqueda del nuevo orden social que ellos desean.

2.2. La relación medios/fines

Tal manera de entender la cuestión nacional tiene sus implicaciones teóricas o, mejor dicho, presupone la solución de ciertos problemas teóricos. El problema de la teoría de la nación no es lo mismo que la "cuestión nacional", aunque para los socialistas está implicada en este concepto más amplio. La teoría de la nación se plantea como problema tanto al marxismo como a otras perspectivas teóricas; la cuestión nacional, así como está entendida en este escrito, sólo se plantea a los socialistas.

Ahora bien, un primer problema de los implicados en la solución de la cuestión nacional es el de la necesaria reconsideración crítica de la relación medios/fines de la lucha socialista, que aquí trataré; y otro problema es el de la "vía" al socialismo, que será tratado en el párrafo siguiente.

No obstante todo el artilugio dialéctico de la teoría marxista, y no obstante también las constantes recomposiciones y lecturas nuevas de la obra de los fundadores del marxismo, lo cierto es que el movimiento comunista internacional ha operado desde hace muchas décadas con una concepción errónea del paso del capitalismo al socialismo. El derrumbe de aquel por la acción de sus propias leyes parecía no sólo históricamente inevitable sino también inminente. El socialismo, como finalidad histórica, le fue incuestionable. La sociedad burguesa, se dice desde tiempos de Marx y Engels, ha sentado las bases materiales para su realización. Sólo restaba esperar el quiebre final (por la razón que fuere) del sistema burgués para dar curso a la nueva sociedad. Tal es, en términos simplificados y burdos, la idea subyacente en las declaraciones políticas tradicionales de los comunistas. Sin embargo, aunque los medios materiales para la realización del socialismo ha-

yan sido creados por la sociedad burguesa, ello no significa sin más que el socialismo se torne inevitable.' Esto es algo que, por no comprenderlo, los comunistas han tenido que enfrentar en los hechos de una manera dramática y paralizante. El socialismo está condicionado por factores materiales, culturales e institucionales pero no determinado automáticamente.'

Asimilar el socialismo a uno de los procedimientos que permir tirían eventualmente establecerlo --señala Duverger--, equivale a introducirse en una confusión de medios y fines, y en una cosificación de los valores, que los reduce a todos a servir de legitimación a empresas que le son contrarias(254).

Estas últimas son, por ejemplo, los países del llamado "socialismo real", cuya naturaleza "socialista" es ampliamente discutida -- en la actualidad(255).

Los más serios críticos del discurso teórico marxista han puesto de relieve la obsolescencia o la incorrección de determinadas zonas o premisas de este. El teleologismo de la concepción de la historia de Marx implica la idea del necesario y por tanto inevitable advenimiento del comunismo. (Para Hegel lo racional era real y lo real necesario; para Marx lo necesario es inevitable). La marcha de la Historia, según el marxismo, conduce tarde o temprano al comunismo. Pero es un hecho que en ningún momento ni en ninguna parte la historia contemporánea ha conducido a una sociedad tal. Esto tiene que repercutir necesariamente en semejante concepción, en la que se ha basado el movimiento comunista internacional. Se vuelve así plausible la idea de que la sociedad comunista, más que inevitable, es una empresa histórica abierta, esto es, posible pero no ineludible.

Catastrofista o no, toda concepción del desarrollo histórico del capitalismo que considere que este conduce inevitablemente al so-

cialismo será una doctrina ideológica eficaz para consolar a las masas o algo semejante, pero no una teoría científica. Y tales concepciones tienen por lo regular su origen en Marx, aunque lo que diferencia a este de sus continuadores es la flexibilidad "dialéctica" de su razonamiento que le haría aceptar con facilidad la idea de lo prolongado y complejo que podría ser el tránsito a la nueva sociedad. Esto en sus momentos más serenos. Sin embargo, cuando el entusiasmo revolucionario lo inundaba sus opiniones al respecto adquirían un tono evolucionista-mecanicista que de plano resultan sorprendentes en boca de un dialéctico. Pero es precisamente su concepción dialéctica de la historia la que inevitablemente debió conducirlo a sostener la inevitabilidad histórica del socialismo. En efecto, resulta que el socialismo es la síntesis, la superación (Aufhebung), la finalidad resolutoria de las contradicciones antagónicas del capitalismo. La dialéctica, como bien señala Coletti, implica finalismo (256); la concepción dialéctica de la historia implica al socialismo como finalidad. (Socialismo y comunismo, socialistas y comunistas: ambas expresiones son para mí indistintas). Pero resulta que, como dice Bell, "la historia no es dialéctica" (257). Yo estoy cada día más convencido de esto. No niego de manera categórica que el socialismo sea imposible. Sería contradecir mi opinión de que el futuro es incierto y que, por tanto, entraña posibilidades varias entre las que figura el socialismo. Pero sólo si se tiene una fe ciega en que tarde o temprano triunfará el socialismo puede considerarse este como la única alternativa posible al capitalismo y, consiguientemente, rechazar cualquier otra como simple "desviación" del curso inevitable de la historia. Pero entonces estaremos en el campo de la religión y no en el de la reflexión "científica", y deja así de tener sentido la discusión sobre los medios y los fines.

Aunque los medios para la edificación del socialismo no son meramente materiales (económicos) sino también políticos y culturales, dejemos de lado esta unilateral concepción y detengámonos un momento en lo que hace al fin: la sociedad socialista. Pero, ¿cuál es realmente el socialismo que se quiere? Ciertamente, Marx no elaboró un plan detallado de los que sería la nueva sociedad. Nada más contrario a sus propósitos y principios. Sin embargo, si hizo referencia en sus obras a los que constituyen prerequisites materiales inexcusables de esta nueva sociedad. Y todos ellos están articulados en torno de la idea del cese de la valorización de los medios de producción, es decir, de la explotación del hombre por el hombre, lo que no equivale desde ya a la supresión de la desigual retribución del trabajo. Estas premisas Marx a cada paso las reitera en su obra. Y no se trata de un "programa teórico" que deba ser llevado a la práctica al pie de la letra y que, como según las condiciones concretas esto sea imposible o en extremo difícil, haya que echarle en cara a Marx el no haber tomado en cuenta esta eventualidad. Nada más estúpido. Quienes argumentan de este modo justifican conciente o inconcientemente el "socialismo real", bajo el supuesto implícito de que allí las desviaciones o errores con respecto al "socialismo teórico" de El Capital, etc., son una expresión concreta de la dificultad de llevar la teoría a la práctica, pero sin que por ello se niegue el carácter básicamente socialista de aquel socialismo (258). Así, por ejemplo, se dice que no obstante la existencia de producción mercantil y dinero como forma de retribución del trabajo, tales países son socialistas. Claro que, sigue la apología, la abolición de la producción mercantil no se da de la noche a la mañana, y mucho menos teniendo al lado de estos países una economía capitalista altamente desarrollada. Pero, ¿qué no es esta entonces una declaración expre

sa en contra de ese 'socialismo'? ¿Qué no cabe preguntarse asimismo si es posible en ese contexto mundial el establecimiento del socialismo? Si se obstina en sostener que tal socialismo lo es efectivamente, aunque en una fase de transición hacia un socialismo "verdadero", entonces francamente no se vislumbra cuando pueda terminar ese periodo de transición.

He hecho referencia a la supresión de la economía mercantil como uno de los prerequisites materiales de la nueva sociedad, según Marx. Pero entre estos él menciona también un elevado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y una efectiva apropiación colectiva de estas por parte de la clase obrera, es decir, "una asociación de hombres libres que trabajen con medios colectivos de producción" (259). Esta premisa no existe, pese a la limitada (por el Partido) práctica autogestionaria llevada a efecto en algunos países del "socialismo real". Y es en este punto donde se presentan las mayores dificultades a este socialismo. No es casual que Bahro plantee la alternativa de una "revolución político-social" que remueva las estructuras de poder, y facilite el desarrollo de una cultura acorde con los propósitos de una sociedad realmente humana.

Cada vez está más claro que el "socialismo real" no constituye una alternativa histórica aceptable como modelo de organización social, lo que equivale a decir que el socialismo de las expectativas de Marx no existe en ninguna parte del planeta. De ahí que, bajo el supuesto de que se tiene claro cuales son los rasgos fundamentales del tipo de sociedad a la que aspiran, los comunistas han de evaluar los medios de que disponen para la consecución de tal fin. Estos medios son ante todo políticos y han de estar englobados en una estrategia determinada que no puede ser del tipo bolchevique, en virtud de las pruebas históricas existentes en contra

de su eficacia y adecuación para el logro del objetivo comunista, tanto en países de capitalismo desarrollado como en los de capitalismo en desarrollo.

2.3. La "tercera vía"

Como bien señala Geoff Hodgson(260), existen desde tiempos de Marx dos concepciones estratégicas en el movimiento socialista para alcanzar sus objetivos históricos: la vía insurreccional y la vía parlamentaria.¹ Este dilema, que en el pensamiento de Marx no revisió una forma acusada, fue llevado al extremo de la intolerancia por Rosa Luxemburgo(261), quien a propósito de su polémica con el "revisionista" Eduard Bernstein llegó a considerarlo el "ser o no ser" de la socialdemocracia alemana(y por extensión del socialismo en general). Pero donde tal dilema llegó al colmo fue en la contraposición leninista entre "democracia burguesa" y "democracia proletaria". Bajo tal dilema ni pensar en una "tercera vía"(262) en respuesta a las específicas condiciones de las sociedades capitalistas avanzadas. La necesidad de superarlo en aras de la eficacia política es un asunto que ya no ponen en duda todos aquellos socialistas que se pronuncian en favor de una "tercera vía" de acceso al socialismo.

Cuales son las formas concretas de esta tercera ruta es cosa sobre la que no existe consenso y que, por supuesto, no puedo ser yo el que lo diga; lo que aquí sostenga tendrá, pues, un carácter abstracto y general. Pero si toco este punto es porque estoy convencido de que, así como la tercera ruta al socialismo constituye una implicación lógica de la superación de aquel dilema, es al mismo tiempo la piedra angular del planteamiento actual de la cuestión nacional.

Pero esto tiene sus implicaciones aledañas que es preciso discutir: El problema del partido único y del pluralismo político; el problema de las formas institucionales de la democracia directa y, finalmente, el problema de la necesaria teorización de las instituciones que se pretende transformar. Sobre esto, y en el orden mencionado, haré en lo sucesivo algunos comentarios críticos.

Partido único y pluralismo político. Actualmente se habla en determinados círculos marxistas de la existencia de una pluralidad de formas organizativas mediante cuya coordinación es posible que los movimientos anticapitalistas de la sociedad burguesa eventualmente consigan el objetivo socialista. Sólo partiendo de esta premisa se puede, efectivamente, plantear de manera adecuada una estrategia comunista en la actualidad. El dilema reforma o revolución se vuelve cada vez menos patético en un número creciente de países capitalistas; el concepto marxista de revolución necesita ser revisado; sí, revisado. La idea de la revolución hecha por el proletariado, única clase auténticamente revolucionaria comunista, la idea de la conquista del poder estatal y la simultánea erección de un nuevo Estado, "proletario", sobre las ruinas del anterior Estado, "burgués", necesitan ser reconsideradas, pues fueron formuladas sobre la base de una concepción de la estructura de clases y de la naturaleza del Estado que ya no corresponden al carácter de estos en la actualidad.

Siguiendo el razonamiento de Habermas tenemos que la publicidad burguesa, en sus transformaciones estructurales, entraña la pluralidad política. La publicidad burguesa se constituyó como un ámbito social encargado de velar por los intereses económicos de los propietarios privados y de mediar su posición frente al Estado. La separación del Estado con respecto a la sociedad era en los orígenes de la sociedad burguesa moderna muy pronunciada. Las masas es-

taban excluidas de toda participación en dicha publicidad. Su irrupción en la esfera política operó una seria transformación en estas: sus reivindicaciones y sus luchas debieron ser tomadas en consideración. De este modo la función mediadora de la publicidad burguesa se hizo extensiva a capas cada vez más amplias de la sociedad burguesa. Marx pensó que con ello los principios jurídicos y políticos de dicha publicidad serían llevados a sus últimas consecuencias por las masas obreras y que con ello las propias armas de la democracia burguesa se volverían en su contra. ¡No se encerró en el tajante dilema leniniano democracia burguesa-democracia proletaria, sino más bien pensó que aquella sería subvertida mediante su más plena realización! Sin embargo, señala Habermas, la irrupción de las masas no hizo sino provocar un creciente "ensamblamiento de Estado y sociedad que acabó arruinando la vieja base de la publicidad, sin llegar a dotarla de una nueva"(263). Esta transformación de la publicidad burguesa es la consecuencia de la formación de un público consumidor de cultura debido a la penetración de las leyes del mercado en la esfera íntima, y por la creciente manifestación de la naturaleza antagónica de la sociedad, lo que compele a los individuos a organizarse en partidos, asociaciones, grupos, etc., para los fines de la representación y defensa de sus intereses. De este modo "las personas privadas políticamente racionales" son sustituidas por la publicidad institucionalizada. Con la tendencia al ensamblamiento entre Estado y sociedad la publicidad deja de pertenecer al ámbito privado, aunque tampoco pertenece a la esfera estatal; se sitúa entre ambos(264). Bajo estas condiciones la propia estructura de la sociedad hace brotar por doquier organizaciones políticas de los grupos y clases sociales, lo que puede eventualmente traducirse en una lucha anticapitalista comunista, conformándose de este modo lo que Claudín llama un "bloque

sociopolítico organizado", producto de la conjunción, bajo un programa y una estrategia comunes, de la pluralidad de formas organizativas de lucha de la gran mayoría consciente de la población(265). El pluralismo político e ideológico es, pues, inherente a la sociedad burguesa y, particularmente, a la sociedad burguesa desarrollada, por lo que sostener la tesis de la necesidad del partido único no es sólo sostener un mito, como dice Claudín, sino ante todo una posición reaccionaria, por más que las intenciones sean progresistas.

Democracia directa y democracia representativa. Seré muy breve en este punto. Sólo quiero decir que desde que Lenin ensalzó a los sóviets como "la" forma proletaria por excelencia de la democracia directa, desde que sostuvo que los sóviets constituyen tanto la alternativa como la antítesis del Estado burgués; desde entonces, ha sido habitual en los círculos marxistas discutir el problema de la democracia desde el mismo ángulo, esto es, rechazando de manera sistemática las instituciones de la democracia representativa "burguesa", sin un análisis serio de su naturaleza y de sus posibilidades funcionales para la democracia "socialista". Volvamos a Marx. La democracia en la que este se fijó es la democracia fabril, es decir, aquella ligada a los intereses económicos directos de la clase obrera(266). Él creía que la democracia en el terreno de la producción -los productores libremente asociados- era sinónimo de democracia en sentido amplio, por no decir, en general. Tal sentido resulta estrecho ante otras dimensiones de la democracia. La democracia fabril sirvió de modelo a los consejos obreros en cuanto ejemplos de democracia directa, practicable en realidad en grupos reducidos. Los consejos obreros y los sóviets pretendieron ser la alternativa socialista a la democracia representativa burguesa, pe

ro su practicabilidad restringida a grupos relativamente reducidos ha puesto de relieve sus limitaciones tratándose de otras dimensiones de la práctica democrática, como en lo relativo a la elección de gobiernos nacionales, etc. En otros términos: fueron creados para los efectos de la democracia directa de las masas en esferas reducidas de la producción, más bien, de la fábrica; del barrio, etc., pero no para resolver la cuestión de la democracia en la elección de "representantes" en escala más amplia.

Con estas observaciones no he querido señalar que la temática consiliar sea obsoleta, ya que como problema teórico su planteamiento no queda refutado por esta o aquella experiencia fracasada. Sólo he querido hacer ver que la estructura compleja de la sociedad capitalista desarrollada presenta nuevas dimensiones y problemas a esta temática, y que sólo el estudio profundo de la misma puede decir algo de utilidad respecto de su eficacia o ineficacia para los fines de la práctica democrática socialista. La discusión abierta en este aspecto está, pero ya no se plantea en términos de alterna o antítesis, sino más bien de "articulación". Poulantzas lo dice de este modo:

Cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa con las libertades (que fueron también una conquista de las masas populares) con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático (267).

Teoría de las instituciones. Émile Durkheim consideraba como una de las más grandes fallas del socialismo marxista su aspiración a refundir el orden social capitalista sin haber estudiado a fondo, "para entender lo que pueden y deben devenir", las instituciones

que pretende transformar; y se sorprendía de "la enorme desproporción que hay entre los raros y magros datos que toma de la ciencia y las conclusiones prácticas que saca y que son, sin embargo, el corazón del sistema"(268). Esto lo escribía a fines del siglo pasado, y no puede afirmarse con toda seguridad que tales instituciones estén hoy día satisfactoriamente estudiadas por los marxistas. La especulación futurista producto de una fe inquebrantable en el triunfo del socialismo sustituyó en muchos casos el estudio serio. Así, por ejemplo, August Bebel en su libro sobre La mujer se va grande especulando acerca del uso socialista futuro del excremento humano, y cosas por el estilo(269).

La teoría de las instituciones políticas, en particular del Estado, reviste suma importancia para la práctica comunista. Detengámonos un poco en esto. Los revolucionarios comunistas se han negado a aceptar que carecen de una adecuada teorización del Estado, en virtud de las serias consecuencias políticas e ideológicas que entraña el reconocer que han estado combatiendo algo que en realidad no conocen. A la imprecisión conceptual de lo que es para los marxistas el Estado se suma el hecho de que explícitamente reconocen como tal a las más diversas formas de gobierno conocidas en la historia y que en algunos casos contradicen en realidad los supuestos básicos del marxismo de que el Estado sólo aparece en las sociedades antagónicas, y que este no es sino un instrumento de las clases dominantes para imponer su voluntad a toda la sociedad. Desde Marx la concepción del Estado ha sido en lo fundamental instrumentalista. Pero decir que el Estado es un instrumento en manos de las clases dominantes es decir muy poco acerca de la naturaleza de este, pues ello no es una definición -como se ha solido entender- sino una referencia atrabiliaria al "uso" de clase del Estado.

La distinción entre Estado y "poder público" hecha por Marx en

su juventud(Manifiesto Comunista) me parece de capital importancia para la teoría política marxista, porque puede ayudar a poner en claro malentendidos habituales respecto de la proclamada futura extinción del Estado(que no lo sería de las relaciones de dominación como tales). Lo problemático en la concepción del Estado en Marx no es, a mi juicio, la consideración del mismo en relación a las sociedades clasistas, sino en identificarlo sin más y en general con una institución o instrumento al servicio de las clases dominantes. Desde el momento en que se hace esta identificación se cancela toda posibilidad de entender al Estado en su especificidad ontológica: Bastará con estudiar a las clases dominantes, primeramente, para así "comprender" la "subordinación" del Estado a estas, en donde acaba el análisis.

La analítica marxista, partiendo de los supuestos del clasismo y de la extinción futura del Estado y las clases pretende desentrañar la naturaleza verdadera de aquel. Pero, ¿desaparecerán realmente las clases sociales y el Estado? Todo indica que en un futuro previsible esto no va a suceder, lo que no cancela la lucha comunista ni niega rotundamente cualquier otra eventualidad histórica. Ahora bien, la idea de un "poder público" que existiría en la futura sociedad es más acorde con la realidad. Digamos que no se trataría de un Estado en la acepción instrumentalista de este, - pero que conserva todas las funciones técnico-administrativas del mismo. Esto no supone la extinción total de las clases sino una - nueva estructuración de estas. Esta futura sociedad no necesariamente sería "socialista" en los términos deseados por la utopía - marxista(estoy especulando si se quiere sobre una de esas eventualidades). El mantenimiento del Estado y las clases parece factible. Pero la sociedad no podrá pasárselas sin un "poder público", tenga este o no carácter político; es decir, puede aquel ser ins-

trumento de ciertas clases o puede no serlo.

Creo que si se pretende estudiar al Estado en función de, o partiendo de la premisa de su futura extinción, se distorsiona el análisis por la introducción de este elemento ideológico o de filosofía política en el terreno de la investigación que pretende ser científica. Los marxistas vulgares han llegado a sostener que en opinión de Marx con el advenimiento del comunismo desaparecerán ya no sólo el Estado y la política sino también la autoridad pública y las relaciones en ella fundadas.

Ahora bien, aceptando que el poder público no desaparecería en el caso de un eventual establecimiento del comunismo, surge un problema que Marx no se planteó y que la incomprensión de lo político-estatal por parte de muchos marxistas ha conducido a estos planteamientos erróneos. Se trata del problema de las relaciones de dominación. Destaquemos en principio que para Marx dominación es sinónimo de poder, de opresión e incluso de hegemonía. Siendo así no hay lugar en el discurso marxista para un tratamiento específico de las relaciones de dominio, en el sentido en que Weber define este concepto: "La probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas"(270). En estos términos la dominación no es per se política, como Weber se cuida de observar. Digamos entonces que en la sociedad comunista no habrá dominación política, pero que las funciones administrativas requeridas por la necesidad de regular los procesos económicos darán lugar a toda una estructura compleja de dominación que, para ser eficaz en la consecución de sus objetivos, deberán estar organizadas racionalmente (en el sentido weberiano de adecuación de los mejores medios disponibles a los fines perseguidos). Pero esto sería entonces una organización purocrática. Y la burocracia, en el pensamiento marxista, está destinada a desapare

cer junto con el Estado. Aquí aflora uno de los problemas más difíciles a los que se ha visto enfrentada la teoría política marxista.

A mi juicio es inconcebible una desaparición total de las organizaciones de dominación. Supongamos una fábrica comunista. Para producir requiere del cumplimiento de toda una serie de funciones que van desde el manejo o vigilancia directa de la máquina hasta la planeación de la producción en su conjunto, y que deben ser cumplidas por personas distintas. Unos tendrán que mandar y otros que obedecer. Se conforma de este modo una jerarquía de funciones y, por tanto, de relaciones de dominación. Aceptemos que los jefes sean elegidos democráticamente y revocables en todo momento. Sin embargo, esto no afecta en nada a la necesidad de dicha organización, si es que la fábrica ha de ser eficiente en la consecución de sus fines. ¡Y esto es burocracia! Y la burocracia, concebida en su aspecto instrumental, sirve tanto al capitalismo como serviría eventualmente al socialismo(271). Está claro que para que este instrumento no degenera y se convierta en un arma en contra de los obreros se requiere, además de un efectivo ejercicio del poder por parte de estos, una sustancial democratización en todos los niveles de la vida social(272); en otros términos, un ejercicio democrático del poder público.

Pero el marxismo no entiende así la burocracia, sino en un sentido peyorativo; como una superestructura de una sociedad antagónica, al servicio de las clases explotadoras y destinada a desaparecer junto con estas. Al negarse a ver la trascendencia de ciertas "superestructuras" sociales con respecto a la formación económica cambiante(273) -lo cual procede de su concepción de los periodos históricos que cambian en bloque: la revolución proletaria será b-

un corte transversal del mundo burgués-, el marxismo se ha limitado a adoptar una actitud meramente negativa con respecto a las mismas. Así lo muestran prácticamente todas las alusiones de Marx a la burocracia y, en particular, las que este hace a propósito de su crítica de la filosofía hegeliana del derecho, cuyas observaciones anteceden ciertamente a algunas de las que Weber haría en los mismos términos mucho después, pero que han sido tomadas indebidamente por algunos autores como una "teoría" marxista de la burocracia contrapuesta a la de Weber, sosteniendo de contra la infundada opinión de que este sólo vió en la burocracia sus méritos teórico y no sus defectos históricos(274).

Para terminar digamos que la cuestión del estudio de las transformaciones del Estado contemporáneo es fundamental para los marxistas, lo que presupone la reconsideración crítica de las premisas economicistas del marxismo y de la imagen de las "superestructuras" con que se ha pretendido dar cuenta de la naturaleza socio histórica del Estado. La teoría del "capitalismo monopolista de Estado" reveló ser inadecuada para explicar la estructura del capitalismo contemporáneo y de las formas estatales que sobre él se han configurado. Ello es testimonio del carácter abierto de la empresa teórica que los marxistas tienen ante sí.

La teoría marxista sigue guiando a la práctica, incluso en una -
situación no revolucionaria.

HERBERT MARCUSE

Los marxistas que anuncian el advenimiento ineludible del ré-
gimen post-capitalista hacen pensar en un partido que luchara -
por provocar un eclipse de luna.

NICOLAI BUJARIN

Una polémica con socialistas y revolucionarios convencidos es -
siempre un problema embarazoso.

MAX WEBER

¿Y si Marx no hubiese sido traicionado? Marx no deseó los terri-
bles regímenes que se autodenominan marxistas. Probablemente, le
habrían horrorizado. Pero, ¿y si estos regímenes no fueran una -
excrecencia, una aberración, una desviación de su doctrina? ¿Y -
si se limitaran a expresar un aspecto de la misma, una vez descu-
bierta su lógica implícita, forzada hasta el límite? ¿Y si brota-
ran espontáneamente, como la maleza en las sementeras, nacida -
igualmente de los granos esparcidos en desorden por un vigoroso
sembrador? ¿Y si el socialismo formal que reina hoy sobre medio
mundo no obedeciese principalmente a las simplificaciones de En-
gels, al realismo de Lenin, a las impulsiones personales de Sta-
lin, de Mao y de los demás números uno, al subdesarrollo inicial
de los pueblos afectados, a las tradiciones de despotismo, a las
dificultades surgidas tras las revoluciones, a las guerras y a -
las reconstrucciones? ¿Y si resultase del pensamiento exacto de
Marx, y no de las desviaciones a que se vió sometido? ¿Y si las
contradicciones que este encierra sólo se hubieran revelado a me-
dida que era aplicado, como las de las ideologías burguesas, cu-
ya práctica Marx analizó magistralmente, más de medio siglo des-
pués de la Revolución francesa?

MAURICE DUVERGER

Balance crítico

Hasta hace unos años parecía muy sólida la tesis marxista de que el comunismo "brotaría" por necesidad histórica en los países capitalistas más avanzados. Marx estaba personalmente convencido de ello con respecto a Inglaterra. Y si bien previó el inicio de una oleada revolucionaria internacional en países atrasados como Rusia y la India, no consideró jamás la consolidación del comunismo en estos países antes que en las naciones desarrolladas, sino - tras un largo periodo en el cual aquellos se aprovecharían de los avances materiales de estas, en las que el comunismo se habría ya logrado. Esto no ha sucedido hasta el momento en ninguna parte. - La naturaleza "socialista" de los países así autodenominados se discute ampliamente en la actualidad y los países capitalistas más desarrollados parecen ser los que más lejos se hallan de una presunta revolución proletaria. Un elevado nivel de productividad como el que en ellos se ha alcanzado constituye una condición indispensable pero no suficiente para la realización del comunismo. - Existen problemas socioculturales sobre los que Marx no reflexionó detenidamente y que hoy día constituyen obstáculos para tal realización. Se trata, por ejemplo, de la influencia de la "sociedad de consumo" en la conciencia de la clase obrera que hace a esta abandonar el objetivo comunista de su lucha. Y si bien Marx advirtió el "aburguesamiento" de la clase obrera inglesa, consideró - que se trataba de un fenómeno pasajero destinado a ser superado -

por el desarrollo de los antagonismos sociales. Sin embargo, esto sugiere la idea de que existen factores "externos" o "imprevistos" que pueden intervenir en el terreno de la lucha de clases y frustrar así los propósitos históricos de esta. Cabe destacar que el contexto internacional que Marx tenía en mente era favorable a sus expectativas sobre la revolución mundial: el socialismo triunfaría en aquellos países que eran los principales centros de poder internacional, por lo que su victoria en el resto del mundo estaría asegurada al no existir fuerzas extranjeras obstaculizantes de la marcha revolucionaria de la clase obrera. Actualmente, con los bloques de poder que existen en el escenario mundial y la amenaza atómica que se cierne sobre la humanidad sostener que el socialismo triunfará inevitablemente carece de fundamento. En un plano estrictamente científico-teórico resulta insostenible esta idea, pues es un hecho que en ninguna parte ni en ningún momento la historia contemporánea está por conducir a una sociedad del tipo de la que Marx esperaba. No afirmo en términos categóricos que tal expectativa sea en lo absoluto irrealizable. Lo que sugiero, como ya he señalado en páginas anteriores, es que, si bien constituye una posibilidad histórica entre otras, no se puede seguir sosteniendo la tesis de que la marcha del desarrollo humano conducirá inevitablemente al socialismo. Los comunistas no pueden pretender que su triunfo esté asegurado porque actúen siguiendo presuntas "leyes" del desarrollo histórico, de cuyo conocimiento científico sean portadores(275). Los hechos atestiguan que la historia no conduce inevitablemente a ningún lado. Tal creencia es producto del influjo negativo de la concepción hegeliana de la historia en el pensamiento marxista.

Esa creencia insistente de Marx y sus discípulos ortodoxos en que

por necesidad histórica el comunismo suplantaré al capitalismo -- trastornó la capacidad de ambos para preveer adecuadamente el desarrollo futuro de este. Llevó a Marx en 1848 a creer erróneamente en el triunfo definitivo del proletariado, pues pensó que la burguesía ya había cumplido su misión histórica y el capitalismo llegado en consecuencia a su límite, cuando en realidad su desarrollo empezaba(276). Las crisis económicas que él tenía por el detonador de la oleada revolucionaria que echaría al suelo la sociedad capitalista decimonónica no eran en realidad sino crisis de crecimiento de esta. De igual manera, su enfoque de la cuestión nacional resultó trastornado por tal expectativa. Marx no sólo desatendió los movimientos nacionalistas campesinos porque fueran objeto de las maquinaciones de las clases dominantes --o porque el nacionalismo en general parecía contrario a los intereses del comunismo--, sino porque para él el campesinado no era más que una masa históricamente retrógrada destinada a ser absorbida por el capital, el cual realizaría así una labor altamente progresiva frente a ella. La perspectiva de la descampesinización es la que abrigaba en sus estudios económicos. De ahí que la mera existencia del campesinado constituyera para él una denuncia de la falta de desarrollo del progresivo capital(277). De hecho Marx se equivocó al señalar que la burguesía y el proletariado constituían en la Europa del siglo XIX --por no decir en los tiempos modernos-- los antagonistas decisivos de la lucha de clases, pues tanto entonces como ahora los campesinos han jugado un papel fundamental a este respecto. Claro que lo que hacía decir esto a Marx era esa perspectiva de la que he hablado. Pero, de cualquier modo, su apreciación resultó inadecuada(278). Hasta bien entrado el siglo XIX la población campesina siguió representando en muchos países europeos una porción conside-

rable de la población y su peso político fue también decisivo(279).

En el Manifiesto Comunista Marx identificó la formación del Estado nacional con el ascenso de la burguesía y el nacionalismo fue considerado por él como una expresión de los intereses de esta clase. De hecho en toda la obra de Marx existe esta tendencial identificación entre Estado-nación y burguesía; aquel resulta ser una creación de esta. Sin embargo, surgieron en Europa Estados nacionales que respondieron a otras causas, militares, etc., y el nacionalismo no en todos los casos expresó los intereses de la burguesía(280). Una interpretación dogmática de esa identificación ha llevado a - asimilar lo nacional a lo burgués y a negarle un estatuto real a la nación, cual fue el caso de Rosa Luxemburg.

Por otra parte, a Marx la "cuestión nacional" presentósele ante - todo, como ya he señalado, como el problema de elucidar el papel - de determinadas naciones en la estrategia revolucionaria del proletariado de Europa occidental; si podían o no contribuir a la causa revolucionaria de este. El carácter progresivo o reaccionario de - tales naciones estaba en función de ese interés estratégico. La - inexistencia de una teoría marxista de la nación se hizo sentir - desde un principio en el movimiento comunista internacional. Los - herederos de Marx y Engels se lanzaron a la tarea de superar esta insuficiencia, cada uno proponiendo ideas con resultados variables(281). Pero el triunfo de Stalin permitió a este consagrar su "teoría" de la nación como la última palabra al respecto(282), pa - ralizándose de este modo la reflexión teórica en el campo marxista internacional. En la actualidad se ha redescubierto en los círculos marxistas el vacío teórico que priva sobre esta cuestión. Ante es - to se plantea, a mi juicio, no una vuelta a Marx sino una salida del círculo vicioso en el que se han encerrado los marxistas, de

cualquier ralea, que pretenden encontrar en Marx teorías inexistentes. Tal labor apologética no tiene sentido en lo relativo a la teoría de la nación. Para que esta empresa rinda frutos es preciso partir de otras perspectivas; de la obra de Marx no puede esperarse mucho a este respecto, salvo elementos de retórica para que algunos eruditos escriban articulillos aburridos(283). En una palabra, la elaboración teórica del fenómeno nacional es una empresa abierta que inaugura una nueva zona a la investigación sociológica marxista. El relativo desamparo teórico que existe sobre esta cuestión tiene, pues, su origen en Marx. Su creencia explícita en que la expansión mundial del capitalismo acabaría aboliendo la nacionalidad en favor de un cierto universalismo ha resultado infundada, lo cual demuestra que, como señala Löwy, las diferencias nacionales no son "reducibles a heterogeneidades en el proceso de producción"(284). Las fronteras nacionales tampoco han sido barridas por la internacionalización de la economía capitalista. Al contrario, los Estados nacionales, base auténtica de operaciones del capital, se han fortalecido, simultáneamente a una cierta integración de los imperialismos del tipo ejemplificado por la Comisión Trilateral(285).

La creencia de Marx en que el proletariado es por su naturaleza de clase inmune al nacionalismo se ha revelado desde hace mucho sin fundamento; la clase obrera ha adoptado actitudes tan nacionalistas que alejan cada vez más las posibilidades concretas de un internacionalismo proletario del tipo presenciado y proclamado por el propio Marx(286). El internacionalismo proletario de viejo cuño es hoy día un reclamo nostálgico irrealizable. Las tentativas trotskistas de una efectiva IV Internacional no son de hecho sino una proclama cada vez menos realista de unificación del proletariado

a escala mundial para los propósitos de una deseada revolución - comunista planetaria que, a decir verdad, no se vislumbra en el - horizonte histórico.

¿Hasta dónde los "residuos" hegelianos y la propia posición comunista de Marx obstaculizaron su labor científica, y hasta donde - es legítimo explicar por ellos la llamada actual "crisis del marxismo"?

Notas

1. E.H.Carr: ¿Qué es la historia?, Edit. Seix-Barral, Barcelona, España, 1979, cap. V
2. Theodor Adorno: Consignas, Edit. Amorrortu, B.A., Argentina, 1973, p.30ss
3. Herbert Butterfield: Los orígenes de la ciencia moderna, Edit. Conacyt, México, 1980, p.301
4. Erich Kahler: ¿Qué es la historia?, Edit. F.C.E., México, 1977, pp. 148-149
5. I.L.Horowitz: Fundamentos de sociología política, Edit. F.C.E. México, 1978. p.41
6. J.M.Goulemot-M.Launay: El Siglo de las Luces, Edit. G., adarra-
ma, Madrid, España, 1969
7. G.F.W.Hegel: Lecciones de filosofía de la historia universal,
Edit. Alianza, Madrid, España, 1980, p.68
8. Idem, p.69ss
9. Idem, pp.65-66
10. Idem, p.85
11. Idem, p.100
12. Idem, p.123
13. Idem, pp.137-138
14. Hegel: Enciclopedia de las ciencias filosóficas, Edit. Juan -
Pablos, México, 1974, p.37?
15. Hegel: Lecciones..., op.cit., pp. 201-202
16. Jacques D'Hondt: De Hegel a Marx, Edit. Amorrortu, B.A., Ar-
gentina, 1974, p.215ss
17. Roman Rosdolsky: Friedrich Engels y el problema de los pue-
blos "sin historia", Edit. Siglo XXI, col. F. y P.#88, México.

1980, p.132

18. Marx-Engels: La sagrada familia, Edit. Grijalvo, México, 1967, p.159.
19. Cf. Serge Latouche: El proyecto marxista, Edit. Planeta, Madrid, España, 1975, pp.38-45
20. Lucio Coletti: La cuestión de Stalin, Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1977, p.62
21. Marx-Engels: Cartas sobre El Capital, Edit. Laia, Barcelona, España, 1974, p.150. El parangón que Marx establece aquí entre su obra y la de Darwin no sólo nos habla del carácter científico con que él pretendió haber desarrollado la idea liberal del progreso, sino también de la inevitabilidad "natural" con que este conduce a la nueva sociedad. Debe tenerse en cuenta que Marx desde su perspectiva teórica apreciaba fundamentalmente en la obra de Darwin su materialismo que concebía las especies biológicas actuales como fruto de un milenarior proceso de evolución, de igual modo que Marx concebía la sociedad. Además, Darwin representaba para Marx el enlace de su teoría con las ciencias naturales (Cf. V.Gerratana: Investigaciones sobre la historia del marxismo, Edit. Grijalvo, Barcelona, España, 1975, vol.2, cap.II; Lawrence Krader: "Evolución, revolución y Estado: Marx y el pensamiento etnológico", en Historia del marxismo, Edit. Bruguera, Barcelona, España, 1980, vol.2, p.89ss).
22. Cf. Lucio Coletti: "Introducción" a El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo, Edit. Siglo XXI, México, 1978
23. Amitai y Eva Etzioni: Los cambios sociales, Edit. F.C.E., México, 1979, p.14
24. Así, por ejemplo, Charles Wakenheim da la siguiente versión: "A través de Hegel, Marx enlaza, inconcientemente desde luego, con el esquema soteriológico subyacente en la tradición judeo-cristiana: la idea de la salvación colectiva del pueblo obrada por un grupo particular, tema de la decadencia salvadora, oposición entre la injusticia que esclaviza y la generosidad que libera. El proletariado, portador de la salvación universal juega un papel análogo al de la comunidad mesiánica o el del salvador personal en la revelación bíblica" (La quiebra de la religión según Karl Marx, Edit. Península, Barcelona, España, 1973, p.217).

25. Marx-Engels: Obras Escogidas, Edit. Progreso, Moscú, 1960, 3 vols., vol.1, p.518. El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas caracteriza, según Marx, el grado de progreso que han alcanzado las distintas épocas históricas. Pero hay que recordar que para él en el concepto de fuerzas productivas están comprendidos los hombres que al producir sus medios de vida contraen determinadas relaciones sociales de producción (división del trabajo, diferencias de propiedad y relaciones generales de clase). Lo anterior sea dicho en prevención de cualquier imputación estúpida que me atribuya una interpretación tecnologista del texto de Marx (Cf. Sidney Hook: Marx y los marxistas, Edit. Paidós, B.A., Argentina, 1965, p.27).
26. Cf. Ross Gandy: Introducción a la sociología histórica marxista, Edit. Era, México, 1978, cap.I
27. Marx-Engels: Obras..., op.cit., pp.511-512
28. Marx: Teorías sobre la plusvalía, Edit. Cartago, B.A. Argentina, 1975, vol.3, p.356
29. Marx-Engels: La ideología alemana, Edit. E.C.P., México, 1977, p.49
30. Marx-Engels: Escritos sobre Rusia II, Edit. Siglo XXI, col. P. y P.#90, México, 1980, p.33
31. Marx: Capital y tecnología, Edit. Terra Nova, México, 1980, p. 117
32. Marx: El Capital, Edit. F.C.E., México, 1978, vol.I, p.428: "...el régimen del capital brota en un terreno económico que es fruto de un largo proceso de evolución. La productividad real del trabajo de que arranca este régimen como su base, no es precisamente un don de la naturaleza, sino producto de una historia que llena miles de siglos".
33. Idem, vol.II, p.99
34. Marx: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Edit. Siglo XXI, México, 1978, vol.I, p.31
35. Marx: Teorías..., op.cit., vol.III, pp.372-373
36. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, p.421

37. Idem, p.499
38. Marx: Miseria de la filosofía, Edit. Siglo XXI, México, 1980, p.49
39. Idem, pp.106-107
40. Cf. Henri Lefebvre: El marxismo, Edit. EUDEBA, B.A.Argentina, 1973, pp.102-103
41. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, pp.429-430
42. Idem, vol.III, p.759
43. Marx-Engels: Escritos económicos varios, Edit. Grijalvo, México, 1966, p.62ss
44. Marx-Engels: Obras..., op.cit., vol.I', pp.156-157
45. Marx-Engels: La ideología..., op.cit., pp.36-37
46. Marx: Teorías..., op.cit., vol.III, p.212
47. Marx: Capítulo VI (inédito) de El Capital, Edit. Siglo XXI, México, 1979, p.19
48. Marx-Engels: Obras..., op.cit., vol.III, p.15
49. "Es indudable que toda división del trabajo en el seno de la - sociedad lleva aparejada cierta degeneración física y espiritual del hombre", dice Marx, al paso en que señala con amargura las palabras de David Urquhart con las que este condena la división del trabajo por equivalentes al asesinato del hombre o de los pueblos (El Capital, op.cit., vol.I, p.296).
50. Idem, p.409
51. Cf. Michelle Bertrand: El marxismo y la historia, Edit. Nuestro Tiempo, México, 1981, p.34
- 52 "El modelo general de creación de la historia propuesto por - Marx y Engels es (a) una generalización, aplicada a toda sociedad, del modelo económico del mercado de capitalismo clásico, en el cual los acontecimientos son los resultados intencionales de innumerables voluntades (compradores y vendedores que de terminan los precios, etc.). Es también (b) una generalización de una fase históricamente específica del capitalismo -en lo - fundamental, la Gran Bretaña victoriana- a toda la época capitalista y quizá a toda la historia anterior" (Charles Wright -

Mills: Los marxistas, Edit. Era, México, 1976, p.107

53. Marx-Engels: Escritos económicos..., op.cit., pp.325-335
54. No sólo en el Manifiesto Comunista sino también en obras posteriores Marx habla del capitalismo como si este se hubiese ya consolidado tanto en Inglaterra como en Europa continental. Sin embargo, en ocasiones llegó a reconocer lo contrario, al menos en lo que a esta última respecta. Así, en el prólogo a la primera edición alemana de El Capital habla de los males sociales que en ella se padecía a consecuencia de "su falta de desarrollo capitalista" (op.cit., vol.I, p.XIV, p.549 y 650; - Capítulo VI, op.cit., p.159).
55. Sin embargo, Marx decía que "siempre que observamos de cerca - la naturaleza de la libertad de comercio británica, hallamos - casi siempre, que en la base de su 'libertad' está el monopolio" (Marx-Engels: Sobre el colonialismo, Edit. Siglo XXI, col. P. Y P.#37, México, 1979, p.186).
56. Cf. Marx: Elementos..., op.cit., vol.II, p.166ss
57. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, p.531
58. Ibidem
59. Marx: Elementos..., op.cit., p.168
60. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, p.529ss
61. Idem, p.532ss
62. Marx-Engels: Obras..., op.cit., vol.3, p.150ss
63. Ibidem; El Capital, op.cit., idem, p.535. En la edición francesa de 1873 de El Capital Marx advertía que conforme a las leyes de la producción capitalista era probable que la duración de los ciclos se acortara en forma gradual a medida que la economía capitalista mundial se desarrollara (op.cit., p.536n).
64. Marx: El Capital, op.cit., pp.315-315
65. Idem., p.376
66. Idem, p.593ss

67. Idem, p.525ss
68. Solomon Bloom: El problema nacional en Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1975, p.76
69. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, pp. 184,213,472-473,627-628, 637-638,641ss
70. Cf. Jürgen Habermas: Problemas de legitimación en el capitalismo tardío, Edit. Amorrortu, B.A., Argentina, 1975
71. Michael Löwy: La teoría de la revolución en el joven Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1979, p.3
72. Marx: El Capital, op.cit., pp.324-325 y 410
73. Idem, pp.366-367 y 546-547
74. Idem, pp.328 y 405
75. Idem, pp.296 y 407
76. Idem, p.408; Capítulo VI, op.cit., pp.47 y 71-72.
77. Idem, p.421
78. Idem, p.376
79. Idem, p.422
80. Idem, p.443
81. Idem, pp.314 y 375
82. Roman Rosdolsky dice al respecto: "...lo que el solitario revolucionario alemán soñaba en 1858 en su exilio londinense, ha ingresado hoy -pero sólo hoy- al ámbito de lo inmediatamente posible. Sólo hoy están dadas, gracias al desarrollo de la técnica moderna, las condiciones para la superación total y definitiva del 'robo de tiempo de trabajo ajeno'; sólo hoy pueden impulsarse tan poderosamente las fuerzas productivas de la sociedad que, de hecho, y en un futuro no demasiado lejano, la medida de la riqueza social no sea ya el tiempo de trabajo sino el tiempo disponible, el tiempo de reposo" (Génesis y estructura de El Capital de Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1978, p. 472).

83. Marx-Engels: Escritos sobre Rusia II, op.cit., p.40
84. Herbert Marcuse: Contrarrevolución y revuelta, Edit. Joaquín Mortiz, México, 1975, p.13
85. Marx-Engels: Obras..., op.cit., vol.I, p.518
86. Marx: El Capital, op.cit., pp.648-649
87. Marx: Elementos..., op.cit., vol.II, pp.228-229
88. Cf. la introducción de Martin Nicolaus a la obra anterior.
89. Sólo en este caso y en calidad de previsión vuelve Marx a tocar el asunto de la "pauperización absoluta" -desarrollada en su conferencia sobre Trabajo asalariado y capital en 1847-, presentándola como factor condicionante de la revolución proletaria. Una defensa de Marx contra las críticas que respecto a esta cuestión "errónea" se le han hecho es la de Anthony -Giddens con el argumento de que estas se basan en una confusión: No es que toda la clase obrera se irá empobreciendo, -dice este; más bien lo que sucede es que la masa de los pobres es la que aumenta (El capitalismo y la moderna teoría social, Edit. Labor, Barcelona, España, 1977, p.113). De cualquier modo, el caso es que en el apartado séptimo del capítulo veinticuatro de El Capital Marx dice que tanto la masa del proletariado como la de su miseria crecerán.
90. Marx, idem, p.221
91. Idem, p.222
92. Cit. en David McLellan: Karl Marx: su vida y sus ideas, Edit. Grijalvo, Barcelona, España, 1977, p.122
93. En La sagrada familia, polemizando con el materialismo francés Marx sostiene que "si el hombre forma solos sus conocimientos, sus sensaciones, etc., a base del mundo de los sentidos y de la experiencia dentro de este mundo, de lo que se trata es, consiguientemente, de organizar el mundo empírico de tal modo que el hombre experimente en él y se asimile lo verdaderamente humano, que se experimente a sí mismo en cuanto hombre" (op.cit., p.197). Esta concepción, tal como se ha dicho, fue pronto abandonada por Marx, como se puede ver en sus manuscritos o sus tesis sobre Feuerbach, la primera de las cuales nos habla de la recíproca modificación de los hombres

y las circunstancias según la imagen del educador que necesita ser educado.

94. Marx: "Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana - del derecho", en La sagrada familia, op.cit., p.14
95. M.Löwy, op.cit., p.79
96. Marx-Engels: La ideología..., op.cit., pp.81-82
97. Marx: Miseria..., op.cit., p.159
98. Marx: Sociología y filosofía social, Edit.Península, Barcelona, España, 1978, p.211
99. Cf. Stanislaw Ossowski: Estructura de clases y conciencia social, Edit. Diez, B.A.Argentina, 1972
100. Marx-Engels: Obras..., op.cit., vol.I, p.121
101. Marx: Capítulo VI ..., op.cit., p.20
102. Cf. Ralph Miliband: Marxismo y política, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1978, cap,3
103. Marx-Engels: Obras..., idem, p.119
104. Cf. Monty Johnston: "Marx y Engels y el concepto de partido". en Teoría marxista del partido político Edit. Siglo XXI, México, 1980; Robin Blackburn-Carol Johnson: El pensamiento político de Marx, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1980
105. Marx-Engels: Obras..., op.cit., pp.179-180
106. Marx-Engels: La guerra civil en los Estados Unidos, Edit. Martínez Roca, México, 1973, vol.2, p.103
107. Cf. Jürgen Habermas: Historia y crítica de la opinión pública, Edit. Gustavo Gili, Barcelona, España, 1981
108. Según Marx, las contradicciones estructurales de la sociedad burguesa -y de la sociedad en general- se desarrollan y tienden a resolverse objetivamente en un determinado sentido. Por ello él consideraba que el proletariado debía ser conciente - de esto y luchar por la solución de tales antagonismos, ya -

que el saber previamente hacia dónde se dirige el curso del desarrollo de tales contradicciones da a la clase obrera consciente la ventaja de actuar correcta y eficazmente ("el único camino histórico por el cual pueden destruirse y transformarse las contradicciones de una formación histórica de producción es el desarrollo de esas mismas contradicciones", El Capital, op.cit., vol.I, p.409). Su ignorancia al respecto la conduciría, en cambio, al fracaso.

109. Cf. Franz Mehring: Karl Marx y los primeros tiempos de la Internacional, Edit. Grijalvo, México, 1968
110. "Es muy 'posible' que individuos particulares no siempre estén determinados por la clase a la que pertenecen, pero este hecho es tan poco decisivo para la lucha de clases como lo fue para la Revolución Francesa el paso de algunos nobles al Tercer Estado" (Marx: "La crítica moralizante o la moral crítica" en Teoría y Política, Año I, #2, Octubre-diciembre 1980, p.15; Cf. también Obras..., op.cit., p.120).
111. Marx: El Capital, op.cit., vol.III, p.562
112. Marx-Engels: Obras..., op.cit., p.542
113. Idem, vol.III, p.23
114. Cf. E.H.Carr: La nueva sociedad, Edit. F.C.E., México, 1979, p.50
115. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, pp.638-639
116. Marx-Engels: Obras..., op.cit., pp.129-130: "El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra".
117. Idem, p.129
118. Idem, vol.III, p.128
119. Daniel Bell: Las contradicciones culturales del capitalismo, Edit. Alianza, Madrid, España, 1977, p.218
120. Cf. Lenin: El Estado y la revolución, Edit. Anagrama. Barcelona, España, 1976
121. Cf. sobre la actitud de Lenin ante el mentís de la realidad a

sus expectativas a este respecto Moshé Lewin: El último combate de Lenin, Edit. Lumen, Barcelona, España, 1970. La respuesta de Lenin a la advertencia de Max Weber en el sentido de que lo que se podía prever para Rusia tras la toma del poder por los bolcheviques era la "dictadura del funcionariado" y no la "dictadura del proletariado" fue calificarlo de "profesor burgués", como si con ello hubiese liquidado la cuestión planteada por este acerca de la tendencia a la racionalización técnica y la complejidad de las funciones administrativas del aparato burocrático, privado o estatal, y que más que la perspectiva de la desaparición de este se contempla su transhistoricidad.

122. Arthur Rosenberg: Democracia y socialismo, Edit. Siglo XXI, col. P. y P.#86, México, 1981
123. Marx-Engels: La cuestión nacional y la formación de los Estados, Edit. Siglo XXI, col. P. Y P.#69, México, 1980, p.122
124. Roman Rosdolsky: Friedrich Engels..., op.cit., p.31
125. Umberto Melotti: Marx y el Tercer Mundo, Edit. Amorrortu, B.A. Argentina, 1974
126. Marx-Engels: Escritos sobre Rusia, I, Edit. Siglo XXI, col. P. y P.#87, México, 1980
127. Idem, p.119
128. Idem, p.11
129. Guy Palmade: La época de la burguesía, Edit. Siglo XXI, México, 1979
130. Marx-Engels: Correspondencia, Edit. F.C.P., México, 1977, p. 167
131. Marx: Herr Vogt, Edit. Juan Pablos, México, 1977, p.198
132. Cf. Gustav Mayer: Friedrich Engels. Una biografía, Edit. F.C. E., México, 1979, p.464
133. Marx: El Capital, op.cit., vol.II, p.35
134. Marx-Engels: Correspondencia, op.cit., p.443

135. Andrzej Walicki: "Rusia", en Ionescu-Gellner: El Populismo, Edit. Amorrortá, B.A.Argentina, 1969, pp.81-120; Lenin: Quiénes son los 'amigos del pueblo' y como luchan contra la social-democracia, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1974
136. Marx-Engels: Escritos sobre Rusia II, op.cit., pp.64-65
137. Walicki, op.cit., pp.109-110
138. Marx-Engels: Correspondencia, op.cit., p.45
139. Idem, p.95
140. Marx-Engels: La cuestión nacional..., op.cit., p.180
141. Rosa Luxemburg: La cuestión nacional y la autonomía, Edit. Siglo XXI, col. P. y P.#81, México, 1979
142. Marx-Engels: Correspondencia, op.cit., p.130
143. Idem, p.192
144. Marx-Engels: La cuestión nacional..., op.cit., p.241
145. Idem, p.244
146. Idem, p.254
147. Idem, p.265
148. David Fernbach: Marx: una lectura política, Edit. Era, México, 1979, p.179
149. Marx-Engels: Escritos sobre Irlanda, Edit. Siglo XXI, col. P. y P.#72, México, 1979, pp.108-110
150. Idem, pp.119-135
151. Idem, pp.81-90
152. Cf. Renato Levrero: "Nación, metrópoli y colonias en Marx y Engels", en Marx-Engels, idem, p.35
153. Marx-Engels, idem. pp.211-215
154. Idem, p.153

155. Idem, p.212
156. Idem, p.188
157. Idem, p.214
158. Idem, p.189
159. Marx-Engels: La revolución en España, Edit. Progreso, Moscú, 1974, pp.7-10
160. Idem, pp.32-36
161. Idem, p.103
162. Idem, p.104
163. Idem, p.127
164. Marx-Engels: Obras..., op.cit., vol.II, p.14
165. Marx-Engels: La revolución..., op.cit., p.136
166. Michael Löwy: Dialéctica y revolución, Edit. Siglo XXI, México, 1975, pp.48-49
167. Marx-Engels: China: ¿Fósil viviente o transmisor revolucionario?, Edit. UNAM, México, 1975, p.49
168. Idem, pp.57-58
169. Marx: El Capital, op.cit., vol.II, p.37
170. Marx-Engels: Correspondencia, op.cit., p.158
171. Marx-Engels: Sobre el colonialismo, op.cit., pp.41-42
172. Idem, p.42
173. Idem, p.82
174. Idem, p.78
175. Marx: El Capital, op.cit., vol.I, p.XIV
176. Marx-Engels: Materiales para la historia de América Latina, -

- Edit. Siglo XXI, Col. PyP.#30, México, 1979, p.76ss
177. Marx-Engels: La guerra civil..., op.cit., vol.II, p.13
178. Idem, p.14ss
179. Marx-Engels: Materiales..., op.cit., p.183
180. Hegel: Lecciones..., op.cit., p.173
181. Ibídem
182. Idem, p.177
183. José Aricó: Marx y América Latina, Edit. C.D.E.P., Lima, Perú, 1980
184. Idem, p.81
185. Idem, p.122
186. Idem, p.127
187. Cf. Varios autores: Teoría marxista de la política, Edit. Siglo XXI, Col. PyP #89, México, 1981; G.Marramao: Lo político y las transformaciones, Edit.Siglo XXI, Col.PyP #95, México, 1982; Varios autores: Marx y su crítica de la política, Edit. Nuestro Tiempo, México, 1980.
188. S.Bloom, op.cit., p.25
189. Marx-Engels: La cuestión nacional..., op.cit., p.180
190. Cabe advertir que, como señala Rosdolsky, Engels no proclamaba la desaparición física de estos pueblos sino más bien la de sus organizaciones políticas y la de sus reivindicaciones autonomistas(Cf.Rosdolsky: Friedrich Engels..., op.cit., p.81).
191. Löwy-Haupt, op.cit., p.27
192. Cf. Haupt-Weill: Marx y Engels frente al problema de las naciones, Edit. Fontamara, Col. Aportes #1, Barcelona, España, 1978, p.25
193. Cf. Karl Kautsky: "La nacionalidad moderna", en Varios autores:

- La segunda Internacional y el problema nacional y colonial, Edit. Siglo XXI, Col. PyI#73, México, 1978, pp.106-139
194. Rosa Luxemburg: La cuestión nacional y la autonomía, Edit. Siglo XXI, Col. PyR#81, México, 1973
195. Otto Bauer: La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia, Edit. Siglo XXI, México, 1979, p.142
196. Lenin: "El derecho de las naciones a la autodeterminación", en Obras Escogidas, Edit. Progreso, Moscú, 12t., vol.5, pp.97-100
197. Cf. Stalin: El marxismo y la cuestión nacional, Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1977, p.40
198. Cf. Ber Borojov: Nacionalismo y lucha de clases, Edit. Siglo XXI, Col. PyP #83, México, 1979, p.64
199. Como señala Rodinson, la rigidez esquemática del trabajo de Stalin tiene el inconveniente "de fijar el concepto que intenta delimitar, de imponerle una coherencia absoluta y una inviolabilidad enteramente metafísicas. Y eso ejercerá los más perniciosos efectos sobre quienes pretenden medir con ese patrón los hechos reales"(Cf. Stalin, op.cit., p.135).
200. Max Weber: Economía y sociedad, Edit. F.C.E., México, 1977, vol.2, p.681
201. Idem, p.682
202. Aunque emplea el término "patria" Michels lo usa en realidad de manera indistinta junto al término "nación" para referirse al mismo fenómeno.
203. Robert Michels: Introducción a la sociología política, Edit. Paidós, B.A.Argentina, 1969, p.144
204. Idem, p.148
205. Löwy-Haupt, op.cit., p.113
206. Cf. Rudolf Rocker: Nacionalismo y cultura, Edit. La picueta, Madrid, España, 1977, p.249
207. Idem, p.250

208. Aunque ciertamente Rucker no se hallaba motivado por ningún propósito nacionalista al formular estas ideas, le es aplicable perfectamente la siguiente crítica de Michels: "Carece de demostración histórica la tesis de ciertos nacionalistas en el sentido de que el Estado precede en el tiempo a la nación. En cambio, la historia enseña que las naciones se forman primero sobre la base espiritual, y luego tienden a convertir la ausencia o multiplicidad de Estados en un Estado-nación" (Michels, op.cit., p.147).
209. Cf. Erich Kahler: Historia universal del hombre, Edit. F.C.E., México, 1972, p.298
210. Cf. Anthony D. Smith: Las teorías del nacionalismo, Edit. Península, Barcelona, España, 1976
211. Cf. Eric Hobsbawm: La era del capitalismo, Edit. Guadarrama, Madrid, España, 1977, vol.1, p.123ss
212. "En nuestra época -dice Wright Mills-, las estructuras sociales están habitualmente organizadas bajo Estados políticos. - En relación con el poder, y también en muchas otras relaciones importantes, la unidad de estructura social más amplia es el Estado-nación. El Estado-nación es ahora la forma predominante en la historia del mundo y, como tal, un hecho importante en la vida de cada individuo. El Estado-nación ha escindido y organizado, en grados y maneras diversas, las 'civilizaciones' y los continentes del mundo. La medida de su expansión y las fases de su desarrollo son pistas importantes en la historia moderna y hoy de la universal. Dentro del Estado-nación están organizados ahora los medios políticos y militares, culturales y económicos, de decisión y poder; todas las instituciones y los ámbitos específicos en que la mayor parte de los hombres viven sus vidas públicas y privadas están organizados ahora dentro de uno u otro de los Estados-naciones" (La imaginación sociológica, Edit.F.C.E., México, 1977, pp.143-149).
213. Hans Hecker: "Estado nacional", en Diccionario de ciencia política, Edit. Alianza, Madrid, España, 1980, p.257
214. Cf. David Beetham: Max Weber y la teoría política moderna, - Edit. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, España, 1977, p.192
215. Cf. Ramón Falló: "Marxismo y cuestión nacional: Euzkadi", en El viejo topo, #8, mayo de 1977, Madrid, España, pp.5-7

216. Cf. Benjamin Akzin: Estado y nación, Edit. P.C.E., México, 1969
217. "Ni siquiera está claro si Marx previó una teoría cualquiera de la nación. Pero ya es hora de que los marxistas se enfrenten con el problema...de lo que se supone que quedará en pie cuando el Estado haya sido barrido. Si no la nación sin clases, ¿qué otra cosa?"(H.B.Davis: Nacionalismo y socialismo, Edit. Península, Madrid, España, 1972, p.22).
218. "De todos los elementos que definen el fenómeno nación -señala Ribó-, este es el menos trabajado por la teoría marxista. Quizá porque muy a menudo la teoría marxista sobre la nación es una pura concatenación de principios tácticos de cara a alianzas electorales. Algunos dirigentes políticos socialistas y comunistas se dan cuenta de la fuerza del movimiento nacional y quieren canalizar esta fuerza hacia proyectos propios. A veces se cae también en un internacionalismo abstracto que evita considerar a fondo los factores estructurales del fenómeno nación, el cual se convierte en algo ajeno al movimiento de liberación de la clase trabajadora. Pero en concreto al factor cultural -se le teme, desde el punto de vista marxista, por su concreción, por la dificultad de analizarlo desde un punto de vista materialista, por el miedo a caer en posiciones espiritualistas"(Introducción a Stalin, op.cit., pp.18-19).
219. Cf. Henri Lefebvre: Estructuralismo y política, Edit. La pléyade, B.A.Argentina, 1973, pp.101-102.
220. Cf. F.Claudín: La crisis del movimiento comunista, Edit. Ruedo Ibérico, Madrid, España, 1970; N.Poulantzas: Fascismo y dictadura, Edit. Siglo XXI, México, 1978; Varios autores: La crisis del capitalismo en los años '20, Edit. Siglo XXI, Col. PyP#85, México, 1981.
221. Cf. Schram-D'Ecausse: El marxismo y Asia, Edit. Siglo XXI, México, 1974
222. Cf. Lilly Marcou: La Kominform, Edit. Villalar, Col. Zimmerwald #6, Madrid, España, 1977
223. Cf. F.Claudín: Eurocomunismo y socialismo, Edit. Siglo XXI, México, 1977
224. Cf. N.Poulantzas: Estado, poder y socialismo, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1980, p.141

225. Reinhard Bendix: Estado nacional y ciudadanía, Edit. Amorrortu, B.A., Argentina, 1974, p.16
226. Samir Amin: Clases y naciones en el materialismo histórico, - Edit. El viejo topo, Barcelona, España, 1979
227. Idem, p.23; Cf. También: revista El viejo topo, No.27, Diciembre de 1978
228. E.Torres-Rivas: "La nación: problemas teóricos e históricos" en: Estado y política en América Latina, Edit. Siglo XXI, México, 1981, p.88
229. Idem, p.102
230. Benjamin Akzin: Estado y nación, Edit. F.C.E., México, 1969
231. Idem, p.34
232. N.Poulantzas: Estado, poder y socialismo, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1980, p.138
233. A.D.Smith: Las teorías del nacionalismo, Edit. Península, Barcelona, España, 1976
234. Idem, p.246
235. Idem, p.247
236. Idem, p.266
237. Idem, p.320
238. Por más que Poulantzas diga que tanto el Estado como la nación modernos no son manifestaciones concretas "de una esencia realmente preexistente y simplemente diversificada", "de un tipo ideal diversamente concretado" sino que más bien existen "materializados en formaciones sociales concretas", resulta que ante la multivocidad empírica del fenómeno no nos quedaría más que elaborar tantos conceptos de él como casos enfrentemos en la realidad. Aunque para Poulantzas no habría tanto problema ya que al definir la nación desde el escaso número de las formaciones sociales su tipología sería reducida.
239. C.J.H.Hayes: El nacionalismo, UTEHA, México, 1966

240. Contra las tesis que ven en el desarrollo de la economía - mercantil burguesa el origen del Estado nacional y de la - nación misma, el historiador italiano Emilio Sereni sostiene, ejemplificando en su estudio el caso de Italia, que ambos procesos no deben ser identificados, aunque su relación sea estrecha(Cf.: Capitalismo y mercado nacional, Edit. Crítica, Barcelona, España, 1980, p.20 y ss).
241. N.Poulantzas: Poder político y clases sociales en el Estado - capitalista, Edit. Siglo XXI, México, 1976, p.176 ss
242. Perry Anderson: El Estado absolutista, Edit. Siglo XXI, México, 1982
243. Idem, p.12
244. Poulantzas: Estado..., op.cit., p.p. 111-118
245. Marx tenía esto en claro al afirmar que conforme nos remontamos en la historia vemos a los hombres cada vez más integrados a su grupo.
246. Akzin, op.cit., pp.57-58
247. Hans Kohn: El nacionalismo, Edit. Paidós, B.A.Argentina, 1966; John G. Stoessinger: El poderío de las naciones, Edit. Gernika México, 1980
248. Hayes distingue entre nacionalismo y patriotismo según que la lealtad de los individuos se dirija a ciertos marcos sociales. El patriotismo no es sino la lealtad dirigida hacia la familia el clan, la ciudad, el Estado o la nación; no se circunscribe a esta únicamente, por lo que no cabe confundirlo con el nacionalismo. Sólo en los tiempos modernos la lealtad al Estado-nación ha sido preponderante, por lo que de la fusión del patriotismo con la nacionalidad ha surgido el nacionalismo político moderno.
249. Cf. Glen St. J.Barclay: Nacionalismo del siglo XX, Edit. F.C.F. México, 1975, pp.9-12
250. Smith, op.cit., pp.53 y 240
251. Karl Deutsch, en su libro: El nacionalismo y sus alternativas,

Edit. Paidós, B.A. Argentina, 1969, estudia los factores que contribuyen a la integración de las nacionalidades dentro del Estado nacional y las medidas de este para abatir la resistencia de las nacionalidades.

252. Cf. Haupt-Löwy, op.cit., p.20

253. Göran Therborn: ¿Cómo domina la clase dominante?, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1979, p.341.

254. M. Duverger: Los naranjos del lago Balatón, Edit. Ariel, Barcelona, España, 1981, p.93

255. Cf. Rudolph Bahro: La alternativa, Edit. Materiales, Barcelona, España, 1979; Andrés Hagedüs: Socialismo y burocracia, Edit. Península, Barcelona, España, 1979; Varios autores: Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética, Edit. UAP, Puebla, México, 1979

256. Cf. L. Coletti: "El problema de la dialéctica", en La crisis del marxismo, Edit. UAP, Puebla, México, 1979

257. Bell: Las contradicciones..., op.cit., p.23. La crítica del estatuto científico de la dialéctica ha incomodado a muchos porque, eminentemente, equivale a poner en tela de juicio las presuntas bases científicas de los argumentos y prácticas comunistas que aquellos defienden. Pero el hacerlo, además de ser una exigencia para el correcto planteamiento de la cuestión de los medios y los fines a la que aquí vengo aludiendo, forma parte ineludible de una reconstrucción del materialismo histórico del tipo de la emprendida por Habermas en los últimos años (Cf. Jürgen Habermas: La reconstrucción del materialismo histórico, Edit. Taurus, Madrid, España, 1981).

258. Vid. Bahro: Por un comunismo democrático, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1981, p.25: "Estoy firmemente convencido de que, hoy, abandonar todas las teorías de la 'deformación', abandonar la vieja sublevarción frente al socialismo deformado, 'traicionado', es una necesidad de la máxima urgencia para los revolucionarios marxistas. Si se reduce el drama histórico a un problema de mala realización, se arranca ya de un suceso irreal y se lleva directamente al error al pensamiento político. Ciertamente se puede contrastar la práctica del socialismo con la teoría clásica, y se puede proceder así con la intención de preservar frente a ella la sustancia de las

ideas socialistas. Pero hay que explicar esa práctica a partir de su propia legaliformidad. Pues ella nada tiene que ver con algo conscientemente producido o 'permitido' por alguna debilidad. Ella tiene unos fundamentos completamente distintos de los originalmente imaginados. Por eso no requiere justificación, apología o embellecimiento algunos, sino más bien descripción y análisis veraces".

259. La cita proviene de El Capital, op.cit., vol.I, p.43
260. Geoff Hodgson: Socialismo y democracia parlamentaria, Edit. - Fontamara, Barcelona, España, 1979
261. Rosa Luxemburg: Reforma o revolución, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1979
262. En su informe al Primer Congreso de la Internacional Comunista Lenin dijo de manera tajante: "El punto esencial que los socialistas no comprenden...es que en la sociedad capitalista no puede haber término medio fuera de la dictadura de la burguesía o de la del proletariado, desde que la lucha de clases que es su base se agrava por poco que sea. Cualquier ilusión acerca de alguna tercera vía es una lamentación reaccionaria de los queñoburgueses" (Primer congreso de la Internacional comunista, Edit. Grijalvo, México, 1975, pp.170-171)
263. J.Habermas: Historia crítica..., op.cit., p.205
264. Esto es algo que ya Berstein veía (Cf. Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia, Edit. Fontamara, - Barcelona, España, 1975)
265. F.Claudín: Eurocomunismo y socialismo, Edit. Siglo XXI, México, 1977, p.146 ss
266. Vid. Ivonne Bourdet: "Marx y la autogestión", en: Consejos obreros y democracia socialista, Edit. Siglo XXI, Col. P y P No.33, México, 1977, pp.57-74
267. N.Poulantzas: Estado, poder y socialismo, op.cit., pp.313-314
268. E.Durkheim: El socialismo, Edit. Schavire, B.A.Argentina, 1972, p.44

269. A.Bebel: La mujer, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1980
270. Weber: Economía y sociedad, op.cit., vol.I, p.43
271. Idem, p.78
272. L.Tomasetta: Participación y autogestión, Edit. Amorrortu, B. A.Argentina, 1975
273. La expresión procede de Loureau: El análisis institucional, Edit. Amorrortu, B.A.Argentina, 1974, p.82
274. El que sostiene esto es Cerroni en: La libertad de los modernos, Edit. Martínez Roca, Barcelona, España, 1972, pp.217-31; y en: Introducción al pensamiento político, Edit. Siglo XXI, Col.Mínima No.4, México, 1979, p.75, respectivamente.
275. La réplica de Weber a este respecto ha suscitado muchas críticas políticas por parte de autores marxistas, las cuales la han dejado incólume en los hechos. Weber no negaba ni el ideal ni la lucha de los comunistas. Lo que combatía era la pretensión de estos de que su lucha estaba científicamente fundada y por lo tanto la victoria era suya. Para Weber la política es el campo de la lucha por el poder, en donde compiten diversos ideales que buscan realización y en donde se vale "de todo", por lo que ningún resultado puede estar científicamente previsto.
276. Cf. Eric Hobsbawm: Los aspectos políticos de la transición -- del capitalismo al socialismo" en: Historia del marxismo, - op.cit., vol.II y: La era del capitalismo, op.cit., vol.I
277. Cf. Alvin Gouldner: El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase, Edit. Alianza, Madrid, España, 1980
278. Marx: El Capital, op.cit., vol.II, p.104
279. Cf. Daniel Bell: El advenimiento de la sociedad post-industrial, Edit. Alianza, Madrid, España, 1976, p.147 ss
280. Cf. E.H.Carr: Estudios sobre la revolución, Edit. Alianza, Madrid, España, 1970, p.147 ss
281. Cf. Haupt-Löwy, op.cit.

282. Cf. Stalin, op.cit.
283. Cf. Bolívar Echeverría: "El problema de la nación", en: Quadernos Políticos, No.29, Julio-Septiembre de 1981, pp.25-35
284. Haupt-Löwy, idem, p.87
285. Cf. C.F.Urencio: "La estrategia trilateral y los países en desarrollo", en: Comercio Exterior, vol.29, No.11, México, Noviembre de 1979
286. Cf. C.W.Mills: Los marxistas, op.cit., pp.111-112

Bibliografía

1. Arru, Angiolina: Clase y partido en la la. Internacional, Edit. Alberto Corazón, Madrid, España, 1974
2. Adorno, Th.: Consignas, Edit. Amerrortu, B.A.Argentina, 1973
3. Aricó, José: Marx y América Latina, Edit. C.D.E.P., Lima, Perú, 1980
4. Anderson, P.: Consideraciones sobre el marxismo occidental, - Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1979
5. Amin, Samir: Clase y naciones en el materialismo histórico, - Edit. El viejo topo, Barcelona, España, 1979
6. Berlin, Isaiah: Karl Marx, Edit. Alianza, Madrid, España, 1973
7. Butterfield, H.: Los orígenes de la ciencia moderna, Edit. Conacyt, México, 1981
8. Bertrand, Michéle: El marxismo y la historia, Edit. Nuestro - Tiempo, México, 1981
9. Blackburn, R., Johnson, C.: El pensamiento político de Marx, - Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1980
10. Bloom, S.: El problema nacional en Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1975
11. Bell, Daniel: Las contradicciones culturales del capitalismo, Edit. Alianza, Madrid, España, 1977
12. Bell, Daniel: El advenimiento de la sociedad post-industrial, Edit. Alianza, Madrid, España, 1976
13. Bagú, Sergio: Marx-Engels. Diez conceptos fundamentales en proyección histórica, Edit. Nuestro Tiempo, México, 1977
14. Balibar, E.: Sobre la dictadura del proletariado, Edit. Siglo XXI, México, 1977
15. Balibar, E.: Cinco ensayos de materialismo histórico, Edit. - Laiz, Barcelona, España, 1978
16. Bedeschi, G.: Alienación y fetichismo en el pensamiento de Marx,

Edit. Alberto Corazón, Madrid, España, 1975

17. Bottomore, T.: La sociología marxista, Edit. Alianza, Madrid, España, 1976
18. Bendix, R.: Estado nacional y ciudadanía, Edit. Amorrortu, B.A. Argentina, 1974
19. Coletti, L.: Ideología y sociedad, Edit. Fontanella, Barcelona, España, 1975
20. Coletti, L.: La cuestión de Stalin, Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1977
21. Coletti, L.: El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo, Edit. Siglo XXI, México, 1978
22. Claudín, F.: La crisis del movimiento comunista, Edit. Ruedo - Ibérico, 1970
23. Claudín, F.: Eurocomunismo y socialismo, Edit. Siglo XXI, México, 1977
24. Carr, E.H.: ¿Qué es la historia?, Edit. Seix-Barral, Barcelona, España, 1979
25. Carr, E.H.: La nueva sociedad, Edit. F.C.E., México, 1979
26. Cerroni, U.: Las teorías de las crisis en Marx, Edit. Alberto Corazón, Madrid, España, 1975
27. Cerroni, U.: Introducción al pensamiento político, Edit. Siglo XXI, México, 1979
28. Cerroni, U.: Teoría política y socialismo, Edit. Era, México, 1980
29. Cerroni, U.: Problemas de la transición al socialismo, Edit. Grijalvo, Barcelona, España, 1979
30. Cruells, M.: Los movimientos sociales en la era industrial, - Edit. Labor, Barcelona, España, 1973
31. Cole, G.E.H.: Historia del pensamiento socialista, Edit. F.C.E.

México, 1980

32. Chevalier, J.-J.: Los grandes textos políticos, Edit. Aguilar, Madrid, España, 1979
33. Davis, H.B.: Nacionalismo y socialismo, Edit. Fontana, Barcelona, España, 1972
34. Dos Santos, Th., Bambera, V.: La estrategia socialista de Marx y Engels a Lenin, Edit. Era, México, 1980
35. D'Hondt, J.: De Hegel a Marx, Edit. Amorrortu, B.A. Argentina, 1974
36. D'Encausse-Bourdet: Comunistas y/o nacionalistas, Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1977
38. Fromm, E.: Marx y su concepto del hombre, Edit. F.C.E., México, 1973
39. Fernbach, D.: Marx: una lectura crítica, Edit. Era, México, 1979
40. Fougeyrollas, P.: Ciencias sociales y marxismo, Edit. F.C.E., México, 1981
41. Gerratana, V.: Investigaciones sobre la historia del marxismo, Edit. Grijalbo, Barcelona, España, 1975
42. Gandy, R.: Introducción a la sociología histórica marxista, - Edit. Era, México, 1978
43. Gottheil, F.: Las predicciones económicas de Marx, Edit. Ayuso, Madrid, España, 1973
44. Goulemot-Launay: El Siglo de las Luces, Edit. Guadarrama, Madrid, España, 1969
45. Giddens, A.: El capitalismo y la moderna teoría social, Edit. Labor, Barcelona, España, 1977
46. Giddens, A.: La estructura de clases en las sociedades avanzadas, Edit. Alianza, Madrid, España, 1979
47. Gouldner, A.: La sociología actual, Edit. Alianza, Madrid, España, 1977
48. García-Pelayo, M.: Las transformaciones del Estado contemporá-

neo, Edit. Alianza, Madrid, España, 1977

49. Horowitz, I.L.: Fundamentos de sociología política, Edit. - F.C.E., México, 1977
50. Hegel, G.W.F.: Lecciones de filosofía de la historia universal, Edit. Alianza, Madrid, España, 1980
51. Hegel, G.W.F.: Enciclopedia de las ciencias filosóficas, Edit. Juan Pablos, México, 1974
52. Hobsbawm, E.: La era del capitalismo, Edit. Guadarrama, Barcelona, España, 1977
53. Haupt-Löwy: Los marxistas y la cuestión nacional, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1980
54. Hook, S.: Marx y los marxistas, Edit. Paidós, B.A.Argentina, - 1965
55. Habermas, J.: Problemas de legitimación en el capitalismo tardío, Edit. Amorrortu, B.A.Argentina, 1975
56. Habermas, J.: Historia y crítica de la opinión pública, Edit. Gustavo Gili, Barcelona, España, 1981
57. Horkheimer, M.: Teoría crítica, Edit. Amorrortu, B.A.Argentina, 1975
58. Horkheimer, M.: Sociedad en transición: estudios de filosofía social, Edit. Península, Barcelona, España, 1976
60. Ionescu-Gellner: Populismo, Edit. Amorrortu, B.A.Argentina, 1970
61. Jaguaribe, H.: Hacia la sociedad no represiva, Edit. F.C.E., México, 1980
62. Joll, J.: La II Internacional, Edit. Icaria, Barcelona, España, 1976
63. Kahler, E.: ¿Qué es la historia?, Edit. F.C.E., México, 1977
64. Krieger, E.: Las Internacionales obreras, Edit. Gustavo Gili, Barcelona, España, 1977
65. Kohn, J.: El nacionalismo, Edit. Paidós, B.A.Argentina, 1966

67. Korsch, Karl: Karl Marx, Edit. Ariel, Barcelona, España, 1979
68. Korsch, Karl: Teoría marxista y acción política, Edit. Siglo XXI, México, 1979
69. Korsch, Karl: Tres ensayos sobre marxismo, Edit. Era, México, 1979
70. Lewin, Moshé: El último combate de Lenin, Edit. Lumen, Barcelona, España, 1970
71. Lenin: El Estado y la revolución, Edit. Anagrama, Barcelona, - España, 1976
72. Lenin: Quienes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra la socialdemocracia, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1974
73. Lichtheim, G.: El marxismo. Un estudio histórico y crítico, - Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1971
74. Lichtheim, G.: Breve historia del socialismo, Edit. Alianza, Madrid, España, 1979
75. Levrero, R.: Nación, metrópoli y colonias en Marx y Engels, - Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1975
76. Lefebvre, H.: El marxismo, Edit. EUDEBA, B.A.Argentina, 1973
77. Lefebvre, H.: Síntesis del pensamiento de Marx, Edit. Nova Terra, Barcelona, España, 1976
78. Lefebvre, H.: La sociología de Marx, Edit. Diez, B.A.Argentina, s/f.
79. Lenk, Kurt: Teorías de la revolución, Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1978
80. Latouche, Serge: El proyecto marxista, Edit. CUPSA, Madrid, España, 1975
81. Löwy, Michael: La teoría de la revolución en el joven Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1979
82. Löwy, Michael: Dialéctica y revolución, Edit. Siglo XXI, México, 1975

83. Lukács, Georg: Historia y conciencia de clase, Edit. Grijalbo, México, 1969
84. Mehring, Franz: Karl Marx, Edit. Grijalbo, Barcelona, España, 1975
85. Mehring, Franz: Karl Marx y los primeros tiempos de la Internacional, Edit. Grijalbo, México, 1968
86. McLellan, David: Karl Marx. Su vida y sus ideas, Edit. Grijalbo, Barcelona, España, 1977
87. Mézszáros, István: La teoría de la enajenación en Marx, Edit. Era, México, 1978
88. Mills, Charles Wright: Los marxistas, Edit. Era, México, 1976
89. Miliband, Ralph: Marxismo y política, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1977
90. Marcuse, Herbert: Contrarrevolución y revuelta, Edit. Joaquín Mortiz, México, 1975
91. Marcuse, Herbert: Razón y Revolución, Edit. Alianza, Madrid, España, 1980
92. Mandel, Ernest: La formación del pensamiento económico de Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1978
93. Mondolfo, Rodolfo: Marx y Marxismo, Edit. F.C.E., México, 1975
94. Melotti, Umberto: Marx y el Tercer Mundo, Edit. Amorrortu, B.A. Argentina, 1974
95. Mayer, Gustav: Friedrich Engels: Una biografía, Edit. F.C.E., México, 1978
96. Marx-Engels: Obras Escogidas, Edit. Progreso, Moscú, 1980, 3 t.
97. Marx-Engels: Escritos económicos varios, Edit. Grijalbo, México, 1966
98. Marx-Engels: La sagrada familia, Edit. Grijalbo, México, 1967
99. Marx-Engels: Correspondencia, Edit. E.C.P., México, 1977

100. Marx-Engels: La ideología alemana, Edit. E.C.P., México, 1977
101. Marx-Engels: Cartas sobre El Capital, Edit. Laia, Barcelona, España, 1974
102. Marx-Engels: Correspondencia con Danielsón, Edit. Siglo XXI, México, 1981
103. Marx-Engels: Sobre el colonialismo, Edit. Siglo XXI, México, 1979
104. Marx-Engels: La cuestión nacional y la formación de los Estados, Edit. Siglo XXI, México, 1980
105. Marx-Engels: Escritos sobre Rusia I, Edit. Siglo XXI, México, 1980
106. Marx-Engels: Escritos sobre Rusia II, Edit. Siglo XXI, México, 1980
107. Marx-Engels: China: ¿fósil viviente o transmisor revolucionario?, Edit. UNAM, México, 1975
108. Marx-Engels: La revolución en España, Edit. Progreso, Moscú, 1974
109. Marx-Engels: Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda, Edit. Siglo XXI, México, 1979
110. Marx-Engels: Materiales para la historia de América Latina, - Edit. Siglo XXI, México, 1979
111. Marx-Engels: La guerra civil en los Estados Unidos, Edit. Martínez Roca, México, 1973, 2t.
112. Marx: Miseria de la filosofía, Edit. Siglo XXI, México, 1979
113. Marx: Teorías sobre la plusvalía, Edit. Cartago, B.A. Argentina, 1974, 3t.
114. Marx: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Edit. Siglo XXI, México, 1978, 3t.
115. Marx: Capital y tecnología, Edit. Terra Nova, México, 1980
116. Marx: El Capital, libro I, capítulo VI (inédito), Edit. Siglo

XXI, México, 1979

117. Marx: El Capital, Edit. F.C.E., México, 1978, 3t.
118. Marx: Herr Vogt, Edit. Juan Pablos, México, 1977
119. Marx: Cartas a Kugelmann, Edit. Península, Barcelona, España, 1974
120. Novack-Frankel: Las tres primeras Internacionales, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1978
121. Nin, Andreu: Los movimientos de emancipación nacional, Edit. Fontamara, Barcelona, España, 1977
122. Ossowski, S.: Estructura de clases y conciencia social, Edit. Diez, B.A.Argentina, 1972
123. Popper, Karl: La sociedad abierta y sus enemigos, Edit. Paidós, B.A.Argentina, 1967, 2t.
124. Poulantzas, N.: Poder político y clases sociales en el Estado capitalista, Edit. Siglo XXI, México, 1976
126. Poulantzas, N.: Estado, poder y socialismo, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1980
127. Palmade, Guy: La época de la burguesía, Edit. Siglo XXI, México, 1979
128. Petrovic, Gajo: Filosofía y revolución, Edit. Extemporáneos, México, 1972
129. Rosenberg, A.: Democracia y socialismo, Edit. Siglo XXI, México, 1981
130. Rosdolsky, Roman: Génesis y estructura de El Capital de Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1978
131. Rosdolsky, Roman: Friedrich Engels y el problema de los pueblos "sin historia", Edit. Siglo XXI, México, 1980
132. Silva, Ludovico: El estilo literario de Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1978
133. Smith, Anthony D.: Las teorías del nacionalismo, Edit. Penín

sula, Barcelona, España, 1976

134. Schmidt, Alfred: El concepto de naturaleza en Marx, Edit. Siglo XXI, México, 1976
135. Stoyanovitch, K.: El pensamiento marxista y el derecho, Edit. Siglo XXI, Madrid, España, 1977
136. Schlesinger, Arthur: La Internacional comunista y el problema colonial, Edit. Siglo XXI, México, 1977
138. Schram-D'Encausse: El marxismo y Asia, Edit. Siglo XXI, México, 1974
139. Stalin: El marxismo y la cuestión nacional, Edit. Anagrama, - Barcelona, España, 1977
140. Therborn-Jones: Ideología y lucha de clases, Edit. Anagrama, Barcelona, España, 1974
141. Varios autores: La crisis del marxismo, Edit. El viejo topo, Barcelona, España, s/f.
142. Varios autores: Teoría marxista de la política, Edit. Siglo XXI, México, 1981
143. Varios autores: Teoría marxista del partido político, Edit. Siglo XXI, México, 1980
144. Varios autores: La crisis del capitalismo en los años '20, - Edit. Siglo XXI, 1981
145. Varios autores: Marx y su crítica de la política, Edit. Nuestro Tiempo, México, 1980
146. Varios autores: Historia del marxismo, Edit. Bruñera, Barcelona, España, 1979
147. Wilson, E.: Hacia la Estación de Finlandia, Edit. Alianza, Madrid, España, 1975
148. Wackenheim, Charles: La quiebra de la religión según Karl - Marx, Edit. Península, Barcelona, España, 1973
149. Zeitlin, Irving: Ideología y teoría sociológica, Edit. Amorrortu, B.A. Argentina, 1970

Publicaciones periódicas

1. Nueva Política, Volúmen I, No. 7, México, 1979
2. Nueva Política, Volúmen II, No. 6, México, 1980
3. Cuadernos Políticos, No. 19, México, enero-marzo de 1979
4. Cuadernos Políticos, No. 23, México, enero-merzo de 1980
5. Cuadernos Políticos, No. 28, México, abril-junio de 1981
6. Cuadernos Políticos, No. 29, México, julio-septiembre de 1981
7. Azcapotzalco, Vol.II, No.3, México, mayo-agosto de 1981
8. Teoría y Política, Año I, No.2, México, octubre-diciembre de 1980
9. Vuelta, No.50, vol.5, México, enero de 1981
10. Nexos, Año IV, vol.4, No.44, México, agosto de 1981
11. El viejo topo, No.8, Barcelona, España, mayo de 1977
12. El viejo topo, No.27, Barcelona, España, diciembre de 1978
13. El viejo topo, No. 29, Barcelona, España, febrero de 1979
14. El viejo topo, No. 39, Barcelona, España, diciembre de 1979
15. El viejo topo, No.41, Barcelona, España, febrero de 1980
16. Comercio Exterior, vol.29, núm.11, México, noviembre de 1979
17. Comercio Exterior, vol.32, núm.3, México, marzo de 1982